

The background of the cover is a dark blue silhouette of a person's head and shoulders. The person's right arm is raised, with their fist clenched. The lighting is dramatic, highlighting the contours of the person's body against a lighter blue background. The text is overlaid on the silhouette.

Los
SECRETOS
de
HOLDEN

BECKA SALLOW

Derechos de autor © 2020 Becka Sallow

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Contenido

[Derechos de autor](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Molly

Otra mañana más avanzó a la misma tortuosa velocidad de siempre no tardando en llegar a su fin sin que apenas pudiera percatarme de que esta había comenzado. No pude retener el suspiro que escapó de mis labios al hacer memoria y comprobar que ese día no se diferenció mucho de los demás para mi desgracia. Entré con una gran sonrisa en la cara esperando ilusamente que algo en mi rutina cambiara por alguna cuestión divina y a medida que las manecillas del reloj avanzaban mi ánimo iba cayendo proporcionalmente, aunque no por eso deje de ofrecer mi ayuda a todo compañero que pasaba por mi lado sin que los resultados fueran diferentes de las semanas anteriores. Tal y como cada día solo querían una cosa de mí, que fuera una especie de secretaria personal para ellos cuya única misión era hacer sus recados y complacerlos.

Me estaba empezando a cansar de que solo me pidieran ayuda para llevarles cafés, bebidas energéticas, té, donuts (de chocolate, con almendras, sin gluten,...), algún informe o algo similar. A esas alturas, tras dos meses trabajando en el hospital como nadie podía arriesgarme poniendo la mano en el fuego a que me sabía exactamente como le gustaba el café y que tipo de bollería consumían cada día cualquier trabajador del centro. Al menos no era un edificio demasiado grande, cosa que me servía de consuelo en mis días malos que solían ser bastantes visto el panorama.

Me ponía decepcionaba la manera en la que me juzgaban mis compañeros sin darme una oportunidad de demostrar lo que sabía hacer, que acabara de terminar la carrera no significaba que fuera una mala trabajadora. Ninguno de los enfermeros del hospital se atrevían siquiera a que pusiera una simple inyección por miedo a que lo hiciera mal. ¡Que no tuviera experiencia aún no significaba que no supiera nada sobre enfermería! ¡Tenía una carrera!

—¡Molly!

Mi cuerpo se puso en alerta nada más escuchar mi nombre pronunciado por aquella espantosa voz aguda anunciando malas noticias. Solté un gemido de fastidio mientras intentaba escabullirme sin que la morena se diera cuenta entre miradas extrañadas de pacientes que me observaban perplejos mientras recorría de puntillas el pasillo. Cloe, también conocida como mi demonio personal, se había encargado desde el minuto uno de dejarme saber que a partir de ese momento yo estaba allí para ser única y exclusivamente su recadera personal.

—¡Molly no te escondas, necesito un café bien cargado!

Ignorando sus chillidos caminé de la forma más silenciosa que pude hasta la sala de urgencias conociendo el camino de memoria. Esta estaba abarrotada de gente con toda clase de problemas como la mayoría del tiempo. Y a pesar de eso, yo no podía ayudarles en nada. Menos cuando alguno tenía algún problema digestivo y le daba por sacar de su intestino toda la comida ingerida, ahí sí que me buscaban mis compañeros. Desde luego que cuando ingresé en la universidad para hacer enfermería no me imaginaba que mi trabajo fuera a ser así.

Un silencio se hizo espacio por la gran sala en la que la gente esperaba atenta a que su turno llegaría. Apenas se escuchaba la voz de la reportera que salía por los parlantes de las televisiones a bajo volumen. La gente enmudeció de un momento a otro, casi parecía que ni se atrevían a respirar con demasiada brusquedad por si rompían el ambiente que se había formado. Cualquiera otra persona no se hubiese percatado de lo que se venía, pero yo sí. Tampoco era algo muy extraño dado que llevaba ya dos meses en el hospital y situaciones como esas se habían repetido en algunas ocasiones, las suficientes como para saber que aquel era un silencio antes de la tempestad.

Y no me equivoqué, en apenas segundos los chirridos de unas ruedas se empezaron a escuchar cada vez con más fuerza por el pasillo de la planta. Las puertas se abrieron con brusquedad mientras una camilla blanca inclinada horizontalmente entraba a gran velocidad acompañada de un par de paramédicos y algún que otro doctor con la bata cubierta de sangre.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo al ver pasar la camilla por delante de mí. Apenas fueron unos segundos pero eso no quitó que para mí todo sucediera como a cámara lenta. Mi cerebro fue capaz de procesar unos ojos celestes encharcados de dolor. Su marcada mandíbula reflejaba lo mismo a juzgar por la manera en la que la apretaba, sus cejas fruncidas por el esfuerzo completaban esa imagen de sufrimiento y por si eso no fuera

suficiente el chico soltaba pequeños gemidos de dolor presionando sus carnosos labios en el proceso.

Lo seguí con la mirada mientras salía de la sala sin poder borrar aquella mirada de mi mente sintiendo un repentino impulso de seguir la camilla por los pasillos para averiguar que le había ocurrido. Había visto mucha gente sufrir a lo largo de mis veintitrés años de vida, pero nunca me había sentido tan deseosa de poder ayer como en ese momento. No así.

Poco a poco los murmullos fueron renaciendo hasta dar paso a la estampa inicial: una sala de urgencias con gente hablando a gran volumen mientras se quejaban por falta de personal y enfermeros pasando de un lado al otro intentando evaluar los daños de cada uno. Todo el mundo parecía haberse olvidado completamente de lo que había pasado hacía apenas unos minutos. Yo no fui una de esas personas.

—¡Por fin te encuentro! ¿Dónde estabas? No respondas. —se retractó la morena poniendo una mano perfectamente arreglada enfrente de mí— Solo tráeme un café.

Que divertido es ser enfermera, ¿eh?

Capítulo 2

Holden

Todos los días ocurren accidentes. Vehículos atropellan a gente, calderas explotan, aviones se estrellan, personas mueren, ... Era cuestión de tiempo que algunos de esos factores me afectará a mí. Pura estadística.

Aunque que estuviera desangrándome en una camilla camino al hospital sin ser apenas capaz de mantener los ojos abiertos a causa del dolor producido por una puñalada cerca del corazón no entraba dentro de la categoría de "accidentes".

Todavía era incapaz de asimilar como había ocurrido todo tan rápido y sin que yo a penas pudieras darme cuenta de lo que había ocurrido. Lo único que mi cerebro pudo procesar fue un brillo metálico dirigiéndose en mi dirección y al instante siguiente esa sucia navaja estaba enterrada profundamente en mi pecho sin darme tiempo a reaccionar. Nunca me hubiese definido como una persona quejica; pero maldición, que me cuelguen si no fue la cosa más dolorosa por la que había pasado hasta entonces. Unos cuantos puñetazos y algún que otro hueso roto no era nada comparado con eso. Cada bocanada de aire era un suplicio para mi cordura.

Apenas era consciente de lo que pasaba a mi alrededor, solo era capaz de percibir el movimiento de los chicos de la ambulancia que trataban desesperados de detener la hemorragia para salvar mi vida mientras yo mismo batallaba por no caer desmayado oyendo de fondo ese espantoso pitido que emitía el vehículo para que los coches se apartarán.

El camino era excesivamente largo y parecía no acabarse nunca. Mi desesperación estaba llegando a su límite y me maldije a mi mismo amenazándome con no morir. No antes de poder cobrar mi venganza. Por unos instantes dudé realmente en ser capaz de conseguirlo, pensé que me iba a quedar en el sitio sin poder partirle la cara al imbécil que me hizo esto antes. Y tampoco quería dejar sola a Lucy. Pensar en esos preciosos ojos azules me

dio la suficiente fuerza como para mantenerme despierto durante otros cinco minutos más, los suficientes como para que la ambulancia aparcara con brusquedad en la puerta de urgencias.

Empezaron a salir médicos alertados por el sonido que emitía el vehículo mientras que los que estaban dentro empezaban a moverse para sacarme de ahí pegando gritos a diestro y siniestro. A pesar de no estar mirando hacia la puerta no me costó mucho averiguar que la habían abierto dada la molestia que empezaron a sufrir mis ojos a causa del exceso de luz. Casi me quedé sin aire cuando al depositar la camilla en el suelo empezaron a ejercer mayor fuerza sobre mi herida. *Mierda, como duele.*

—No te duermas chico, ya estamos llegando. —me animó un hombre mientras nos movíamos con velocidad por todo el hospital haciendo chirriar las ruedas de la camilla.

Quise hacerlo, empezaba a entender eso que decían en las películas de querer dejarse ir. Solo puede maldecirme intentando sacar fuerzas de donde no las había para resistir al menos un poco más. Parecía imposible, puede que realmente lo fuera.

Abrí los ojos a la misma vez que se abrían las puertas de lo que parecía ser una sala de espera. No sé muy bien como pero mi mirada acabó encontrándose con unos ojos color caramelo que me impidieron apartar la mirada. A pesar de los gritos de los gritos de la plantilla de sanitarios a mi alrededor y del reguero de sangre que goteaba por mi camilla no parecía horrorizada ni sorprendida. Mantenía la calma en su sitio pero pude vislumbrar como observaba la escena con curiosidad. Solté un gemido cuando el hombre ejerció mayor fuerza sobre mi herida mientras salíamos de la sala de urgencias. No pude evitar dejarme ir después de eso.



Mis párpados se movieron un par de veces mientras mis ojos se esforzaban por abrirse, parecían estar pegados a juzgar por la dificultad que esto suponía. Cuando conseguí hacerlo lo primero que hice fue barrer con la mirada toda la habitación evaluando la situación. Una habitación simple y blanca sin ninguna gracia me dio la bienvenida. Esta tenía un par de mesitas de noche de madera y un sillón verde que hacía juego con las sábanas de la cama. A mi derecha se encontraba esos típicos sueros con alguna extraña sustancia de la cual no pude leer la etiqueta por el enano tamaño de las letras. Quise sentarme pero apenas

tenía fuerzas para mover la mano. Realmente estaba agotado y me dolía bastante la herida a pesar de tener una gran venda cubriéndola.

Una enfermera entró por la puerta distrayéndome, no tardé ni tres segundos en poner una mala cara al ver su excesivo pestañeo. Me irrité al instante, lo que menos necesitaba en esos momentos era a una chica dando vueltas a mi alrededor como si fuera una polilla.

—Hola cielo. —casi gruñí al oír su apelativo—. Necesito algunos datos para registrarte la base de datos. Ya sabes, nombre, apellidos, tarjeta identificativa, número de teléfono...

Nada más escuché su tono insinuante al decir ese último requisito, que apostaría a que era innecesario, giré con mucho esfuerzo mi cabeza para no tener que escucharla. Que no me pudiera apenas mover no significaba que no podría ignorarla igualmente.

—Soy Cloe. —más parpadeos— Y vamos a pasar mucho tiempo juntos, ya sabes, tengo que comprobar tus constantes cada cierto tiempo, hacerte pruebas,... Entonces, ¿cuál es tu nombre, dulzura?

—Métete en tus asuntos.

La castaña jadeó horrorizada al notar el amenazante tono que poseía mi voz dejando claro que no buscaba hacer amigos. Algo me decía que no estaba acostumbrada a que no andaran besando el suelo por el que pisaba.

—¡No puedes hablarme así! —chilló indignada.

—No tengo ganas de escuchar tus gritos, tenerte cerca ya hace que mi dolor de cabeza sea bastante fuerte por lo que te agradecería que cerraras la puta boca.

—Soy amiga del jefe del hospital, —aseguró con voz melosa cambiando de estrategia— si te portas bien podría darte ciertos... *beneficios*.

—No me van los sobornos. —solté ante su tono insinuante—. ¿Podrías ir a regalarte a otro lado? Me molestas.

La chica que se hacía llamar Cloe se fue indignada intentando caminar lo más recta posible para no demostrar que mis palabras la habían afectado, aunque yo sabía que si lo hicieron. Se podía ver a simple vista como la indignación predominaba en su estado de ánimo.

Dejé caer la cabeza contra la almohada mientras deseaba en silencio que toda esta mierda acabara antes de que Phill se enterara de que yo estaba ahí. Estaba muerto como me encontrara.

Capítulo 3

Molly

Apilé la montaña de papeles en el escritorio para poder guardarlos con más facilidad en la carpeta. Con un suspiro dejé la habitación al ya haber acabado lo que me habían pedido. Organiza los expedientes, es importante, me dijeron. ¡Yo no quería ordenar papeles, yo quería poder ayudar a una persona sin que me juzgaran! A veces no entendía para que estaba allí si nunca me dejaban hacer nada relacionado con la enfermería, no era de extrañar que acabara la jornada laboral hecha polvo emocionalmente hablando.

—Molly, te llama el jefe.

Le agradecí a la compañera que me había informado con una sonrisa amistosa y un asentimiento que intentaban ocultar lo frustrada que me empezaba a sentir. Solo me había llamado unas cuantas veces pero siempre era para lo mismo, traerle un café con leche y dos de azúcar junto a un panecillo de mantequilla. Para ahorrar tiempo decidí caminar directamente a la cafetería de la planta baja reservada especialmente para los especialistas médicos. En otras palabras, era donde llevaban la comida que sí que era comestible.

La verdad es que la sala no estaba nada mal, tenía dos pequeñas máquinas de café bastante modernas junto a unos cuantos vasos blancos de plástico que se reponían cada semana. Si no te gustaba el intenso sabor de esa bebida podías optar por zumos, té o simplemente agua. También había unos cuantos paquetitos de snacks, alguna que otra caja de donuts de varios sabores, panes con aderezos como mantequilla, aceite, mermelada o nutella y alguna que otra caja de cereal. El único inconveniente de esa sala es que yo tenía que ir repartiendo lo que le gustaba a la gente al estar, según ellos “desocupada”.

Apreté un par de botones después de situar el vaso debajo de la máquina y en apenas unos segundos esta empezó a hacer café. Preparé la bebida tal y como le gustaba, cogí un panecillo con un pequeño botecito de mantequilla y lo puse todo en una bandeja antes de salir de la sala en dirección a su

despacho. Mientras caminaba por los pasillos no podía evitar mirar adelante a cada especialista que se cruzaba en mi camino deseando llegar a ser algún día tan útil como ellos.

Toqué como pude la puerta haciendo algunas maniobras, cuando me avisó de que podía pasar abrí la puerta con el codo intentando no derramar el café y entré en la estancia. A continuación dejé la bandeja sobre su mesa ante su mirada extrañada y me dispuse a volver a la sala de urgencias por si se producía un milagro y me dejaban ayudar en algo.

—¿Qué es todo esto?

—Me imaginaba que me había llamado para eso— respondí girándome antes de llegar a la puerta.

—La verdad es que te llamé por otra cosa, pero el desayuno se agradece.

Murmuré un suave *oh* mientras me dirigía a una de las sillas que había en frente de su escritorio para tomar asiento. Esperé pacientemente a que me contara lo que pasaba viendo como le daba un sorbo a su bebida con cara de satisfacción.

—Verás Molly, llevas ya aquí dos meses y no vemos que hayas ejercido mucho de enfermera, —quise replicar diciendo que era culpa suya que no me dejaran hacer nada, pero permanecí en silencio—. Y ya que no podemos permitirnos estar pagándote un sueldo por algo que no haces hemos decidido que vamos a despedirte.

Se me cortó el aire de los pulmones, mi cabeza daba vueltas y se me taponaron los oídos. Casi pude escuchar como mi corazón dejó de latir. No podían hacerme eso, no después de tanto tiempo deseando mi sueño. Si me despedían no iban a volver a contratarme como enfermera en ningún otro lugar. No tenía experiencia y me habían despedido tras dos meses trabajando en los que realmente no pude hacer nada.

—Tranquila. —se apresuró a calmarme al ver que el color abandonaba mi cara—. Hemos pensado que no queremos perderte, por lo que pensamos contratarte de asistente. Harás lo mismo que ahora, llevar cafés y organizar papeleo. Lo único malo es que tu sueldo se reduce un cuarenta por ciento y tendrás que echar algunas horas más. ¿Qué me dices?

Ahora sí que me sentía mareada. No podía siquiera razonar, ¿de verdad me estaban echando del trabajo de mis sueños sin darme la posibilidad de demostrar lo que valía? ¿Cómo se supone que iba a llegar ahora a fin de mes? El sueldo de enfermera tampoco es que fuera para tirar cohetes y el sitio en el que vivía no era precisamente barato. No. No podía dejar que eso pasara.

—No.

—¿No?

—No. Ni siquiera he tenido la posibilidad de demostrar que puedo hacerlo. Quedan dos semanas para que acabe el mes, y el contrato empezaría el mes siguiente, ¿no? Quiero poder demostrar que soy útil, que sirvo para algo más que servir cafés.

—No creo que...

La puerta se abrió con un sonoro golpe interrumpiéndolo mientras que yo veía anonadada la escena frente a mí. Una Cloe roja de rabia con una mirada matadora y una postura digna de una rabieta de niña pequeña aparecía en escena. El jefe se recolocó en la silla enarcando una ceja a modo de petición silenciosa, quería que le explicara a que venía que irrumpiera de forma tan brusca en su despacho.

—¡No lo aguanto! —chilló enrabieta dando una pequeña patada al suelo.

—¿Tienes los datos del chico? —ignoró con tono serio.

—¡No! ¡Se ha comportado como un capullo! Es tan... tan... ¡agg! ¡Es odioso! ¡Ni siquiera se dignó a mirarme mientras le hablaba!

—Señorita Cloe, esa información es importante. No podemos seguir atendiéndole sin saber su expediente médico.

No entendía muy bien que estaba pasando pero si se referían a que no tenían la información de un paciente me parecía lógico que no pudieran atenderlo correctamente. Con el historial médico podían saber sus alergias, si había pasado por una enfermedad similar antes o si algo de lo que pudieran hacer podía repercutir en su salud.

—Pues ve tú, ¡por qué yo no pienso volver a tratar con ese estúpido en lo que me queda de vida! —rodé los ojos ante su tono, tan dramática como siempre.

—Yo puedo hacerlo.

—¿Qué? —dijeron a la vez.

—Sí, no parece complicado. Así podría demostrar que merezco estar aquí.

El hombre frente a mí se rascó pensativo la perilla sopesando si sería buena idea o no, por otro lado yo estaba moviendo frenéticamente la pierna en un mal intento de mantener una calma que no poseía.

—Está bien. Consigue esa información y te dejaré esas dos semanas de margen para que demuestres que sirves para algo.

Con una sonrisa esperanzada le arrebaté el formulario a la castaña que me fulminaba con la mirada y me dirigí a la habitación de mi primer paciente.

Puede que no le estuviera atendiendo directamente pero eso no quitaba que ya me sintiera más útil que llevando papeles de un lado para otro.

Podía con eso.

Capítulo 4

Molly

Me detuve algo nerviosa ante la imponente puerta, la verdad es que no tenía nada fuera de lo común. Tallada en madera y pintada en blanco mate con algún reflejo brillante solo se distinguía de las demás por la pequeña placa negra con un dígito diferente. El número resplandeciente de la puerta parecía estar burlándose de mí por mi alterado estado. Estaba nerviosa, no iba a negarlo.

Habitación 102.

¿No podía ser tan malo, no? Al menos es lo que yo me repetía una y otra vez en un mal intento de mantener los nervios a raya. Tenía que relajarme porque si no no íbamos a ninguna parte, así que eso es lo que hice. Cogí unas cuantas bocanadas de aire y las solté con brusquedad tras retenerlas en mis pulmones un par de veces notando como la acción me relajaba a pesar de realizarla con demasiada brusquedad.

Golpeé un par de veces mis nudillos contra la puerta por muy innecesario que fuera y antes de darle tiempo a que me diera una contestación atravesé el marco de la entrada antes de que los nervios volvieran a invadirme. Sabía que el paciente no era precisamente alegre y amable por lo que había dicho Cloe, así que deduje que sería una pérdida de tiempo esperar una respuesta de su parte.

No pude evitar formar en mi mente una imagen de la persona que se encontraba al otro lado de la puerta mientras la abría. ¿Sería rubio con reflejos más oscuros? ¿O por el contrario carecería de pelo? ¿Sería pálido y delgado, o más bien un gordinflón morenito? No podía contestar a ninguna de esas cuestiones pero estaba deseando averiguarlo.

Nunca me hubiese imaginado ni en mis fantasías más retorcidas que la persona que se encontraba al otro lado de la puerta era *él*. El chico que me crucé el día anterior en la sala de urgencias. Aquel que se estaba desangrando y que poseía una gran expresión de dolor.

No supe la razón pero una gran euforia invadió todo mi cuerpo en cuestión de segundos, a pesar de no haber pensado en él hasta ese momento no pude evitar sentirme aliviada porque hubiese sobrevivido.

Ahora que no torcía el rostro en extrañas muecas debido al dolor era incluso más apuesto, y mira que eso era complicado. Sus preciosos ojos azules se apreciaban mejor aún y el sudor ya no cubría su piel. El ligero tono rojizo que tenían sus labios debido a las mordidas a los que eran sometidos también había desaparecido y ahora tenía un leve color rosado. La expresión que tenía era serena y por unos instantes me costó creer que fuera una persona horrible tal y como había descrito cierta morena.

—Hola, ¿qué tal te encuentras?

Durante unos cuantos segundos no se molestó en desviar su mirada en mi dirección, no quise insistir de nuevo por lo que permanecí de pie al lado de la cama esperando a que se dignara a mirarme. Después de apenas unos segundos sus dos perlas azules se clavaron en mí. Me observó algo parecido al reconocimiento invadiendo sus ojos consiguiendo descolocarme al instante. ¿Acaso lo conocía? No, estaba segura de que la respuesta a esa pregunta era negativa.

—Me han metido un sucio trozo de metal cerca del corazón y ahora tengo que permanecer en este sitio de mierda. ¿A ti qué te parece?

Si por un solo segundo pensé que su rostro seguiría igual de calmado que antes de que apareciera o que me iba a dirigir palabras amables estaba más que equivocada. La fantasía fue bonita mientras duró.

—Que no parecen gustarte mucho los hospitales. —murmuré torpemente con los nervios volviendo a mí.

—Espero que no vengas por lo mismo que la otra. Si es así ya puedes coger la puerta y largarte.

—No voy a irme. —declaré mirándolo con firmeza.

—Entonces espero que no tengas nada mejor que hacer, porque vas a estar aquí mucho tiempo.

Acepté el desafío que me mandaba su mirada sentándome a su lado en el pequeño sillón para nada cómodo. No me importaba. Conseguir esa documentación era algo importante para mí y no me iba a dar por vencida a la primera de cambio, iba a luchar por lo que quería.

Además, ese chico llamaba poderosamente mi atención. Si tenía que pasarme horas sentada a su lado para conseguir los papeles no iba a ser yo quien me quejase. Lo observé atentamente repasando sus facciones mientras

miraba distraído por la ventana. No, desde luego que no iba a quejarme.

Giré con velocidad mi cuello paseando la mirada por la habitación cuando hizo el amago de observarme, aproveché para intentar dar con algo que me sirviera para iniciar una conversación o para sacar algo de información, como por ejemplo flores con su nombre o un globo personalizado. Mis expectativas se hundieron profundamente cuando comprobé que en la mesita de noche solo había un triste vaso de agua medio lleno.

La televisión permanecía apagada, por lo que tampoco podía hablar sobre el programa que se estuviese emitiendo o sobre alguno otro relacionado. Entonces lo entendí un poco mejor, yo también tendría ese humor si tuviese que estar encerrada sin nada que hacer durante tanto tiempo sin amigos o familiares que me visitasen.

Intenté pasar el tiempo de la mejor manera que podía, me lo tomé como un pequeño descanso de servir bebidas calientes y avanzar con el papeleo. Navegué por mis redes sociales viendo vídeos graciosos de gatitos y publicaciones de mis compañeros de carrera que sí estaban haciendo ayudando a gente, actualicé algunas aplicaciones y me enzarqué en una nueva búsqueda de un libro que no hubiese leído, cosa complicada dado que mi ritmo de lectura era demasiado elevado y ya me había acabado mi repertorio entero.

Tras media hora más en las mismas condiciones lo único que quería era darle algún fuerte calmante que lo obligara a bajar las defensas para poder completar la ficha de una maldita vez y poder irme a ver a los enfermeros trabajando imaginando que era yo quien hacía ese trabajo. Claro que ni él iba a dejar que me acercara, ni yo poseía dicho medicamento.

—¿Te has cansado ya? —cuestionó ante mi suspiro de aburrimiento.

—No pienso irme.

—¿Segura? —inquirió elevando una ceja.

Me acomodé mejor en la butaca buscando una posición que me resultara algo más cómoda desafiándolo con la mirada mientras barajaba mis opciones. No tenía precisamente mucho dinero por lo que sobornarlo no era una opción asequible. Tampoco sabía que podía ofrecerle para que aceptara dado que no lo conocía en lo más mínimo. Por un momento pensé en desistir y abandonar la habitación pero esa idea solo bailó por mis pensamientos unos segundos. Se me tenía que ocurrir algo, tenía que hacerlo. Pensé entonces en que me gustaría que me ofrecieran a mí en caso de que la situación fuera al revés y no tuve ni que pensármelo.

—Tengo algo que proponerte.

Capítulo 5

Holden

No me podía creer que la pequeña pelinegra que se revolvía incómoda en la silla junto a mí mientras rebuscaba algo entre los bolsillos de sus pantalones fuera ella. La chica que me crucé en la sala de urgencias. Ahora que no me estaba desangrando la podía mirar con más detalle.

Era bonita. Tenía una tez bastante clara y unos preciosos ojos color caramelo que pegan a la perfección con las pequeñas pecas que se dispersaban en sus mejillas. La observé atento sin saber que hacía allí. No era tonto, sabía que quería que le diera mis datos al igual que la otra chica pero me intrigaba a más no poder. A pesar de todo yo no podía responder a sus preguntas, de lo contrario saldría peor de como entré.

Sus labios formaron una gran sonrisa de satisfacción al obtener lo que quería mientras sostenía entre sus manos un pequeño teléfono móvil negro algo antiguo. Al principio no entendí porque parecía tan triunfal o que pretendía hacer con ese aparato. Como su intención fuera llamar a la policía y amenazarme con eso no iba a llegar demasiado lejos.

Algo en mi cerebro hizo clic y lo comprendí todo al instante, no necesite ninguna confirmación de su parte. Era obvio, no sé como tardé tanto en saber que pretendía. Mis ojos se estrecharon al instante esperando estar equivocado.

—Si lo que quieres es ofrecerme tu número a cambio tengo que decirte que si no le funcionó a la morena a ti tampoco te va a funcionar.

—¿Qué? —parpadeó confundida un par de veces hasta que cayó en la cuenta de algo y empezó a negar con intensidad— ¡No! No es eso. Verás, en el hospital están prohibidos los móviles pero... Si tú me ayudas en esto puede que yo pueda dejarte el mío para que llames. Ya sabes, para avisarle a tus familiares y eso.

Por un momento me descolocó lo adorable que se veía con ese brillo juguetón en la mirada como si lo que estuviese proponiendo fuera el mayor

delito de la historia. Me llevé la mano derecha al cabello para revolverlo intentando decidir que debería hacer. Aunque tampoco es que fuera muy complicado, necesitaba hablar con Lucy y decirle que estaba bien antes de que se percatara de mi desaparición.

—Hecho.

Pude ver la emoción que invadía su mirada mientras extendía su móvil, apostarí a que si pusiese hubiese gritado también. No la conocía, a pesar de eso no me hubiese extrañado. Esa chica tenía una especie de aire agradable, era de esas personas que te hacían sonreír con su sola presencia.

—¿No deberías asegurarte primero de que conteste tus preguntas? Puede que te esté engañando.

Fue una especie de broma, por supuesto. Pero eso ella no tenía porqué saberlo. Me extrañaba que se fiara de buenas a primeras de un desconocido. No era muy buena idea y menos si tenemos en cuenta que yo era el sujeto del que hablábamos. Que hubiese llegado a urgencias con una herida de arma blanca en mi pecho tampoco es que diera confianza precisamente.

—Confío en ti. —dijo como única explicación— Tienes un minuto por cada pregunta que vayas a responder, adelante.

Presioné el icono del teléfono dejando de ver así su fondo de pantalla en el que salía ella sonriendo reluciente con un diploma de enfermera entre sus manos y un precioso vestido verde ajustándose a sus curvas. Me imaginé que la foto debían de habérsela hecho en su graduación a juzgar por el birrete que adornaba su cabeza.

Desplacé mis dedos por la pantalla marcando ese número que tan bien me sabía, no podría haberlo olvidado ni queriéndolo. Me puse levemente nervioso mientras escuchaba los tonos del teléfono sonar contra mi oído. ¿Y si no lo cogía? ¿Qué pasaba si se había vuelto a meter en problemas y yo no estaba allí para ayudarla?

—¿Si?

—¡Lucy! —me dio igual la mirada asombrada que puso la chica al ver mi sonrisa, solo podía centrarme en mi chica.

—¿Holden? ¿Eres tú?

—Soy yo. Te llamo para decirte que estoy bien, voy a estar un tiempo sin aparecer por ahí pero...

—No te preocupes. —me interrumpió— Sé apañármelas sola, ¿sabes? Dejé de ser una niña hace tiempo.

—No es verdad, pero no voy a rebatírtelo.

Charlamos durante unos minutos más sobre cosas irrelevantes que de algo importante con el fin de aparentar normalidad y que no se preocupase por mí hasta que recordé el trato que tenía con la chica y decidí colgar casi al instante, no podía darme el lujo de responder demasiadas preguntas por mucho que me pesara no hablar con mi pequeña no tan pequeña. Le di una breve despedida callándome el hecho de estar ingresado en el hospital y casi haber muerto, ella no podía hacer nada para verme y contárselo solo la preocuparía de forma innecesaria. A pesar de todo eso me sentí infinitamente más tranquilo al avisarla de que no me podría pasar por allí en un tiempo, al menos así tendría cuidado.

Le devolví el móvil a la pelinegra cuyo nombre no sabía después de observar los minutos que habíamos estado hablando. Cuatro minutos. Cuatro preguntas. En cierto modo me parecía justo dado que entre el nombre, los apellidos y esas cosas apenas iba a poder responder a nada.

—Muy bien, primera pregunta. ¿Apellidos?

—¿No deberías saber mi nombre primero?

—No hace falta, *Holden*. Lo escuché mientras hablabas por teléfono. ¿Tus apellidos? —volvió a insistir dando pequeños golpecitos en el formulario con su bolígrafo.

No pude evitar sonreír. A pesar de todo me caía bien esa chica, tenía carácter y eso no era algo que se pudiera decir hoy en día de cualquiera.

—Escucha, voy a responderte a todo. Lo prometo. Pero necesito que hagas algo por mí antes.

Ni siquiera dudó en asentir con seriedad, parecía que en ese momento podría pedirle la Luna y ella buscaría la forma de conseguirla para mí. Se la veía desesperada, supe que podría sacar tajada de eso y pedir lo que quisiera. Pero no lo hice. No quise hacerlo. Me bastaba con que cumpliera una promesa para mí.

Capítulo 6

Molly

Nadie podía haber borrado la gran sonrisa que había plantada en mi cara, estaba tan orgullosa de mí misma que me empezaban a doler las mejillas de mantener esa mueca alegre durante tanto tiempo. Así me dirigí hacia el despacho del jefe, resplandeciente de alegría mientras exhibía orgullosa el formulario entre mis manos. Respiré profundamente cuando llegué a la puerta intentando que no se me notara tanto la alegría que me invadía el cuerpo, aunque para ser sinceros no se me dio muy bien.

Sabiendo que no podía quitar esa mueca de orgullo y felicidad ni me molesté en intentarlo de nuevo, por lo que llevé mis nudillos a la puerta para aporrearla suavemente pidiendo permiso para entrar.

—Adelante.

Abrí con la mirada baja esperando que así no se notara tanto mi entusiasmo y me detuve a unos cuantos pasos de su escritorio notando que no estaba él solo. Se encontraba Kay, un enfermero que rondaba los treinta al que el jefe solía confiarle los trabajos... difíciles por así decirlo. No me costó demasiado averiguar por quien estaba esa allí.

—¿Tienes el informe?

Asentí liberando mi sonrisa dejando pasar el tono de incredulidad que contenía su voz centrándome únicamente en dar pequeños golpecitos al formulario con mis dedos queriendo así regodearme de él. Apostaría a que lo último que se esperaba era que una novata como yo lo consiguiera.

—Bueno pues eso es todo, Kay. —se dirigió esta vez al susodicho intentando disimular el asombro de su expresión— Habitación 102, comprueba sus constantes.

No me extrañó comprobar que mi teoría era la correcta, el enfermero estaba allí porque necesitaban comprobar que todo estuviese bien con Holden después de pasar por quirófano y posiblemente quería estar informado antes

de encontrarse algo desagradable cuando lo examinase. Quise desearle buena suerte pero me pareció que estaba fuera de lugar por lo que callé.

Observé como este se levantaba para irse mientras yo me mantenía esperando de pie, mi intención no era quedarme a charlar y por eso mi culo no estaba puesto en una silla. Cuando la puerta se cerró el jefe volvió a darle una mirada de reojo al papel como queriendo comprobar una vez más que lo había conseguido y que tendría que dejarme esas dos semanas de margen para que viera de lo que era capaz.

—Buen trabajo, chica. Ahora llévale esos papeles a...

—No. —interrumpí demasiado apresurada ocasionando que enarcara una ceja para que me explicara. —Me refiero a que preferiría hacerlo yo misma. Ya sabe, por si al final tengo que acabar de asistente. Tengo que acostumbrarme, ¿no?

Era una excusa más que penosa y yo lo sabía, pero a pesar de eso pareció convencerle porque asintió conforme con la cabeza un par de veces en mi dirección. Solté un disimulado suspiro, no se me daba bien mentir y era una suerte que no hubiese dicho alguna tontería como muchas otras veces.

—Está bien. Ya puedes irte.

Me despedí con un leve movimiento de cabeza antes de dirigirme hacia la planta subterránea, donde se guardaban los informes tanto digitales como en papel. No era una buena zona para pacientes al estar en un sótano por lo que la usábamos como zona burocrática.

Entré viendo que estaba completamente sola y me senté frente al primer ordenador que vi. No era muy difícil pasar el informe a digital por lo que no me llevo mucho tiempo rellenar las casillas en blanco con la información que poseía. O al menos no debería habérmelo llevado. Para ser francos hubo un pequeño problema. Tan pequeño como un simple número.

Resulta que o bien él me había dado mal su número de identificación o bien yo lo había apuntado mal. Me gustaría señalar que era la primera opción pero conociéndome como lo hacía me decantaba más por la segunda. *Siempre tan torpe*, me burlé levantándome de ella silla para ir hacia su habitación. Fue una de las pocas veces que mis despistes no me trajeron algo malo.

Mientras caminaba por los pasillos solo podía pensar en que esperaba que no volviera a pedirme algo a cambio porque no quería seguir saltándome las normas mucho más por muy absurdas que fueran, después de todo estaba en una especie de período de prueba. Aunque para ser francos me despedirían de todas maneras si no completaba el informe e ir probando combinaciones de

números hasta dar con la correcta no era una opción muy agradable. Tenía que empezar a prestar más atención a mi alrededor, siempre me pasaban cosas de esas por mis despistes. Mi madre solía decirme cuando era pequeña que me pasaba más tiempo en mi alegre mundo imaginario que en la realidad al punto de que un día impacté contra el frío metal de un póster que tenía delante y que no había visto.

Sacudí levemente la cabeza dibujando una lenta sonrisa ante el recuerdo. Seguí caminando entre los pasillos del edificio saludando a algunos compañeros a pesar de estar inmersa en mis pensamientos hasta que unos gritos captaron toda mi atención.

—¡Aléjate, aléjate de mí! ¡Quieta!

Aceleré mis pasos al escuchar esas voces elevadas al acercarme a su puerta notando como éstas se intensificaban a medida que el recorrido disminuía. Los últimos pasos que me quedaban los di prácticamente corriendo preocupada porque algo hubiera ocurrido. Abrí la puerta con brusquedad encontrándome con un extraño panorama.

Una enfermera de unos cincuenta con el pelo algo canoso elevaba los brazos en modo de rendición mientras se alejaba a pequeños pasos de la cama de Holden, quien por cierto sostenía en sus manos una lámpara como arma. Me habría reído de la estampa si no fuera por lo asustada que parecía aquella mujer, ella realmente pensaba que le podía hacerle algo cosa que yo dudaba bastante.

—Wou, wou, wou. ¿Qué se supone que está pasando aquí?

—Yo solo quería comprobar sus constantes. Kay no fue capaz de dejar que se acercara, así que pensó que yo era una mejor opción.

Claramente por como sostenía aquella lámpara en modo de protección a pesar de la mueca de dolor que le producía aquel movimiento se podía deducir que se equivocó. No me extrañaba de todos modos, Holden parecía una persona de lo más desconfiada y ahí solo estaba entre personas que no conocía y que podían dañarlo si querían por su estado.

—Molly, no te acerques. Es peligroso.

—Holden, baja esa lámpara. Como la rompas vas a hacerte daño. —ordené con tono firme ignorando el ruego de la enfermera.

—No quiero que me toque, no quiero que nadie me toque. Dile que se aleje y la bajaré.

—Escucha, necesitamos comprobar tu temperatura, nivel de oxígeno en sangre, ritmo cardíaco y esas cosas para ver que no tienes una infección

producida por el metal.

—No quiero que se me acerquen.

—¿Qué propones entonces?

La mujer retrocedía aún más deseando salir de la habitación aprovechando que el castaño estaba distraído hablando conmigo a pesar de que no apartaba sus ojos de ella. Fue entonces cuando los clavó en los míos dejando a un lado el objeto viendo que la extraña no tenía intenciones de acercarse a él y que yo parecía estar de su parte.

—Hazlo tú.

Parece que después de todo sí que confiaba en alguien.

Capítulo 7

Holden

Tenía pocas opciones, era dejar que se acercara o tener que ser drogado por alguna persona desconocida que podría matarme si quisiera. No quería admitirlo pero confiaba en esa chica, sabía que no iba a hacerme daño. Molly. El nombre le quedaba como anillo al dedo. Dulce. Refreshante. Atrayente.

Observé como la otra enfermera se retiraba temblorosa de la habitación sin tan siquiera mirar atrás, cosa que me hizo sentir mejor. No tenía que seguir manteniendo el gran muro de indiferencia sobre mi expresión por lo que podía dejar escapar el quejido por mi pecho debido a los bruscos movimientos.

—¿Estás bien?

No me dejó responderle a la pregunta porque ella ya estaba apartando la bata que llevaba puesta para examinar la herida, la venda no contenía sangre por lo que supuse que los puntos estaban en el lugar correcto.

Sin embargo Molly no estaba donde debía, ella tendría estar alejada de mí. Por mucho que me fiara no era seguro que se me acercara tanto porque podría perder la cordura. Tampoco podía olvidar que era un ser humano al fin y al cabo, que traicionara mi confianza dañándome no era algo del todo descabellado. No sería la primera vez.

—Sí. —solté con brusquedad separando sus cálidas manos de mi pecho sin cuidado.

Se desconcertó por unos segundos antes de asentir con una pequeña mueca, no tardó nada en empezar a revisar esa odiosa máquina que no para de soltar pitiditos a la que estaba conectado. Parecía muy seria en su faceta de enfermera y por mucho que me jodiera no podía quitarle la vista de encima mientras asentía en algunas ocasiones o se detenía unos segundos en alguna parte mientras parecía debatirse algo.

Desvié la mirada con rapidez al comprobar que iba a girarse en mi dirección fijándola en la pequeña mancha marrón que había en la pared

probablemente ocasionada por un café derramado. Empezó a trastear con una extraña pinza que me puso en el dedo mientras miraba un pequeño monitor.

—Parece que está todo correcto, —afirmó con la mirada aún en el ordenador— pero voy a tener que sacarte sangre para un análisis y tomarte la temperatura.

—No soy muy fan de las agujas.

No pude evitar la mueca de mi rostro, las odiaba con toda mi alma. Me traían demasiados malos recuerdos a pesar de que el propósito de ellas era más bien lo contrario en esas ocasiones. Cada vez que veía una me ponía enfermo y la cabeza se me embotaba, no podía estar cerca de ellas sin que mi mente volara a ese angustioso pasado. No, definitivamente no iba a dejar que acercara esa cosa a mí aunque fuese ella.

—Has recibido una puñalada, te aseguro que duele menos que eso.

—No me gustan. —repetí con mayor énfasis.

Me ignoró mientras revolvía los cajones en busca de algo, parecía que se debatía algo en su mente como si estuviese buscando la forma de convencerme. Ja, buena suerte con eso. A cabezota no me ganaba nadie y si decía que no quería hacer algo me mantenía firme como una roca. Al cabo de unos segundos pareció encontrar lo que buscaba porque aflojó una suave sonrisa sacando algún extraño aparato.

Me extrañó ver esa cosa hasta que lo acercó a mi frente y lo posó ahí, supe enseguida que debía de ser algún tipo de termómetro de alta precisión. Su mano estaba tan cerca de mí que no me costó apreciar las pequeñas pulseritas de hilos que llevaba colgadas en la muñeca. Al cabo de un rato el trato empezó a pitar con insistencia ocasionando una mueca en su boca.

No parecía conforme con el resultado a juzgar por su ceño fruncido cosa que me hubiese preocupado si no hubiese desviado sus labios hasta mi frente depositándolos ahí durante unos segundos que se me hicieron eternos. Me recorrió un escalofrío y no pude evitar desviar la vista, ¿qué le pasaba a esa chica? Aunque no podía negar que tenía unos labios increíblemente suaves. Me descubrí a mi mismo deseando que volviera a repetir la acción otra vez. *¿Qué mierdas dices, idiota? Olvida eso*

—Parece que sí que tienes algo de fiebre. —habló sin inmutarse— Lo siento pero ahora los análisis de sangre son más necesarios aún, puedes estar incubando una infección.

Se me pasó de golpe todo el desconcierto. En la vida le dejaría que se acercase con esa jeringuilla que parecía haber encontrado en el cajón. Su

metálica punta brillaba de tal manera que parecía estar burlándose de mí.

—Prefiero morir de una infección a que me pongas esa cosa en el brazo.

—Wou. —soltó con sorpresa— Sí que te asustan las agujas.

Desvié la mirada sin contestar, no era miedo lo que me procesaban sino malos recuerdos pero eso era algo que no tenía porque saber la pelinegra. Esta pareció divagar durante unos segundos hasta que su expresión se iluminó.

—Podría dormirte con algún tranquilizante y sacarte sangre sin que estuvieras consciente.

Me fiaba de ella pero no a tal punto de dejar que me metiera una aguja mientras yo estaba en el mundo de los sueños, mi cordura no había desaparecido hasta tal punto.

—No.

—Escucha, no quiero empujarte a hacer algo que no deseas pero si no lo hago lo harán otros. Y créeme, no van a ser tan amables y pacientes como yo.

Me estremecí al pensar en esa posibilidad, en que me agarraran entre unos cuantos y lo hicieran a la fuerza o en que le echaran algún calmante a la asquerosa comida. No, desde luego que si tenía que dejar que alguien lo hiciera esa sería Molly. No me gustaba la idea de otra persona rondando a mi alrededor y menos aún acercándose ese espantoso objeto.

—Está bien.

Capítulo 8

Holden

No tardó demasiado en demostrar su felicidad con una amplia sonrisa dirigida únicamente a mí, me sentí orgulloso de ser el responsable de esa luz que desprendía su mirada. Me volví a cabrear conmigo. Vamos tío, ¿qué cojones te pasa? Tenía que pedirle a la pelinegra que me quitara los fármacos, solo me hacían pensar tonterías.

—Buena elección. ¿En qué brazo lo prefieres?

Estaba disfrutando de eso, lo veía en la manera en la que le sacaba brillo a la aguja con un algodoncillo empapado en alcohol. Pensé que tal vez no era tan malo si Molly sonreía así. Claro que ese pensamiento se esfumó cuando volvió a dejar a la vista el metal causando que mi cuerpo sufriera un escalofrío instantáneo.

—¿No eres tú la enfermera?

—Tu sangre es la misma en un brazo que en otro.

Ahí tenía un buen punto, sin embargo no por eso ella dejaba ser la profesional en eso. Llegué a la conclusión de que me sentiría más seguro con ella aconsejándome y le agradecía enormemente el hecho de que me dejara tener algo de control en todo el asunto aunque fuera algo rutinario y sin importancia.

—¿Qué es mejor? —le pregunté tragándome el orgullo.

—Bueno, si es en el izquierdo te va a doler a la hora de extenderlo por estar más cerca de la herida. Por otro lado si eliges el derecho a pesar de ser poca sangre a veces la gente se marea o le duele durante un rato el brazo y si eres uno de esos va a parecerte incómodo que no puedas usar tus brazos para nada.

No se había guardado nada, Molly me había soltado el bombardeo de deprimente información sin tan siquiera molestarse en dulcificarlo un poco. Agradecí su honestidad pero ya no estaba tan seguro de querer seguir haciendo

esto.

—Tenías que ser sincera, ¿no?

—¿Qué quieres que te diga? No soy muy buena mintiendo.

Una mueca se apoderó de mis labios mientras que sopesaba ambas opciones, podría arriesgarme a que sea el brazo derecho y que no me pasara nada pero estaba seguro de que lo pasaría fatal si eso llegase a pasar. Por otra parte puede que un poco de dolor al extender el brazo no fuese para tanto.

—¿Tú que piensas?

—Wou, no me esperaba que me pidieras consejo. —definitivamente se estaba burlando de mí, lo confirmé cuando empezó a reír con suavidad. Al menos dejó de hacerlo al ver mi serio gesto, eso sí, no borró la sonrisa que poseía. —Estira despacio el brazo izquierdo a ver si te duele mucho y si es así tendrás que arriesgarte con el derecho. Sé que no te gusta la posibilidad de quedarte indefenso pero prometo quedarme contigo si eso llega a pasar.

¿Cómo? ¿Cómo podía haberme calado tan a la perfección sin apenas conocerme? ¿Era yo demasiado obvio? Porque ahí estaba lo que de verdad no quería, quedarme sin la posibilidad de coger de nuevo la lámpara si entraba otra vez algún enfermero molesto insistiendo en clavarme más cosas por el cuerpo. Ya tenía bastante con el tubo conectado a la bolsa de suero que me salía de brazo del cual no pude negarme por mi estado de inconsciencia.

Sin salir de mi asombro hice lo que me aconsejó, con cuidado fui extendiendo el brazo izquierdo para ver si podía mantenerlo estirado sin que los músculos de mi pecho se tensaran demasiado. No fui capaz de estirarlo ni la mitad de lo que necesitaba a pesar de forzar mi músculo más de lo que debería causando un pinchazo de dolor en mi pecho que me hizo detener mis movimientos al instante. Creo que no me queda más opción que la de dar mi brazo derecho a estirar.

Molly pareció pensar lo mismo que yo porque rodeó la camilla en la que estaba tendido para posicionarse en mi lado derecho. Cogió con suavidad mi brazo para estirarlo hasta colocarlo como ella quería, después empapó otro algodón con desinfectante y lo pasó por encima de la zona en la que iba a pincharme. El algodón estaba frío comparado con piel, casi era una sensación refrescante. Eso me hizo calmarme ligeramente separando los recuerdos del presente, nunca realizaba ese proceso para desgracia de muchos.

—Muy bien, allá vamos. ¿Estás listo?

—Eso creo— asentí convencido.

—Bien, no mires la aguja porque será peor. Mírame a mí.

No tuvo que pedirlo dos veces, clavé la vista en su rostro de concentración olvidando por unos segundos la situación en la que estaba. Sí, puede que pasara rápido y no fuera tan malo después de todo. Molly dio un par de golpecitos al brazo supongo que buscando una vena una vez que se colocó los típicos guantes de látex azules.

Seguí su consejo y no despegué la mirada de su rostro analizándolo en el proceso. No llegué a sentir la aguja ni rozar mi brazo cuando la puerta se abrió con fuerza sobresaltándome. Tuve miedo por unos segundos de que la jeringuilla se hubiese clavado en mi brazo por error pero para mi fortuna aún la sostenía Molly en su mano y lejos de mi alcance.

Rodé los ojos con irritación al reconocer el rostro de la enfermera molesta del otro día, la tal Cloe parecía que no se conformaba con mi rechazo y eso me fastidiaba más que nada. ¿Le gustaba que le dijeran que no o qué? No me lo podía explicar.

Su cara fue de sorpresa al ver a Molly cerca de mí con una aguja, consiguiendo algo que ella no podría haber logrado en años. Supongo que su ego se sintió herido dado que no la quise ni mirar el otro día por lo que quiso tomar ventaja aplastando a los demás, lo supe nada más observé sus ojos brillar con maldad. Conocía a la gente de su tipo, de esa que necesitaba pasar por encima de otros para sentirse bien consigo mismo. Desgraciadamente había crecido rodeados de ellas y no me costaba identificarlas.

—Molly, vete a por un café. Yo me encargo de esto.

Note como la chica junto a mí se tensó al instante y una alerta saltó mi mente al instante, no me gustaba una mierda el tono malicioso que contenía su voz.

—Ella se queda donde está.

—¿Sabes? Me sorprende que quieras hacer de conejillo de indias. —dijo esta vez dirigiéndose a mí.

—¿Qué coño dices?

—Ya sabes, por eso de que eres su primer paciente. ¿No lo sabías? Nadie quiere ser atendido por ella.

Dirigí la mirada esta vez a Molly quien mantenía la mirada en el suelo pareciendo derrotada. No me hizo falta preguntarlo para saber que la morena no mentía pero aun así no pude evitar hacerlo.

—¿Quieres explicarme lo que está pasando, Molly?

Capítulo 9

Molly

Maldita fuese aquella arpía. No era capaz de dejarme ser feliz, ¿verdad? Tenía que quitarme la posibilidad de atender por primera vez a un paciente. Aunque no sé porque me extrañé, desde el primer día me dejó muy claro que yo no tenía lo que hacía falta para ejercer y que lo mejor sería que me rindiera ya. Pero no quería rendirme, yo quería cumplir mi sueño por mucho sudor y lágrimas que eso me costara.

A pesar de todo lo había conseguido, lo más probable era que Holden se sintiera furioso por ocultarle esa información y no querría que lo volviera a atender. Adiós a la posibilidad de quedarme en el puesto de enfermera. Al menos lo entendía, era normal que no quisiera que una novata lo atendiera dado su miedo a las agujas. Aunque no por eso me sentía menos decepcionada con la situación.

Intenté borrar la mueca de mis labios aprovechando que tenía la cabeza baja mientras hacía respiraciones cortas buscando que responder a su pregunta. Estaba claro que no podía intentar desmentirlo porque era verdad y cualquier excusa que quisiera poner sería desbaratada por la castaña. Fin del juego.

—Lo siento.

—Ya, seguro que sí. —se metió Cloe con tono irónico. —Dame la jeringuilla anda.

Dudé unos segundos en dársela o no porque sabía que Holden no confiaba en cualquiera para que le acercaran eso pero no tuve tiempo de intervenir porque me la arrebató de la mano. Supuse que ya no tenía mucho que hacer allí y que ya solo me quedaba volver a la sala de urgencias esperando en que alguien confiara un poco en mí ahora que había conseguido atender a medias a alguien.

—Ni te me acerques.

—Vamos cielo, no seas así. Podemos divertirnos.

—Diviértete lo que quieras, pero hazlo bien lejos de aquí.

Quise girarme pero no tuve fuerzas, ¿con qué propósito? Lo único que podía hacer por él era buscar entre todos los enfermeros a alguien en quien pudiese confiar. No tenía mucho que hacer por lo que sería una buena manera de distraerme e indirectamente lo estaría ayudando.

—¿Dónde te crees que vas, Molly? Ni se te ocurra dejarme con esta loca.

Tuve que reírme, no me salió otra cosa. Moví mi cabeza hasta verlo, me hizo gracia la manera en la que parecía espantado ante la posibilidad de quedarse en una habitación junto a una aguja y la morena. No era de extrañar porque a mí también me daba miedo esa chica. ¿A quién no?

Aflojé una sonrisa dirigiéndome hacia la silla de su lado mientras me acomodaba para ver la escena. Puede que lo ayudara más tarde a buscar a un profesional, de momento me conformaba con ver como la cara de Cloe pasaba por todos los colores posibles. Era divertido ver como alguien la ponía en su sitio.

—¿Pero a ti qué te pasa?! ¡Se supone que tienes que estar a mis pies!

Eso sí que era tener ego y lo demás son tonterías.

—Tengo buen gusto, quizás es por eso.

Me reí disfrutando de su frustración mientras me tapaba levemente la boca para que no se me notara demasiado, la morena dejó la jeringuilla y se marchó furiosa dando un gran portazo aumentando mis carcajadas aún más. Me detuve cuando me di cuenta de que Holden no para de mirarme de forma extraña, seguro que parecía una completa lunática.

—¿Cómo es que estás trabajando aquí?

Pude intuir por su tono de voz que no era una pregunta malintencionada sino más bien curiosa pero eso no quitó que me doliera levemente.

—Salí de la universidad con buenas notas, pensaron que sería un buen fichaje. —aparté la mirada bajando la voz. —Supongo que se equivocaron.

—¿Estudiaste enfermería?— asentí con la cabeza sin ganas de hablar. —
¿Cuánto llevas trabajando aquí?

—Dos meses.

—¿Y no has atendido a nadie?— preguntó incrédulo.

—Nadie se fía de mí porque no tengo experiencia.

Apoyé la barbilla entre mis rodillas intentando que no se me notara demasiado el desánimo de mi expresión, era un bucle que no paraba. No se fiaban porque no tenía experiencia y por eso no me dejaban hacer nada, como

no hacía nada no tenía experiencia y vuelta a empezar. Un sinsentido. Por si fuera poco cada vez que quería ver el trabajo de algún compañero para ver si así se fiaban más de mí me echaban de la habitación porque los ponía nerviosos. No sabía qué hacer.

—No te preocupes. —afirmé levantándome. —Te buscaré a un buen profesional.

—¿Puedo pedir a quien quiera?

—Normalmente no, pero lo conseguiré para ti.

—Está bien. —asintió conforme— Me gustaría que fuese una llamada Molly. Tal vez la conozcas, ya sabes, bajita, con la melena negra y ojos color caramelo. ¿Te suena?

—¿Qué estás diciendo? No entiendo nada.

Holden sonrió ante mi confusión mientras estiraba su brazo derecho en mi dirección dejándome anonadada. ¿Estaba haciendo lo que creía que estaba haciendo? ¿Me estaba dando una oportunidad?

—Yo sí que confío en ti, Molly.

¿Qué?

Capítulo 10

Holden

No pude evitar que una mueca se hiciera presente en mi rostro al notar como el metal atravesaba mi piel. La verdad era que no dolía en exceso gracias al cuidado con el que Molly me estaba tratando, cosa por la que estaba bastante agradecido.

—Así que... ¿a qué venía todo ese misterio? ¿Eres un fugitivo o algo?

Entendí al instante de lo que estaba hablando, no pude culparla por pensar así ya que en su lugar hubiese hecho exactamente lo mismo. ¿Por qué si no le iba a pedirle que nadie supiera mi identidad? Porque tenía algo que esconder. No era algo tan drástico como ser un prófugo de la justicia pero las consecuencias si me pillaban no es que fueran muy agradables de todas maneras. Claro que si supiera la verdadera razón probablemente se hubiera reído de mí hasta reventar.

—¿Hiciste lo que te pedí?

Sabía lo que estaba intentando hacer la pelinegra, quería que habláramos para distraerme y que no me resultara demasiado horrible el hecho de tener una aguja clavada a mi brazo. Quise agradecérselo con una sonrisa pero conseguí contenerme y me limité a mantener una conversación con ella.

—Sí, el director del hospital se extrañó un poco cuando le dije que me gustaría guardar los datos por mi misma pero conseguí buscar una buena excusa.

Asentí con la cabeza asimilando la información, estaba a salvo por el momento gracias a ella aunque no fuera consciente de ello. La observé entonces viendo como se formaban unas pequeñas arruguitas en su ceño debido a la concentración. Llenaba el tubo con mi sangre de manera pausada suponiendo que era mejor para mí. No supe si era mejor o peor así porque estaba tan cerca de mí que se aroma me estaba empezando a embotar los sentidos. ¿Qué era? ¿Naranja? Olisqueé su cuello acercándome

disimuladamente para confirmar mi teoría, sí que olía a naranja. A exquisita y deliciosa naranja.

Empezó a retirar la aguja de mi piel con tanto cuidado que ni una sola mueca apareció en mi rostro, acto seguido puso un algodoncillo con cinta para pegarlo a mi brazo y que no sangrara. Aunque tampoco pensaba que me fuera a pasar mucho si me salían un par de gotitas, lo peor ya había pasado.

—Tengo que quedarme unos veinte minutos por si te afecta. Si te sientes mareado, fatigado, ves puntitos blancos... lo que sea, avísame.

Me limité a acceder moviendo la cabeza sin pronunciar palabra alguna, que fuera la única persona en la que confiaba aquí no quería decir que quisiera hacer amigos. Con Lucy y su hermano en mi vida ya tenía suficiente, no necesitaba a nadie más preocupado cada vez que desaparecía durante unos días. Y Molly parecía ser de la clase de personas que empatizan demasiado con la gente, lo pasaría mal a mi lado.

—Por cierto. —saltó de repente— Me diste mal tu número de identificación. De hecho por eso vine al principio. ¿Me lo podrías volver a dictar, por favor?

Ya se me había olvidado que la pelinegra había aparecido como por arte de magia justo cuando necesitaba su ayuda, en ese momento estaba demasiado centrado en otras cosas como para percatarme de un detalle como ese.

—Tú lo apuntaste mal, es tu problema ahora.

—No me hagas ser mala contigo.

Me hubiese tomado su amenaza en serio si no hubiera levantado el bolígrafo de forma tan graciosa poniendo un pequeño puchero. Se veía incapaz de matar incluso a una mosca, es más, apostaría a que en su lugar intentaría sacar al insecto abriendo la ventana sin dañarlo. No era un disparate si hablábamos de ella.

—¿Y si te dejo mi móvil un ratito?

Su proposición me hizo sentir como un niño pequeño a la espera de jugar con el teléfono de sus padres, sobretodo por el tono en el que lo dijo. A pesar de eso no me hacía falta, la única con la que hablaba era Lucy y ya la había llamado hacía unas horas. Nadie más me importaba y si la volvía a llamar probablemente se preocuparía.

—¿Y si me dejas en paz un ratito?— contesté del mismo modo.

Molly resopló mientras rodaba los ojos, se veía de lejos que estaba exasperada con mi carácter cosa que no era de extrañar.

—Eres imposible.

—No eres la primera en decírmelo.

—Muy bien. —se levantó asintiendo— No quería llegar a esto pero... o me dices lo que quiero saber o haré que se pierda el botecito de sangre y tengan que sacarte otro. —amenazó señalando a dicho tarro.

No iba a hacerlo, no era capaz de someterme a algo así sabiendo lo que repugnaban las puntas metálicas. Quitando el hecho de que era buena persona se le notaba que mentía, ella misma me dijo que se le daba fatal hacerlo y entonces comprobé que era verdad. Sus ojos se movían inquietos de un lado a otro de la habitación mientras se restregaba las palmas sudorosas en los vaqueros, sumado a esto estaba el hecho de que se estaba poniendo levemente colorada. *Interesante, Molly se sonroja cuando miente.*

—Está bien. —cedí a pesar de saber que era un farol.

Sentía que como la dejara así más tiempo iba a explotar y no me pareció demasiado darle un número comparado con todo lo que la chica había hecho por mí. Decidí ceder con tal de que se sintiera mejor. Además, ella se había ganado esa respuesta gracias a uno de los minutos que me concedió, sería injusto que yo me negara a repetírselo.

Capítulo 11

Molly

Una sonrisa empezó a dibujarse con lentitud sobre mi rostro como resultado de su respuesta. Comprendía perfectamente que ceder no le había resultado precisamente fácil a pesar de que mi petición resultaba de lo más sencilla. A Holden le gustaba mantener el control en todo momento y por eso mismo una enorme satisfacción me invadió todo el cuerpo.

Intenté sin demasiado éxito disimular mi mueca al inclinarme ligeramente en su dirección con el fin de tenderle el papel en cuyo interior se hallaba el número apuntado. Le tendí un bolígrafo azul como acompañamiento para que pudiera corregir el error posiblemente cometido por mi parte para que no volviera a haber confusiones a la hora de apuntar lo que me fuera a decir.

Observé como recorrió el trozo blanco pausadamente, pude averiguar el momento exacto en el que encontró el fallo ya que su mueca de inconformidad me resolvió cualquier duda que pudiese albergar. Hizo un par de tachones donde le pareció conveniente y me devolvió el papelito con el número correcto.

—Ahora solo te falta no perderlo.

—No te prometo nada.

Mis palabras no pudieron ser más sinceras pero deduje que él no lo entendió de la misma manera a juzgar por su pequeña sonrisa cargada de diversión. Ignoré esa mueca y decidí guardar a buen recaudo en el bolsillo delantero de mi vaquero el pequeño trozo blanco que no podía permitirme olvidar por la cuenta que me traía.

—Bueno, tengo que irme para rellenar el informe. ¿Necesitas algo?— pregunté esperando una respuesta negativa.

—¿Cuándo puedo irme?

—¿Perdona?

—Estoy harto de estar aquí encerrado. ¿Qué día me dan el alta?

Puedo asegurar que durante unos instantes hasta una estatua tenía más movilidad que yo, su duda me dejó tan impactada que me costó bastante reaccionar. Cuando por fin pude salir de mi ensimismamiento, mordí ligeramente mi labio interior buscando las palabras adecuadas antes de responderle. Se notaba por mi rigidez que no me esperaba una pregunta así de su parte.

—No estoy segura.

—Pero más o menos, ¿cuándo? En poco tiempo, ¿verdad?

—Eso depende de los resultados del análisis. —contesté ignorando la ligera incomodidad que me invadió ante su insistencia por abandonar el hospital. —Estarán en aproximadamente tres días.

—No puedo estar aquí tres días.

—Tres días es el tiempo que tardan los resultados. Dependiendo de lo que pongan te quedarás más o menos tiempo. Podría ser hasta un mes de ser necesario. —le advertí ignorando el creciente cabreo que contenía su voz y del que desconocía su origen.

—Me niego a estar aquí tanto tiempo.

Me fue imposible no sorprenderme, su tono de voz sonaba tan enfurecido que por un momento me hizo cuestionarme qué era aquello tan horrible que le impedía permanecer en ese recinto durante más tiempo del estrictamente necesario. Holden siempre se había mostrado como una persona racional y que de un momento a otro pareciera así de enfurecido por una cuestión puramente médica me hizo replantearme todas sus acciones.

Las dudas no tardaron en asaltarme con ferocidad acabando con el pequeño resquicio de tranquilidad que habitaba en mi cuerpo. ¿Y si se trataba de mí? Tal vez después de todo la habilidad que me permitía ser capaz de adivinar cuando las personas no soportaban mi presencia hubiese fallado en ese caso sin que yo me percatara. Puede que el hecho de que se fiara de mi persona se debía más a una visión de un ser inofensivo e ingenuo a una sincera confianza sin razones ocultas como empezaba a pensar en ese momento.

—Es por tu bien.

—Me importa una mierda.

No me sorprendió su grosera contestación porque ya llevaba bastante tiempo conteniendo esas malas palabras que tan duro lo hacían parecer o sin poner sus típicas muecas malhumoradas. No me sentí ofendida por su brutal tono ni un solo instante, por mucho que me negase a aceptarlo ese era su carácter y era algo contra lo que yo no podía luchar.

—Seguro que tú puedes hacer algo al respecto. —insinuó buscando una postura algo más cómoda para descansar su espalda.

—Pues sí, pero eso no significa que vaya a hacerlo.

—¿Cómo?

—Es peligroso salir antes de los análisis y la herida todavía es muy reciente. Lo mejor es que te quedes.

—¡Quiero ver al médico!

—No te va a decir nada distinto. —intenté apaciguarlo manteniendo la calma mientras trasteaba en el monitor de sus constantes. Estaba empezando a alterarse y eso no era bueno.

—¡Me da igual! ¡Llámallo!

—Cálmate Holden. Entiende que te podría pasar algo malo si te dejamos salir antes. No sabemos si puedes tener alguna enfermedad subyacente.

Daba igual cuanto suavizara mi tono de voz con el fin de hacerlo entrar en razón o lo mucho que yo buscaba su mirada para que pudiera comprobar que mis ojos no revelaban una razón oculta, el ceño fruncido del chico que se hallaba sentado delante frente a mí no se relajó ni un solo instante. Parecía decidido a salir del hospital por muy peligroso que fuera.

—¿Y tú qué sabrás?

—Soy enfermera. —intenté no sonar muy obvia pero me salió fatal.

—No debes ser una muy buena porque en dos meses no has atendido a nadie.

Mis músculos se congelaron negándose a moverse ante la malicia cargada en sus palabras. Quiso hacerme daño y no falló en su misión, pero a pesar de que conocía su propósito mi corazón no dejó de estrujarse en mi pecho. No podía debatir sus palabras porque contenían demasiada razón para hacerlo. Esa misma cuestión me la había planteado con anterioridad en múltiples ocasiones y el resultado nunca variaba, el desánimo me acompañaba durante días hasta que conseguía volver a dibujar una sonrisa sobre mi rostro.

No quise discutir con él por razones puramente egoístas, no sabía con certeza si aguantaría otro de sus asaltos verbales. Me contentaba con saber que por muchas amenazantes muecas que pusiera en su rostro el médico no le daría el alta hasta que su recuperación fuera un hecho, por lo que me decidí de manera acertada a abandonar la habitación antes de que nuevas palabras hicieran mella en mi estado de ánimo ya de por sí bastante negativo.

Me percaté de que ese ansiado descanso para mi salud mental no iba a ser posible cuando al salir de la habitación una morena cuya sonrisa maligna haría

temblar al más valiente se cruzó en mi huida. Las palabras de Holden no iban a ser las únicas en dañarme ese día a juzgar por su mirada.

—¿Ya te ha echado?— preferí mantener el silencio. —Mucho ha tardado. ¿De verdad pensaste que podrías ser útil? ¿Tú?

Decidí no seguir al alcance de sus afilados comentarios cuando una risa maliciosa trepó por su garganta, en ese punto del día me sentía tan exhausta que no tenía fuerzas para combatir con esa bruja y con mis propios pensamientos al mismo tiempo. Giré mis talones encaminándome a la salida haciendo caso omiso a sus reproches insinuando que solo se me ponía definir por mi cobardía preguntándome rotundamente si mi día podía contener más acciones que aumentaran mi frustración.

Como no, obtuve una respuesta que solo me causó un mayor grado de desesperación cuando me encontré con esa estampa. Realmente mi mal día solo acababa de comenzar.

Capítulo 12

Holden

Dejé caer mi cabeza sin mucha delicadeza haciendo que esta rebotase un par de veces al chocar contra la almohada de una manera tan brusca pero apenas me inmuté. Un potente sentimiento de frustración recorría mis venas inundando mi cuerpo entero con maldiciones de todo tipo.

A penas llevaba un par de días en el hospital pero me era imposible no comparar la habitación con una prisión de la que no era capaz de escaparme. Nunca había sido un fan de los hospitales pues los había evitado en la medida de lo posible, pero estar entre esas cuatro paredes ya era un nivel superior. Las horas se me hacían eternas viendo pasar el reloj, observando el tránsito de los vehículos desde la ventana y memorizando cada mínimo detalle de la estancia. Podía recitar de memoria en que lugar se encontraban cada una de las manchas y la posición de todos los objetos. Por si fuera poco ni siquiera disponía de una televisión con la que aligerar un poco el pasar del tiempo. Los únicos instantes en los que mi estancia allí se hacía más llevadera era cuando Molly andaba a mi alrededor.

Molly. Dulce e insistente Molly. Resoplé con fuerza sin preocuparme por el movimiento de mi pecho con dicha acción, esa chica me iba a volver loco. Solo tenía que hacer una maldita cosa. Una. Dejarme salir no parecía tan complicado dado su puesto de trabajo. Mi cordura iba a irse a la mierda como continuara sin poder moverme a vista de cualquiera que quisiera lanzarse sobre mí, morena incluida. Me sentía indefenso cuando no tenía a la pelinegra a mi lado y no me gustaba nada esa sensación de dependencia. La odiaba.

¿Qué iba a hacer entonces? No pensaba disculparme ni a punta de pistola, pero recordar su expresión al soltar esas injustas palabras hacía que una vocecita en mi interior me llamara capullo de todas las maneras que conocía. Lo último que quería era herirla, solo necesitaba que se enfadara para que quisiera perderme de vista dándome el alta. Pero las cosas no habían salido

como me esperaba y desgraciadamente soltaba cosas más crueles de las que debería cuando me enfurecía.

Me aproveché de su debilidad, intenté usarla en su contra. Y maldición, que me peguen un tiro si no me arrepentía más que nada en el mundo de haber soltado esas palabras.

—¿Ya te ha echado?— presté atención al ligero murmullo que se escuchó tras la puerta— Mucho ha tardado. ¿De verdad pensaste que podrías ser útil? ¿Tú?

¿Pero qué mierdas? ¡No! ¡Molly no necesitaba más personas tóxicas que hundieran su ánimo más aún! Puede que no pudiera resguardarla de mis propias palabras, pero si podía protegerla del daño que otros pudieran causarle iba a hacerlo costase lo que me costase.

Fijé mi mirada en una particular mancha de café mientras ordenaba todas las palabras que quería soltarle a la que por la voz tendría que ser una mujer para que salieran de forma coherente y no le quedara ninguna duda. La puerta se abrió velozmente en ese instante sin conseguir desviar mi mirada de ese particular círculo marrón pálido que tanto contrastaba con la pared.

—Hola, cariño.

Mis dientes chirriaron cuando por fin le puse cara a la despiadada muchacha que había soltado esas crueles palabras, como no podía ser de otra manera se trata de la castaña. Maldije en mi mente la existencia de un ser como Cloe de todas las maneras posibles. Desperté de mi ensoñación cuando una mano se posó con demasiadas confianzas sobre mi brazo.

—Nunca. Escúchame bien. —la agarré de la muñeca para separarla de mi piel cuando empezó a trazar círculos sobre esta sin prestarme atención. — *Nunca* vas a volver a hablar de Molly. Antes si quieres de dirigirle la palabra lávate la boca. No mereces ni que te mire.

Solté con brusquedad su mano sin importarme en absoluto el pinchazo que recorrió mi brazo entero por el brusco movimiento. La castaña soltó un jadeo indignado igual de falso que ella mientras se llevaba una mano al pecho de manera exagerada. Se me quedó mirando durante unos segundos esperando a que me retractara o mostrara una mueca de arrepentimiento rindiéndose tras una mirada afilada por mi parte. Decidió apresurarse en salir de la habitación con aires de grandeza al ver que no iba a conseguir lo que quería en ese momento.

Ni siquiera me dio tiempo a celebrar mi triunfo porque apenas unos instantes después un gran ajetreo fuera de la habitación capturó toda mi

atención. No sabía muy bien que estaba ocurriendo puesto que los murmulos sonaban demasiado bajos como para entender algo de lo que de lo que cuchicheaban pero eso no evitó que me picara la curiosidad. Al haber pacientes graves en las habitaciones los ruidos altos que podían molestarlos estaban prohibidos, puede que por eso me sorprendió que en cuestión de segundos las voces aumentaran de volumen por lo que se suponía que era la acumulación de personas.

—¡Un médico! ¡Que alguien llame a un médico!

Después de ese grito le siguieron otros muchos que cada vez aclamaban con más ferocidad un responsable. Suponía que la persona que estaba sufriendo la dolencia tenía al menos la suerte de encontrarse ya en un hospital, no necesitaba esperar a una ambulancia.

—¡Molly! ¡Molly, por favor!

Ese grito angustiado congeló cada centímetro de mi cuerpo.

Capítulo 13

Molly

A medida que el calendario iba disminuyendo su grosor los días se me hacían cada vez más pesados, sufría lo que tantos otros padecían en su rutina. No estaba satisfecha con mi trabajo y lo único que me apetecía en ese momento era refugiarme entre el calor que desprendía el suave tacto de mis mantas para aislarme del mundo exterior. El día anterior había sido especialmente devastador por todos los acontecimientos ocurridos en apenas unas horas, cosa que se notaba en mi estado anímico, pero aun así traté de enfocarme en superar mi rutina sin que ninguna fantasía se interpusiera en mi camino. Si no intentaba enfocarme en la parte agradable de mi trabajo iba a acabar volviéndome loca.

Mi orgullo no sufría al admitir que Holden se había convertido en un factor muy importante a la hora de levantarme cada mañana, al fin y al cabo por fin después de tanto esperarlo alguien que me necesitaba había depositado su confianza en mí y no pensaba dejarlo desamparado solo porque mi cuerpo se negara a levantarse al escuchar la alarma. Además, el castaño había conseguido ganarse mi aprecio en un lapso de tiempo tan escaso que aún me sorprendía. Le tenía demasiada estima como para dejarlo solo al alcance de Cloe.

Para ser del todo honesta puede que esas décimas de más que noté en él los días anteriores también influyeran un poco en mi decisión de entrar antes de tiempo esa mañana, una pequeña preocupación se instalaba en mi cuerpo cada vez que pensaba en una posible infección. Una parte de mí estaba deseando que salieran los análisis de sangre que me confirmaran que se encontraba perfectamente, la otra dejándose llevar por el egoísmo prefería que no salieran nunca para que el castaño no se fuera. No me sentía preparada para verlo partir, no cuando me había acostumbrado a su presencia. Sería devastador volver a mi tediosa rutina después de conocer lo gratificante que era ejercer

mi profesión.

Atravesé los pulcros pasillos del hospital buscando con la mirada ese número que me indicaba que me encontraba en la habitación correcta. No tardé demasiado en visualizarla al fondo del pasillo, era curioso que a pesar de ser todas las puertas iguales mis ojos la encontraran con tanta velocidad. Apreté los labios entre sí suavemente repitiéndome una y otra vez que esta vez no tenía que dejarle ver que sus palabras podían llegar a afectarme.

Coloqué algunas de las pulseras coloridas de hilo de mi muñeca que habían trepado por mi antebrazo hasta situarlas en su posición original antes de abrir la puerta sin molestarme siquiera en tocar antes para avisar de mi llegada. Nunca lo había hecho por lo que no lo vi necesario en ese momento.

—Buenos días, Holden. ¿Qué tal te encuentras hoy?— saludé sonriente sin entender su mirada de asombro.

—T-tú... Estás aquí. —su rostro pasó de confundido a furioso en apenas unos segundos— ¡¿Qué se supone que haces aquí?!

—No sé si lo sabes, pero trabajo aquí.

—¡Deberías estar descansando! ¡Joder! ¿Cómo coño te han dejado venir?

Las tornas cambiaron entonces, pasé yo a ser la que no entendía qué estaba pasando. Sus palabras no tenían sentido alguno para mí y menos aún la furia que contenía su voz. Repasé mentalmente los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas en busca de algo que me arrojara algo de luz respecto a su extraña actuación pero no conseguí hallar nada. Holden siempre había sido un misterio para mí pero en ocasiones como aquella dudaba siquiera que pudiese llegar a comprenderlo alguna vez.

—¿Por qué iba a estar descansando? Tengo que trabajar.

—La madre que me...

Dibujé con lentitud una corta sonrisa sobre mi rostro al observar como se llevaba un puño a la boca intentando resistir su impulso de soltar todas las maldiciones que se le ocurrieran. Esa mueca no tardó nada en borrarse para dejar paso a una preocupada cuando apartó con brusquedad las sábanas verde pálido de sus piernas para incorporarse con la intención de ponerse de pie consiguiendo alarmarme.

—¿Estás loco? ¿Qué crees que estás haciendo?

Me apresuré corriendo a su lado viendo que ignoró mis preguntas como si nunca las hubiese formulado. Tenía una extraña mueca en el rostro por lo que suponía que era mover la herida sin delicadeza alguna, aun así no detuvo su tarea hasta que me situé a su lado deteniéndolo. Agarré su brazo sano con la

mayor delicadeza que pude y lo retuve para que permaneciera sentado mientras apoyaba mi mano libre en su omóplato para retenerlo en caso de que insistiera en levantarse.

—Deberías estar descansando. Puedes usar mi cama, me sentaré en el sillón mientras tanto.

—¿Se te ha ido la cabeza? Aquí el que tiene una puñalada cerca del corazón eres tú. ¿Por qué ibas a dejarme tu cama?

Me evaluó con la mirada desconfiando de mis palabras mientras se dejaba tumbar sobre el colchón de nuevo al estar distraído. Analizaba cada pequeña parte de mi cuerpo en busca de no sé muy bien el qué hasta que sus ojos celestes volvieron a clavarse en los míos. La confusión se estaba adueñando de mí cada vez con mayor intensidad, no entendía porque Holden estaba actuando de ese modo tan inusual.

Desvié la mirada buscando un nuevo fármaco unido a su gotero, a veces algunas medicaciones causaban aturdimiento o mareos y su extraña actitud podría deberse a eso. Sin embargo mi teoría fue descartada al comprobar que ese era el mismo que siempre.

Quise retirarme de su lado restándole importancia para poder comprobar sus signos vitales en la máquina cuando en un ágil movimiento su mano se enrolló sobre mi muñeca impidiendo que me apartara. No pude evitar situar la mirada en esa unión antes de subirla hasta la suya viendo como no había otra cosa que determinación.

—¿Qué haces aquí, Molly?

—No dejas que nadie se te acerque y alguien tiene que cuidarte.

Holden apretó sus labios entre sí desviando la mirada justo antes de liberar con delicadeza mi muñeca con algo de reticencia. Parecía debatirse consigo mismo.

—No deberías preocuparte por mí. Tendrías que estar descansando. —su voz sonó derrotada mientras que no se atrevía a mirarme.

—Vale ya. ¿Se puede saber qué te ocurre?

Cuando por fin pensé que había entrado en razón y que iba a detener esa extraña forma de actuar me sorprendió una vez más frunciendo el ceño con evidente desaprobación. Se notaba que su ya de por sí escasa paciencia estaba llegando a su límite, aunque la mía tampoco se quedaba atrás.

—¡Deberías estar descansando después de lo de ayer! ¡Cómo no te sientes de una vez pienso tumbarte a la fuerza y no me importarán los puntos!— explotó incorporándose ligeramente.

—¿De qué rayos estás hablando? ¡No me pasó nada ayer!

—¡Ni se te ocurra mentirme! ¡Escuché como gritaban tu nombre!

Me percaté entonces de ese brillo especial que inundaba su mirada, estaba preocupado. Realmente parecía aterrado ante la posibilidad de mí siendo dañada de alguna forma y no sé porque algo se calentó en mi pecho ante su reacción. Las piezas empezaron a encajar como un puzzle y todo cobró sentido.

—Holden, —le intenté tranquilizar de manera dulce— estoy bien. No me pasa nada.

—Pero el médico...

—No lo pedían para mí. —enfocó su mirada en mí sin estar seguro de creerse mis palabras. —De verdad.

Supe el momento exacto en el que confié en lo que estaba diciendo porque el alivio fue evidente en todo su cuerpo. Sus músculos se relajaron mientras se dejaba caer sobre el colchón dejando de resistirse, no pude evitar entermecerme al verlo tomar disimuladamente una gran bocanada de aire.

Sin querer reprimir el impulso que me inundó el cuerpo alargué la mano sin pensármelo mucho y acaricie con las yemas de mis dedos uno de sus pómulos en un delicado roce. Apenas fue un instante pero la calidez que me transmitió su piel fue agradable. Durante un momento ninguno de los dos se atrevió a romper el contacto visual. Me perdí en la profundidad de su mirada notando como una fuerza extraña me obligaba a permanecer con la mirada puesta en su rostro. La intensidad del ambiente crecía con cada segundo que pasaba mientras que todos los ruidos y luces se desvanecían a mi alrededor sin que me percatara.

No fui capaz de soportar la tensión que empezaba a recorrer mi cuerpo, tuve que desviar la mirada asustada de algo que ni siquiera era capaz de explicar. No entendía porqué la intensidad de mis latidos había aumentado de esa manera cuando con tan solo un efímero toque.

—No te preocupes, no gritaban mi nombre por eso. —me felicité a mí misma por el control que parecía detonar mi voz.

—¿Entonces por qué?

Me fue imposible no sonreír al contestar.

—Querían que dejara de meterme con un tonto.

Capítulo 14

Holden

Parpadeé unas cuantas veces sin entender una mierda. Puede que la caricia que había proporcionado su mano sobre mi rostro tuviera algo que ver con mi falta de agilidad pero ni a la segunda ni a la tercera vez de darle vueltas a sus palabras pude hallarles un significado coherente.

—Voy a necesitar más detalles.

—Es una larga historia. —advirtió sonriendo levemente.

—No tengo mucho que haces, ¿sabes?

—No, supongo que no. —Molly rodeó mi cama hasta situarse delante del sillón dejándose caer sobre él sin mucha delicadeza. —Mi padre tiene problemas de corazón desde hace años y ayer sufrió un ataque.

—Lo siento.

—No lo hagas, es un cabrón. —podía haberme dicho que era el presidente de los Estados Unidos y no me hubiese sorprendido tanto. Era la primera vez que la escuchaba insultar a alguien y que fuera alguien tan cercano a ella me impactó de manera considerable. —Engañó a mi madre desde que nació y se fue de casa cuando yo solo tenía trece años porque ya no quería escuchar más reclamos de su mujer por pasar las noches fuera de casa y llegar al día siguiente apestando a alcohol barato y con la camisa manchada de carmín.

Presioné mis labios entre sí enfocando la mirada en la pared, no sabía muy bien como coño comportarme después de que me confesara algo así. ¿Necesitaba que la agarrara de la mano? ¿Qué confirmara lo capullo que era su padre? ¿Qué le restara importancia? Maldición, no tenía nada claro salvo que me encantaría tener unas palabras no muy amigables con él.

—Nunca se volvió a preocupar ni por nosotras ni por mi hermano, así que estuvo ausente en mi vida hasta hace dos años cuando por una desagradable casualidad me lo crucé en la calle cuando iba al centro comercial. Que sorpresa la mía cuando me enteré de que no solo se había vuelto a casar, sino

que su nueva esposa se había enterado de que tiene dos hijos y quería conocerlos. Lleva insistiendo para que vaya un día a comer a su casa desde entonces. Dan igual las veces que cambie de teléfono, él siempre consigue mi número.

—Tal vez quiere hacer las paces. —sabía que era poco probable pero un impulso tiró de mí intentando consolarla.

—No es eso. Él mismo me confesó que solo lo hace por su mujer y que no estaba precisamente entusiasmado con la idea. Ayer cuando vino mientras trabajaba para intentar convencerme de nuevo no pude más y le solté todo lo que no le había soltado en años. —torció la boca en una mueca— Supongo que no se lo esperaba y su corazón pagó las consecuencias.

Mantuve el rostro serio analizando sus palabras, efectivamente era un capullo que no se merecía tener a una hija como Molly. Me llené de rabia con tan solo imaginar a una niña de ojos caramelo con tan solo trece añitos viendo a su padre irse por la puerta sin entender lo que pasa. Y aun así era dulce como el algodón de azúcar. Desvié mi mirada sintiendo más admiración por alguien que en toda mi vida. Era increíble que mantuviera una sonrisa en sus labios cada día después de todo. *Ella* era increíble.

—¿Está aquí ingresado? —las palabras se escaparon de mi boca antes de que pudiera retenerlas.

—Para mi desgracia.

—¿En qué habitación?

Intenté que mi tono no fuera demasiado impaciente, creo que no me salió del todo bien a juzgar por como sus ojos me analizaron. Mantuve la expresión impassible esperando que no se percatara de mis intenciones ocultas, ella no tenía porqué saber lo que me proponía por el momento.

—¿Por qué quieres saberlo?

—No me gustaría cruzármelo.

Fue la primera excusa que se me ocurrió y agradecí que no analizara mis palabras preguntándose que me importaba a mí encontrármelo o no, o como podría hacerlo si ni siquiera salía de esas cuatro paredes. Además, era una mentira bastante pobre dado que yo apenas podía sentarme sin que los puntos me empezaran a molestar. Aun así Molly pareció creerse mis palabras, o al menos me dio un voto de confianza porque respondió a mi pregunta sin darle más vueltas.

—Habitación 96. Está en tu mismo pasillo pero lo bastante alejado como para poder verlo siquiera, no te preocupes por eso.

No pude evitar que la sonrisa de satisfacción trepara con velocidad sobre mis labios, no necesitaba disimular más cuando ya había conseguido la información que necesitaba, tampoco estaba dispuesto a perder un solo segundo más cuando iba a hacerlo igualmente.

Situé con cuidado mis antebrazos sobre las pequeñas barreras blancas que se colocaban en los laterales de la cama para evitar caídas e hice fuerza para levantarme, no me costó demasiado sentarme pues el colchón ya se encontraba bastante inclinado.

Hasta es momento no hubo ningún percance, el problema vino cuando moví las piernas para ponerme de pie consiguiendo que un escalofrío estremeciera todo mi cuerpo al posar los pies sobre la fría superficie de mármol. La herida no me molestaba especialmente, el hecho de que la mirada de Molly hubiese cambiado a una alarmada sí.

—¿Pero qué estás haciendo?

Aparté sus manos de mi pecho cuando las quiso llevar allí para detenerme, no iba a conformarme con que de sus labios salieran palabras falsas asegurando que no le afectaba la situación con una tensa sonrisa que distaba mucho de la verdadera. Me traía sin cuidado las quejas que pudiera tener sobre mi capacidad para mantenerme en pie por mi mismo, cuando me proponía algo no me detenía ante absolutamente nada.

—Holden, por favor. —su tono era suplicante pero no por eso cesé en mis intentos de apartarla de mi camino—. Te vas a hacer daño.

Entonces si que detuve por un momento mis intentos por esquivarla, su tono derrochaba tal cantidad de preocupación que no pude más que enternecerme. Dibujé una pequeña sonrisa en mis labios para indicarle que todo estaba bien antes de hacerla a un lado con delicadeza. Sus brillantes ojos color caramelo no se apartaron de los míos suplicando en silencio que permaneciera en la camilla.

—Apártate. —susurré con firmeza cuando nuevamente se situó delante mía.

—De verdad, Holden, estoy bien. No es para tanto.

La evalué en silencio percatándome de que ella realmente pensaba que se trataba de un asunto sin importancia. No me gustó la sensación que me recorrió cuando comprendí que Molly no estaba acostumbrada a que alguien la cuidara, ella siempre estaba dispuesta a los demás pero sin embargo estos no se lo pagaban con la misma moneda. Yo no pensaba ser igual.

La pequeña pelinegra tampoco es que hiciera mucho por enfrentarse a las cosas que le afectaban, el día anterior había explotado por lo que supuse que

era un cúmulo de tensión. Algo de lo más inaudito que apostaba a que no había ocurrido con anterioridad a pesar de que su padre llevaba molestándola con el mismo tema años. Molly tampoco se cuidaba a sí misma, por lo que me propuse hacerlo yo en su lugar. E iba a empezar a hacerlo teniendo una charla con el hombre que se hacía llamar su padre.

Agarré suavemente su mentón para que estuviera bien atenta a mi mirada, no quería que se perdiera ni una sola palabra de lo que le iba a decir. Tal vez si se percataba de mi determinación se daría cuenta de que no podía detenerme. No con eso.

—Te ha hecho daño y pienso hacer que pague por eso.

Capítulo 15

Molly

Estaba ocurriendo de nuevo. Estaba pasando una vez más y yo seguía sin saber como detener todas las sensaciones que recorrían mi cuerpo alterando mi sistema. La boca se me secó mientras observaba como el azul de su mirada brillaba de manera más intensa que nunca. No entendía porque sus ojos se oscurecían de manera tan llamativa cuando su carácter se avivaba pero me encantaba. Tampoco comprendía la razón por la que mi corazón empezó a bombear con mayor fuerza pues ni corriendo un maratón lo hubiese tenido tan acelerado.

Estás nerviosa, solo debes calmarte, me repetí una y otra vez de manera incansable con la esperanza de que eso redujera mi ritmo cardíaco. No lo conseguí, pero tenía preocupaciones más importantes en las que centrarme. De un encuentro entre Holden y mi padre no podía salir nada bueno y era normal que mis nervios se alteraran de solo pensarlo. ¿Y si se le habrían los puntos y no había médicos cerca? ¿Y si perdía mucha sangre dándose un golpe contra una esquina al desmayarse? ¿Y si lo echaban por molestar al resto de pacientes? ¿Dónde iba a ir él entonces? ¿Y si lo denunciaba? No estaba muy segura de la importancia que había adquirido ese hombre para la sociedad a lo largo de los años pero sí que me percataba de diferencias respecto a su vida anterior. Poseía accesorios de alto valor como relojes o gemelos de oro, además de vestir con trajes de calidad y posiblemente a medida. Por no hablar de esos teléfonos de último modelo que cambiaba como si se tratara de unos simples pantalones.

Sabía que detenerlo era prácticamente imposible porque la fuerza que desprendía su voz me lo indicaba pero no por eso quise dejar de intentarlo al menos una última vez más. No me importaba en absoluto lo que le pudiera ocurrir a mi padre, si es que se le podía llamar así, pero a Holden le molestaban los puntos incluso al sentarse y que hiciera esfuerzos podía

conseguir que tuviera que inyectarle un calmante potente que prácticamente lo dejase dormido para que no le molestara el dolor. Y él iba a odiar eso.

—Por favor. —suplicué una vez más sin despegar mis ojos de los suyos.

Holden frunció el ceño disconforme con mi petición, parecía repentinamente molesto con algo que se escapaba de mi alcance mientras mis ojos seguían rogándole que permaneciera en la habitación. A decir verdad no me importó demasiado su posible reacción, solo buscaba en mi mente alguna excusa lo suficiente creíble como para que me ayudara a convencerlo de que permanecer tumbado era la mejor opción para él.

—¿Después de todo te importa ese capullo? —la rabia fluía por cada poro de su piel.

—Me importas tú.

Dio un paso atrás como si me respuesta lo hubiese golpeado soltando mi mentón de golpe. Antes de que pudiera percatarse de lo que estaba ocurriendo, aproveché para agarrar su brazo con cuidado con la intención de guiarlo hasta la cama sin que se percatara u opusiera resistencia. No llegaba a comprender porque mi declaración había conseguido impactarlo de tal manera, por lo que lo atribuí a la sorpresa inicial de que le hubiese tomado cariño con tanta rapidez.

Dibujé una amplia sonrisa en mi rostro al observar como entrecerraba sus ojos en mi dirección a modo de acusación sin estar del todo convencido de mis palabras. Ni siquiera me molestó que dudase de la veracidad mis sentimientos porque había logrado mi objetivo sin que se diera cuenta, Holden se encontraba tumbado en la cama de nuevo.

—Pero él...

—Pero nada, no voy a permitir que te hagas daño por una tontería.

Volvió a poner esa mirada demandante, apostaba a que con tal determinación Holden podía conseguir que lloviera chocolate si él así lo quería. *Mmmm, chocolate. Dulce y delicioso chocolate.*

—Tú no eres una tontería.

Atrapé mi labio inferior entre los dientes desviando la mirada al suelo sin saber como reaccionar ante sus palabras. Realmente parecía cabreado con la situación y que se implicara tanto conmigo cuando apenas hacía unos días que lo conocía era algo que me desconcertaba. Principalmente porque Holden no parecía la clase de chicos que ayudaba a todo aquel que tuviera a su alcance por la satisfacción de hacer algo bueno por alguien.

Una parte de mí sentía verdadero pánico por todo lo que estaba ocurriendo

y a la vez emoción por desarrollar un vínculo de amistad tan fuerte con alguien. La otra... la otra había perdido de manera exagerada el sentido común porque me impulsaba a desear algo que yo sabía que era imposible.

—Tú... quédate en la cama, ¿vale?

Holden situó una mueca extraña sobre sus labios que no supe descifrar cuando plasmé una amplia sonrisa deseando interiormente que eso pudiera convencerlo. A pesar de su gesto no pareció querer oponerse más a mí porque no volvió a intentar levantarse cuando dejé de posar mi mano sobre su brazo con la intención de que no hiciera ningún movimiento brusco, tampoco salió ninguna réplica de sus labios o al menos un pequeño gesto que me indicara que no pensaba quedarse parado.

—Lo que tú digas.

No me importó en absoluto que sus palabras fueran más bien un refunfuño disconforme a una afirmación en sí, lo único en lo que podía centrarme era en el gran alivio que invadió mi pecho cuando accedió a permanecer en la habitación donde no podía meterse en problemas. Estaba seguro allí y todo lo demás daba igual.

—Gracias. Sabía que al final entrarías en razón.

—No estoy de acuerdo.

—Pero...

Esperé pacientemente una contestación mientras este rodaba los ojos exasperado sabiendo que le constaba dar su brazo a torcer. Estaba segura de que tener la situación fuera de su poder le hacía sentir intranquilo, por lo que me propuse intentar distraerlo.

—Pero permaneceré aquí.

—Así me gusta. —asentí con aprobación. —Ahora, ¿qué me dices de un refresco para celebrar?

Sabía que no era precisamente un manjar pero dado que Holden no podía consumir alcohol por los medicamentos con los que estaba siendo tratado y que en las máquinas expendedoras de los pasillos ofrecían únicamente esas bebidas y agua mineral me pareció una buena opción. La mejor dadas las circunstancias.

—Que sea de limón.

—¿Limón? —arrugué la nariz sin poder evitarlo mostrándome más sorprendida de lo que debería —¿Por qué escoger limón teniendo naranja?

Había probado todos los sabores posible de refrescos desde que empecé a trabajar en el hospital; de cereza, de fresa, de melocotón, de piña, de kiwi, de

mango, de uva... y aun así no había hallado ninguno que se le acercara a esa fruta con nombre de color. Para mí era incomprensible que pudiendo disfrutar de su sabor este eligiera una fruta tan amarga. Aunque por otra parte igual por eso tenía ese carácter tan difícil de llevar. Lo medité unos instantes. Sí, tenía lógica.

—Yo podría hacerte la misma pregunta. —replicó sonriendo.

Después de unos días a su lado ya me había percatado de que Holden no era una persona usual por lo que prefiriera ese sabor no debió extrañarme después de todo. Negué la cabeza con desaprobación a su elección bromeando mientras rebuscaba un billete entre los bolsillos de mi vaquero. Cuando lo encontré dirigí mis pasos hacia la puerta mientras me despedía extendiendo una amplia sonrisa en mis labios.

—No te vayas, ya vengo.

Ignoré la mueca irónica que escaló sus labios encaminándome hacia la planta inferior en busca de un dispensador de refrescos que tuviera la marca que prefería. Eso si no me encontraba a nadie por el camino que me obligara a llevarle un café. Después de todo mis compañeros no habían detenido sus peticiones y era algo que pronto tendría que solucionar. Por el momento me conformaba con que no me cruzara con Cloe.

Capítulo 16

Holden

No me molesté en retener la sonrisa irónica que trepó por mis labios. Me sentía tremendamente molesto con la situación y no pensaba detener mis comentarios mordaces solo para no ofenderla porque eran mi única vía de escape para descargar algo de frustración.

—Como si pudiera ir a alguna otra parte.

La observé mientras salía de la habitación con una mueca de satisfacción plasmada en el rostro, se la veía muy eufórica por haberse salido con la suya. Parecía haber conseguido un gran logro por el cual tendría una enorme recompensa. Le resté importancia sabiendo que jamás iba a comprender como era capaz de disfrutar de cosas tan sencillas.

Después de unos instantes de analizar su exagerada alarma porque algo pudiese pasarme me percaté de que era algo de lo más común que no merecía que me extrañase por su comportamiento. Al fin y al cabo que estuviera inquieta por si mi estado de salud empeoraba era su trabajo. Ella era enfermera y yo un paciente. El primero que tenía en realidad y la idea de que algo saliera mal conmigo no le debía ser del todo satisfactoria. Entonces sí que no confiarían en ella nunca. Seguro que la morena les hacía creer a todos que estaba maldita, se la veía muy capaz de hacer eso con tal de hacerle pasar un mal rato a la pelinegra.

Que yo me encontrase intranquilo porque algo pudiese dañarla de alguna manera ya no era algo tan normal. Lo intenté con cientos de excusas pero no se me ocurrió ninguna que consiguiera calmar mi desconcierto respecto a esa cuestión. Si a ella le ocurría algo malo yo tendría un nuevo especialista que me atendiese, que aunque no se conseguiría ganar mi confianza, podría encargarse de mí hasta que me recuperase y pudiera continuar con mi propósito.

Sacudí con fuerza la cabeza intentando enfocarme en lo verdaderamente

importante. Molly había salido a por unos refrescos de una máquina expendedora de la que desconocía la ubicación, pero apostaba mi cabeza a que se pasaría fuera al menos un cuarto de hora. Valiosos minutos que yo pensaba aprovechar para soltarle unas cuantas verdades a ese hombre que se hacía llamar su padre.

Ni siquiera me molesté en pensar en que apenas unos momentos atrás había accedido a permanecer en la camilla. En ciertas ocasiones había que romper la palabra para conseguir un bien mayor.

Repetí mis acciones anteriores esta vez sin que el helado mármol me sorprendiera y conseguí levantarme en tiempo récord. La cosa cambió bastante cuando avancé en un primer paso porque debido a la brusquedad de mis movimientos la herida me tiró con fuerza ocasionando una mueca sobre mi rostro. Mierda, pensé que mi incapacidad para desplazarme se trataba de una simple excusa de la pelinegra para que permaneciera en la cama.

Me recordé avanzando otro paso que no tenía tiempo suficiente como para perderlo en gilipolleces. Tragándome las punzadas que se clavaban en mi pecho y con una mano en esa parte esperando que sirviera de ayuda, conseguí llegar a la puerta de la habitación.

No me atreví a recorrer el pasillo hasta que no comprobé que no había ningún médico o enfermero que pudiera obligarme a permanecer en la habitación o que fuera a chivarle mi escapada a la pelinegra. Avancé entonces sin desviar mi mirada de los números de las puertas viendo como cada vez mi objetivo se hallaba más próximo a mí.

—Mierda, después de esto pienso hacerle caso a Molly en todo. — murmuré para mí mismo una vez que tuve la puerta enfrente.

Tomé unas cuantas bocanadas de aire reuniendo las fuerzas necesarias como para erguirme de manera amenazante y aislando el dolor que quería expresarse en mi rostro en forma de muecas. Ignoré que la bata que llevaba puesta causaba más risa que temor y que restaba gran amenaza a mi apariencia consiguiendo endurecer mi mirada más todavía para compensar. Para ser honestos me sentía algo ridículo vistiendo esa mierda.

Con un golpe seco abrí la puerta sobresaltando al individuo que estaba en su interior. Un hombre canoso y de pelo pobre se encontraba sobre la cama. Las ojeras profundas que marcaban su piel demostraban que su sueño no había sido precisamente placentero. Me cuestioné entonces si sus problemas del corazón no se deberían a un alto colesterol pues su cuerpo no lucía cuidado, su redondeaba tripa me confirmaba mi teoría.

—Por fin un enfermero. Niño, tráeme algo para desayunar que tengo hambre.

—No soy enfermero, pero tranquilo que cuando acabe contigo se te van a quitar las ganas de comer.

—¿Quién eres? —una gran satisfacción invadió mi sistema al notar como su voz temblaba ligeramente.

—Un amigo de tu hija.

Noté el momento exacto en el que se arrepintió de ir al hospital a hostigarla porque su rostro se tornó pálido dándose cuenta de que sus actos tenían consecuencias. Molly ya no estaba dispuesta a que la siguiera incordiando y eso él lo sabía.

—¡La dejaré en paz! —chilló atemorizado cuando di un paso en su dirección.

—Harás más que eso. Vas a dejarle un mensaje diciendo que *jamás* vas a volver a molestarla y luego vas a borrar su número. Atrévete siquiera a dirigirle la palabra y eres hombre muerto. ¿Lo has entendido?

Pronuncié cada palabra con lentitud asegurándome de que no se perdiera mis instrucciones, iba a encargarme personalmente de que ese cobarde cumpliera cada mísera orden que yo le diera.

—Te lo advierto,— le señalé para asegurarme de que ni se le pasara por la cabeza volver a dañarla sin borrar la amenaza de mi voz. —como te vea cerca de ella vas a saber el verdadero significado de la palabra dolor.

Mis puños picaban por soltarle un contundente golpe que le indicase que no estaba bromeando. Por no decir que había querido impactar mi puño contra su rostro desde el primer momento en el que noté a Molly afligida. Sin embargo me tuve que quedar con las ganas por respeto a la pelinegra. Puede que ese hombre fuera un capullo integral pero al fin y al cabo era su padre y no quería hacer algo que la disgustara.

—¿Cómo consiguió Morgan un matón como tú?

—Molly —corregí repitiendo en mi mente que no podía atizarle.

—Lo que sea. ¿Te ha pagado? ¿Es eso? Porque yo tengo mucho más dinero que esa...

No le permití finalizar la oración porque me imaginaba que esta contenía un adjetivo despectivo hacia ella y si quería controlarme no podía escucharlo insultarla. Eso sí, no reprimí mi instinto de agarrar en un puño su camisa como amenaza silenciosa.

—No creo que quieras acabar esa frase.

Lo solté bruscamente retrocediendo un par de pasos. Ya había terminado mi trabajo y Molly no tardaría mucho en volver por lo que me giré con la intención de regresar a la habitación antes de que se percatara de mi pequeña escapada.

—Esa pequeña puta siempre lo arruina todo. —apenas fue un murmullo que yo no debía haber escuchado. Pero lo hice.

Me moví con tal velocidad que no se esperó el golpe que impactó contra su mandíbula haciéndolo caer tumbado sobre la camilla. Un tirón me avisó de que la herida se resentía con ese tipo de movimientos pero la adrenalina que recorría mi cuerpo me impedía sentir algo más que furia.

—A ver si así sigues teniendo ganas de decir más mierda de ella. —le reté con la mirada asegurándome de que estaba lo suficientemente ocupado lloriqueando por su nariz como para siquiera imaginar intentar molestarla de nuevo. —Como me entere de que suelta una sola lágrima por ti voy a encontrarte y destruirte.

No me molesté en dirigirle una sola mirada más antes de girarme y encaminarme de vuelta a mi habitación sabiendo que la pelinegra ya estaría al llegar mientras me embargaba una satisfacción enorme por saber que por una jodida vez en mi vida, había hecho lo correcto.

Capítulo 17

Holden

Una nueva maldición escapó de mis labios al cerrar la puerta de su habitación de un brusco portazo. Joder, el dolor estaba empezando a agrandarse a demasiada velocidad, por un momento tuve que recostarme en la pared para impedir que un mareo me tirara al suelo. Con pasos no demasiado grandes avancé con calma hacía mi habitación teniendo la conciencia extremadamente tranquila y el cuerpo adolorido.

Me había tenido que tomar mi tiempo para volver, de hecho hice una pausa de un par de minutos descansado mi espalda sobre la pared porque el dolor empezaba a hacer estragos en mí. No quería imaginarme que hubiese pasado si lo hubiera golpeado con el brazo izquierdo. Posiblemente estaría en el suelo retorciéndome de dolor.

La plaquita negra con el número 102 me recibió causando de manera repentina una pequeña inquietud en mí. Estaba convencido de que después de todo la pelinegra había llegado antes que yo a la habitación y a pesar de no arrepentirme en absoluto de mis actos estaba bastante convencido de que Molly no se iba a tomar precisamente bien mi pequeña escapada. Solo esperaba que tuviera en cuenta mi pecho herido antes de golpearme para que tuviera cuidado de a donde dirigir sus golpes.

Me la imaginé por un momento enfadada. Posiblemente sus cejas estarían fruncidas de manera graciosa juntando su ceño. Tal vez frunciría los labios provocando una hermosa mueca que me haría sentir de todo menos arrepentido. Incluso puede que estuviera cruzada de brazos esperando mi llegada dando golpecitos impacientes al suelo con uno de sus pies de manera nerviosa. Apostaba a que se vería muy graciosa furiosa dado su pequeño tamaño. No es que fuera precisamente bajita pero comparada conmigo se quedaba bastante atrás. O eso era lo que yo me imaginaba porque hasta el momento nunca había podido compararla ya que era la primera vez que me

levantaba. A pesar de eso yo calculaba que su cabeza tendría que rozarle hombro, tal vez un poco más. No me importaba mucho a decir verdad, nunca me habían gustado las mujeres excesivamente altas.

¿Por qué mierdas estás pensando esto, tío? Sacudí la cabeza con resignación borrando así esa peculiar imagen que se me había empezado a formar en la cabeza. Supuse que no había mejor manera de averiguar su reacción que viéndola con mis propios ojos.

No me molesté en tocar a la puerta para avisar de mi entrada porque después de todo se trataba de mi habitación, por lo que sin hacerme de rogar le di un empujón con el pie quedándome paralizado con la visión que apareció frente a mí.

Desde luego que ni en mis fantasías más retorcidas me habría imaginado a Molly tal y como la encontré. A ras de suelo parecía buscar algo con desesperación debajo de mi cama como si su vida dependiese de algo. Su trasero me dio la bienvenida con una peligrosa vista dejándome imaginar la forma redondeada que tendría. Tragué saliva centrando mi mirada en otra parte de la habitación mientras intentaba buscar algo que me indicara que hacía la pelinegra inclinada como por ejemplo un vaso de agua derramado o un pendiente caído.

—No tienes que preocuparte, no creo que haya monstruos bajo mi cama. — bromeé intentando difuminar mis pensamientos.

No voy a intentar negar que su reacción me sorprendió más que si hubiera entrado el presidente de los Estados Unidos tirando confeti de colores. Ella prácticamente saltó como un muelle levantándose antes de que las palabras acabaran de salir de mis labios. Casi di un paso atrás de la impresión al verla sintiendo que todo rastro de diversión abandonaba mi cuerpo.

—¿Dónde estabas?!

Las visiones que se habían formado en mi mente de ella cabreada no tenían nada que ver con la realidad. Su pecho realizaba rápidos movimientos por su acelerada respiración, tenía los labios algo más rosados de lo normal por las mordidas que posiblemente les habría dado por los nervios y una capa brillante de lo que parecían ser lágrimas contenidas cubría sus ojos caramelo.

—No me importa que te enfades conmigo. —comencé de forma calmada. —Tu padre se merecía un puñetazo.

—¡Eres un tonto! ¿Cómo se te ocurre desaparecer sin más?

—Molly, cálmate. Está todo bien. —le pedí elevando un poco los brazos mientras daba un paso en su dirección.

—¡No! ¡No lo está!

Estaba enfadada, hasta un ciego podría notar eso. No fue eso lo que me llamó la atención sino la razón por la que se encontraba tan exaltada. Había salido a por un refresco y al volver a la habitación se la había encontrado vacía. En teoría yo no podía levantarme de la cama más que para desplazarme hasta el pequeño cuarto de baño que tenía la habitación. La pelinegra era realmente una buena profesional, se preocupaba de las personas que estaban a su cargo de una manera un tanto enternecedora.

—Siento haberte preocupado, prometo avisarte la próxima vez si tú me prometes que no intervendrás.

—¿Preocupada? No estaba preocupada. Soy responsable de ti y me hubiesen regañado si te hubieras perdido. Preocuparme dice. Que tontería.

Una pequeña sonrisa trepó por la comisura de mis labios. Recorrí los pocos metros que nos separaban hasta estar a su altura para poder tirar de su brazo hasta rodearla con los míos en un abrazo. Hacía bastante que no hacía algo parecido así que realmente esperaba estar haciéndolo bien. Al pasar unos segundos sus brazos subieron hasta mi cuello para aferrarse a él correspondiendo la mueca. Pude notar como su respiración se regularizó al cabo de los segundos.

—¿A qué viene esto? —preguntó sin hacer el amago de separarse.

—Tenías razón, mientes fatal.

No necesitaba ser un experto en entender las emociones de las personas para saber que no estaba diciendo la verdad. Además de su rápida verborrea había podido comprobar mi teoría del tic de Molly al mentir cuando sus mejillas se colorearon mientras hablaba.

—Siento haberte asustado. ¿Qué te parece si te cuento lo que ha pasado para animarte?

Su sonrisa me lo dijo todo.

Capítulo 18

Molly

Elevé y bajé la cabeza de manera lenta unas cuantas veces en una afirmación a su pregunta. Me percaté entonces de que mantenía mis brazos aferrados a su nuca y que por muy reconfortada que me encontrara tenía que liberarlo. Con el paso de los minutos había sido capaz de convencerme a mí misma de que se encontraba en perfecto estado, de que no había ocurrido algún problema relacionado con su salud por el que lo hubiesen tenido que llevar a otra parte del hospital.

—Pues verás —empezó pausadamente—, al principio solo quería dejarle claro que ya no te iba a molestar más por su bien, pero entonces...

Se escuchó un jadeo proveniente de la puerta cortando su relato, comprobé al desviar la mirada que una de las enfermeras más veteranas se encontraba estática en el marco observando con asombro como el chico que tenía a mi lado se mantenía de pie por sus propios medios sin mostrar signos de dolor por ello. *Si ella supiera...* pensé con gracia. A pesar de no conocer la historia completa pude atar algunos cabos como que se había desplazado por su cuenta hasta la habitación de mi padre y que no había sido capaz de contener un puñetazo por eso. No lo culpaba. Yo más que nadie sabía lo exasperante que podía resultar ser ese hombre si se lo proponía y Holden no era el tipo de personas que se aguantan cuando algo le molesta.

La mujer entrada en años parecía realmente alarmada porque él pareciera tan calmado sin saber si dejar la bandeja de plata con comida que había traído en la mesita de al lado de la cama y largarse u obligarlo a sentarse para que no se le saltaran los puntos. Dado el historial de Holden estaba segura de que no se sentía muy segura de ordenarle algo a un chico como él.

—Joven, debería... debería estar en la cama.

Este se limitó a entrecerrar cuidadosamente sus ojos azules, noté como la enfermera se asustó al instante ya que las manos empezaron a temblarle

mientras retrocedía lentamente. Era incapaz de entender porque todos parecían temerle a Holden. Era muy buena persona a pesar de que se empeñase en demostrar lo contrario y en todo el tiempo que llevaba en el hospital su hostilidad no había pasado de malas miradas o cortantes comentarios. Entrecerré los ojos evaluándola cuando retrocedió otro paso. No pensaría llevarse su comida, ¿verdad?

—Holden. —le advertí suavemente esperando a que centrara su atención en mí—. No seas malo. Siéntate anda.

Mientras su mirada escaneaba mi rostro con conciencia dudé durante unos instantes en si accedería a mi petición. Mi incertidumbre desapareció con el primer paso que dio en dirección a la camilla aceptando en silencio mis palabras.

Por otra parte la señora se veía realmente anonadada por el hecho de que ese chico que a ella le parecía amenazante pudiera seguir las órdenes de alguien. Yo no entendía mucho ese tipo de pensamientos pero comprendía que la gente los tuviera porque no se habían molestado en conocerlo.

Pareció por fin volver en sí misma cuando volvió a reanudar su marcha en dirección a la cama. Observé como rebuscaba entre la bandeja la cuchara para ayudar a comer ese intento de puré a Holden a pesar de que él era capaz de comer solo. La verdad es que esa cosa a la que llamaban comida parecía una papilla mal hecha con aspecto desagradablemente verdoso, para ser honesta ni yo me lo comería. Estaba convencida de que se negaría siquiera a probar una cucharada de esa cosa.

—No pienso comer esa mierda.

Lo sabía.

—Tiene que coger fuerzas, necesita alimentarse.

—No.

—Molly. —suplicó esta vez la enfermera.

Sus ojos me observaban con el ruego impreso en ellos aunque yo no tenía mucho que hacer esa vez. Él era así y si decía que no pensaba probarla no iba a hacerlo por mucho que yo le insistiera en eso. Además, no podía convencerlo de hacer algo que ni siquiera yo podría hacer. Yo no era una persona hipócrita.

—Molly nada. No voy a comer esa jodida cosa.

—Hagamos algo. —propuse dirigiéndome a la mujer. —¿Por qué no traes mi almuerzo aquí? Lo compartiré con él.

—Pero la comida del hospital...

—Es malísima y no voy a dejar que coma eso.

Se mostró durante unos cortos segundos dubitativa hasta que finalmente pareció convencerse a sí misma asintiendo unas cuantas veces, supuse que se dio cuenta que tendría que discutir ella misma con Holden de lo contrario y se negaba a ello. Con la misma rapidez con la que apareció salió de la habitación sin molestarse siquiera en preguntarme cual era mi taquilla. Tal vez la plaquita con los apellidos la ayudaría a encontrar la mía.

—Eres un ángel.

—No dirías lo mismo si te hubiera obligado a comer eso.

Holden se limitó a extender una diminuta sonrisa por sus labios sin negar mi afirmación. Rodeé la camilla con la intención de dejarme caer delicadamente sobre el sillón que se encontraba a su lado para no tener que permanecer de pie todo el tiempo.

—Cuéntame más sobre ese hermano tuyo.

—Es unos años más pequeño que yo —empecé sin demostrar lo que me sorprendió su iniciativa— y está empezando ahora la universidad. Desde que se fue papá se ha vuelto un descarado. Cada semana le veo saliendo con una chica diferente. Pero lo quiero y admito que soy un poco chicle con él.

—Pobre chico.

—Oye, —protesté dándole un golpecito amistoso en el brazo— soy la mejor hermana que podría tener.

—No he dicho lo contrario.

—Pero lo piensas.

Desvió su mirada cargada de diversión sabiendo que mi acusación no era una sin fundamento. Solté una pequeña risa antes de continuar con mi relato. Le expliqué como nuestra relación había evolucionado a lo largo de los años y como había intentado que volviera a confiar en la gente sin tener demasiado éxito en ello. Le conté anécdotas de nuestra infancia que le sacaron varias sonrisas y en las que estuvo especialmente interesado sobretodo cuando me metía en problemas, que no eran pocas veces.

—¿Qué hay de ti? —cuestioné tras un buen rato contándole mi infancia entera.

Estaba empezando a pensar que la enfermera había encontrado mi almuerzo y que al ver su aspecto se lo había zampado sin dudar siquiera debido a su tardanza. Tal vez exageraba, pero desde que habían abierto ese restaurante de comida casera al lado de mi casa comer se había vuelto un placer a pesar de tener poco tiempo para ello.

—¿De mí?

—Sí, ya conoces bastante a mi familia. Háblame de la tuya.

—Familia, lo que se dice familia de sangre, solo tengo a mi tío y nuestra relación no es precisamente buena. Lo evito siempre que puedo.

—¿Por qué?

—Asuntos familiares.

No me estaba mirando y su tono estaba calmado pero yo supe detectar un cambio en su voz, me estaba ocultando una parte importante de la historia. Las palabras contenidas picaron en mi garganta pero mantuve la boca cerrada, yo no era nadie para sonsacarle información desagradable para él. A pesar de eso intuía que tras esa excusa escondía mucho más de lo que quería hacer aparentar.

—También está Lucy.

Sabía que estaba tratando de desviar el tema por lo que le seguí el juego.

—¿Quién es Lucy?

—Es la chica más asombrosa que podría haber conocido. A veces no entiendo como se puede querer tanto a alguien, ¿sabes? La conocí hace unos años pero es como si hubiese estado junto a mí toda la vida. Es la chica con la que hablé ese día que me prestase el móvil. Desde que...

Sus labios siguieron pronunciando palabras pero estas empezaron a perder el sentido para mí. Situé una sonrisa forzada sobre mi boca como si estuviese escuchando algo de lo que decía ignorando ese sabor amargo que se instaló en la boca de mi estómago mientras me cuestionaba porque me asombraba tanto que unas palabras tan emotivas salieran de él.

No, ese no era el problema. Lo era la persona a la que estaban dirigidas.

Capítulo 19

Molly

Podría haber intentado engañarme a mi misma insistiendo en que era una llamada de rutina sin mayor importancia y que a eso se debía a la poca preocupación que mostraba pero para mi desgracia mi incapacidad de mentir se extendía para mí también.

Había perdido la cuenta del número de veces que había pasado las palmas de mis manos por mis vaqueros para eliminar el inexistente sudor que supuestamente emanaban o las cintas de maneras en las que había recolocado las pulseras de hilo que colgaban en mi muñeca. Los minutos no parecían avanzar a un ritmo normal en el reloj y la inquietud me estaba consumiendo.

Hace unos cuantos días un llamado al despacho del director del hospital hubiese sido de todo menos extraño, pero tal y como estaban las cosas no sabía muy bien a que atenerme. Solo podía imaginarme horribles escenarios en los que me despedía y Cloe era la que se tenía que encargar de Holden a partir de ese momento. Reprimí a duras penas el escalofrío mientras chocaba los nudillos contra la puerta pidiendo permiso para entrar.

—Hola Molly.

Supe en el mismo instante en el que la castaña extendió una siniestra sonrisa cargada victoria por su rostro que verdaderamente tenía motivos para encontrarme tan nerviosa. Nada bueno tenía que haber ocurrido en esa oficina si ella sonreía de forma tan retorcida en mi dirección. No había que menospreciarla, cuando quería podía encontrar las maneras más ingeniosas para destrozarme mi día cuando detectaba que lo estaba disfrutando.

—Te advertí que esto no se iba a quedar así.

El pánico me invadió cuando el susurro de su voz acarició mi oreja, esa malicia que desprendía tenía que deberse a una noticia peor de la que yo me imaginaba en un principio. Intenté que no se me notara demasiado en la expresión las emociones que me embargaban en ese momento mientras

avanzaba en el despacho hasta situarme delante del director del hospital. Su gesto serio no me dijo nada que me pudiese tranquilizar.

—Te hemos llamado por el paciente al que estás atendiendo.

—Está bien.

—Verás, como su actitud ha mejorado y ya no tiene problemas con enfermeros desde hace unos cuantos días hemos decidido que será Cloe la que se va a encargar de su cuidado de ahora en adelante.

¿Perdona? ¿Había dicho lo que yo había entendido? Me mantuve impasible durante unos segundos esperando un gesto, una palabra, algo que me indicara que o bien estaba bromeando o yo había entendido su orden espantosamente mal.

¡No podía ser! ¡Carecía de sentido por todas partes! Para empezar la ausencia de discusiones se debía a que siempre me encontraba yo allí para mediar entre ellos y conseguir que el ojiazul accediera. ¿Cómo se suponía que iba a cuidarlo la bruja esa? ¡Estaba segura de que lo haría sufrir como no accediera a salir con ella!

—¿Por qué....?

—Así tendrás más tiempo para atender a tus nuevos pacientes. —intervino Cloe antes de que pudiera formalizar mi queja. —¿No es eso lo que querías?

—No a costa de dejarlo.

—La decisión ya está tomada. —el tono de seguridad del director me dijo que no aceptaba réplicas por mi parte.

Estaba empezando a pensar que habían perdido todos la cordura. Era la peor idea que se les podía haber ocurrido en la vida. El día anterior ni siquiera había dejado acercarse con una bandeja de comida a esa señora, ¿y ahora pretendían que una tipa a la que detestaba se encargara de él? Por mucho que retorciera los posibles argumentos en busca de una lógica no conseguía hallar ninguna coherente.

—¿Qué va a pasar con él?

—Ni que fueras tan imprescindible.

—¡Solo confía en mí!

—Tendrá que acostumbrarse a Cloe. Esto es un hospital, no un restaurante. No puede elegir lo que quiere en cada momento.

Dejando la frustración de la situación a un lado, algo malo se estaba adueñando de mí si me preocupaba más el bienestar de Holden que la aceptación que había recibido para poder cuidar a más pacientes en toda este asunto. Ni siquiera me había sentido un poquito emocionada por la noticia,

solo podía pensar una y otra vez en alguna alternativa para que todo se mantuviera tal y como lo estaba entonces.

—No es justo. —murmuré en último intento.

—Acéptalo o renuncia.

Mordiéndome la lengua con fuerza para no soltar un comentario que firmaría mi carta de despido salí como un vendaval de la sala. Me sentía tan frustrada y enfadada. No me parecía nada justo que todos tuviéramos que ejecutar las órdenes que la morena dictaba a pesar de no ser nadie solo porque era maquiavélica.

Mis pasos se movieron por si solos por los pasillos y antes de darme cuenta me encontraba en la habitación 102 con la respiración acelerada. Se me ocurrió entonces en que hasta que toda esta situación estuviese resuelta estaría bien aclararle a Holden lo que había pasado para que no pensara cosas que no eran.

Abrí con lentitud la puerta deshinchándome como un globo al encontrármelo durmiendo pacíficamente sobre la almohada. A pesar de eso me adentré en la habitación deseando darle una breve despedida sin importarme su inconsciencia.

No pensaba despertarlo, eso lo tenía más que claro. Después de lo mucho que le costaba conciliar el sueño al estar siempre en guardia no iba a ser yo quien lo desvelara aunque me recorriera una sensación de increíble molestia por no poder avisarle como es debido de la nueva situación.

No pensaba dejarlo sin más pues desde el primer momento en el que asimilé la situación me prometí a mi misma que no habría un día en el que no lo visitara a pesar de no encargarme de él. Holden no se sentiría incómodo porque yo me iba a encargar de hacer sus días más amenos.

Como permanecía en los brazos de Morfeo no podía decirle nada de eso y tuve que conformarme con una simple despedida temporal que ni siquiera iba a ser escuchada.

—Es un hasta luego. Lo prometo.

Giré mi cuerpo cuando unos pequeños murmullos llamaron mi atención. Dudé unos instantes sabiendo que escuchar sus sueños era como invadir su intimidad porque era incapaz de controlar sus palabras pero la curiosidad pudo contra la razón y me encontré a mi misma acercándome silenciosamente a escucharlo.

—Mmmm, eres preciosa. —una sonrisa se extendió por sus labios. —Me encantas.

Me aparté con una mueca sabiendo con quien soñaba notando de nuevo ese amargor en la boca del estómago.

Puede que después de todo no fuera tan mala idea separarse por un tiempo.

Capítulo 20

Molly

Jamás me hubiese llegado a imaginar lo cansado que podría llegar a ser trabajar como enfermera, tan solo llevaba cinco días pero mis músculos ya se sentían entumecidos. Me habían colocado en urgencias, en hora punta, incluso me arriesgaría a decir que trabajaba más horas que nadie. No me importaba demasiado porque me sentía pletórica por poder al fin poder ayudar y poner en práctica mi carrera pero esa falta de tiempo también tenía sus desventajas.

Me preocupaba Holden, de hecho pensaba en él tantas veces durante el día que me avergonzaba recordarlo. No sabía si estaría mejorando debidamente, si su fiebre se trató solo de un susto, si le obligarían a más pruebas con agujas, si estaría comiendo esa porquería que servían en la cafetería del hospital, si se habría ido...

Era incapaz de comprender porque esas preguntas llegaban a atormentarme a tal punto de ser incapaz de conciliar el sueño por las noches como solía hacerlo y ni siquiera la sonrisa de los niños que atendía era capaz de borrarlo del todo de mis pensamientos. Nunca eran cosas de demasiada importancia, pero ellos me agradecían el trato igualmente. En esos días había medido constantes, subido o bajado calmantes, realizado pruebas sencillas y de más cosas parecidas tantas veces que apostaba a que ya era capaz de hacerlo con los ojos vendados.

Por otra parte, cada mañana antes de encaminarme hacia el trabajo me aseguraba de hacerme un desayuno enorme que me llenara lo suficiente hasta que volviera a llegar a mi casa para cenar. Normalmente los enfermeros tenían un descanso de media hora a mediodía para comer en la cafetería o algún tapper que trajeran de su casa pero yo apenas tenía tiempo para sentarme y no solo por el exceso de trabajo.

Cada día me acercaba a la habitación de Holden con la intención de charlar con él y comprobar que su estado era bueno pero siempre había obtenido la

misma respuesta. Imposible. No entendía como se las ingeniaban porque cada día que me acercaba tenían una excusa diferente. *Está descansando, le están haciendo pruebas, están comprobando sus constantes...* Y a pesar de que yo permanecía mi media hora delante de la puerta esperando a que acabaran esta nunca se abría.

Un día cansada de pasar por lo mismo de nuevo intenté colarme. Fui incapaz de hacer algo tan sencillo como abrir la puerta porque me interceptaron al instante. La teoría de que algo extraño estaba pasando dentro de esa habitación cada vez cobraba más fuerza.

Esa mañana iba a ser diferente e iba a encargarme de eso personalmente. Tras darle muchas vueltas conseguí trazar un plan para colarme sin que se dieran cuenta, esta vez con mejores resultados que la anterior.

—Eric, ¿te importa cambiarme el turno de descanso por hoy?

—Claro, no hay problema.

Vale, mi plan no es que fuera especialmente elaborado pero yo estaba convencida de que iba a funcionar. Siempre había alguien en la puerta a la misma hora por lo que si iba justo cuando supuestamente acababa mi descanso ya no habría nadie en la puerta.

Esa hora que me quedaba para poder escaparme a verlo se me hizo malditamente eterna. Me dije que solo era cuestión de trabajo, que era normal no solo porque había sido mi primer paciente sino porque de alguna manera yo lo consideraba mi amigo. No quise darles muchas vueltas a la razón por la cual esas palabras me sonaron tan falsas a pesar de venir de mí.

Cuando finalmente llegó la hora de mi descanso prácticamente salí corriendo por los pasillos del hospital. Me puse nerviosa mientras imaginaba cual iba a ser su reacción al verme allí. Atrapé mi labio inferior entre los dientes cruzando los dedos a mi espalda para que no estuviera enfadado por mi ausencia, y en ese caso, que me dejara explicarle la situación. Holden era una persona orgullosa pero esperaba que no dejara que eso influyera en sus emociones.

Sonreí con victoria al ver la puerta de su habitación despejada, estaba demasiado emocionada por eso como para cuestionarme la razón por la que no me permitían verlo. Observé primero a mi izquierda y después a mi derecha comprobando que ninguno de los enfermeros que normalmente vigilaban su puerta se encontraban alrededor para posteriormente entrar corriendo a la habitación antes de que alguien me viera.

Mantuve mis manos a la espalda apoyadas en la puerta al entrar mientras

mantenía la mueca pletórica en mis labios. Por fin lo había conseguido.

—Te veo mejor, Holden.

Podía volver a respirar tranquila porque su tono de piel se veía menos pálido que días anteriores y no había signos de cansancio en su rostro como ojeras o bolsas. Tampoco había disminuido de peso y por el rápido vistazo que pude echarle a la máquina que controlaba las constantes vitales, estas estaban donde debían estar.

Lo que no entendía era esa mueca de incredulidad que no se borraba de su rostro por muchos segundos que pasaran. Se le veía realmente sorprendido por encontrarme en esa misma habitación que él. Me observaba como si fuera una aparición o algo por el estilo.

—¿Qué demonios haces tú aquí?

—Venir a verte.

—Ya me has visto, ahora vete.

Dibujé una mueca en el rostro al comprobar que era lo que estaba pasando. Estaba enfadado. Lo entendía porque no sabía lo que había ocurrido y por eso mismo no iba a tener en cuenta lo mal que me estaba mirando en ese momento ni el tono cortante de su voz. Ya sabía que algo así podía pasar después de casi una semana entera desaparecida sin ninguna explicación.

—¿Has mejorado de la fiebre?

—¿Y a ti que te importa?

Comprobé como se revolvía incómodo entre las sábanas sin atreverse a dirigirme la mirada. Sabía que no me iba a contestar por lo que si quería mi respuesta tendría que comprobarlo yo misma. En esos momentos no iba a aceptar mis explicaciones porque se encontraba demasiado ofuscado para eso por lo que decidí empezar a tratarlo como siempre para que volviera a sentirse cómodo a mi lado y me dejara explicarme.

Por eso mismo caminé yo misma hasta tenerlo a tan solo unos centímetros de distancia, posiblemente habría sido más complicado llegar hasta él si no me estuviera esquivando mientras miraba por la ventana. Posé con cuidado mi mano sobre su frente notando que como su piel no desprendía más calor del normal. Menos mal, se encontraba bien.

—No me toques.

Supe cuando apartó mi mano de manera brusca que ganarme de nuevo su confianza no iba a ser tarea sencilla a pesar de no haber sido culpa mía, principalmente porque no disponía del tiempo necesario como para convencerlo de mis palabras antes de que se tuviera que ir. No tenía sus

análisis pero apostaba a que le quedaban tan solo un par de días en el hospital.

—Holden, sé que estás enfadado pero...

—Cállate, no quiero escucharte.

Iba a resultarme más complicado de lo que había pensado en un principio.

Capítulo 21

Holden

Estaba fuera de mi capacidad de entendimiento que se encontrara en un estado tan pacífico después de días sin aparecer por la habitación. Honestamente no comprendía que la había impulsado a visitarme como si no hubiese ocurrido nada. Se me pasaron cientos de hipótesis por la cabeza, se sentiría aburrída, querría burlarse una vez más de mí, la habrían obligado,... No pude pensarlo en profundidad porque la furia me distrajo. Deseaba que se fuera a toda costa.

Me jodía. Me jodía mucho toda esa mierda de situación porque era incapaz de controlar mis reacciones, porque después de todo una pequeña parte de mí se sintió alegre de verla entrar con esa sonrisa tan característica. Solo quería pegar cabezazos contra un muro hasta que mis pensamientos volvieran a tener coherencia.

—Sigues igual de gruñón.

Lo dijo tan malditamente tranquila como si se esperase una respuesta parecida viniendo de mí que tuve cerrar los ojos para no perder la cordura en ese mismo instante. No estaba precisamente acostumbrado a que la gente aceptara o al menos aceptase mi carácter de buenas a primeras, sobretodo porque nunca aguantaban lo suficiente a mi lado como para llegar a hacerlo.

—No deberías estar aquí.

—En eso tienes razón.

¿Qué demonios le pasaba a esa chica? ¿Acaso estaba riéndose de mí? Toda la situación se escapaba de mi comprensión pero no por eso mi enfado disminuyó. Que después de ignorarme de esa manera apareciera tan tranquilamente mientras se burlaba de mí estaba causando reacciones peligrosas en mi cuerpo. Estaba dispuesto a tirarme por la ventana si con eso conseguía silenciar sus labios.

—Pues entonces no entiendo porqué estás aquí.

—No me importa que me regañen, ¿sabes? Ya soy mayorcita.

Por un momento quise preguntarle por el significado de sus palabras pero descarté la idea al instante por mi propio bien.

—Tienes mejor color. Es bueno que te estés recuperando.

—Sobretudo porque así me puedo ir antes de esta mierda de hospital. —la furia de voz se debía más a su estado de calma que otra cosa.

¿Cómo? ¿Cómo era capaz de permanecer tan tranquila? Si ella con su sola presencia había conseguido alterar todos mis malditos nervios. Me enfurecía que no causara ninguna reacción en Molly, pero lo hacía todavía más ese hecho.

—Te entiendo, hay mucha gente a la que no le gustan los hospitales.

Rodé los ojos frustrado sin entender porque actuaba como si nada hubiese pasado. ¿Se había olvidado de mí! ¿Es qué no lo recordaba? Me ponía de los nervios que actuara de manera tan comprensiva. Quería que me gritara o que me mirara con odio para que entonces yo pudiese entender el porqué de su decisión.

—El problema eres tú, Molly. Déjame en paz.

—Prefiero quedarme.

—¿Por qué no entiendes que me molestas? ¡Maldita sea! ¡Lárgate de una vez!

No miré ni una sola vez sus ojos color caramelo. Era un cobarde que era incapaz de querer enfrentar las consecuencias de sus actos. No me arrepentía de mis palabras porque toda esa situación no fue provocada por mí sino por ella, pero eso no quitaba que todavía me asustase dañarla. Eses era el problema, que no quería ver el dolor brillar en su mirada por mucho daño que me hubiese hecho.

Molly parecía tan delicada y vivaz que cualquier acto que la hiciera sentirse mal era digno de ser juzgado. Me repugnaba la idea de causarle un mínimo daño aunque fuera a través de simples palabras. No obstante me había traicionado accionando la malicia de mis palabras sin filtro alguno. No podía ignorar lo que había pasado como si nunca hubiese existido.

—Entiendo que estés cabreado —empezó tras unos segundos guardando silencio— y que necesites tu espacio.

—¿Eso significa que te irás de una maldita vez?

Me sentía tan malditamente confuso. El arrepentimiento me golpeó con fuerza nada más acabar con esas palabras y eso me jodía. Debería poder sentirme furioso libremente sin que se metiera su sonrisa en mis pensamientos.

Odiaba esa mierda de situación.

—Eso significa que te voy a dar espacio por hoy. Volveré mañana.

Sus labios acortaron la distancia con mi mejilla colapsando todo mi sistema al impactar contra mi mejilla. Su boca dejó un rastro caliente y suave donde se posó durante unos segundos antes de separarse a una velocidad muy reducida. Durante ese instante me olvidé por completo de lo sucedido y de donde estábamos, solo podía concentrarme en la agradable presión que estaba sintiendo mi moflete.

Y así es como mi enfado se fue a la mierda en cuestión de segundos.

Capítulo 22

Holden

Una de las cosas que más claras tenía en ese momento era que Molly no era una de esas personas que te prometían las cosas para caerte bien y después se olvidaban de sus palabras por lo que estaba bastante seguro de que al día siguiente la volvería a ver cruzar la puerta.

Tenía sentimientos encontrados respecto a ese hecho porque solo podía rogar porque alguna urgencia ocurriera y al final tuviera que permanecer en su puesto de trabajo para que así yo recuperara parte de la estabilidad que me fue arrebatada cuando la vi. Sin embargo una parte minúscula contaba de manera desesperada las horas para que cruzara de nuevo esa puerta a la que no era capaz de quitarle la vista de encima.

Por mucho que quisiera engañarme tenía claro que volvería, quizás por eso no me mostré sorprendido cuando apareció al día siguiente exactamente a la misma hora que el anterior con una sonrisa similar.

—Buenas tardes, Holden.

Sufrí un dejavú al tener que apartar la mirada de sus ojos caramelo tal y como hice veinticuatro horas antes. Había intentado mentalizarme para ese momento pero todas mis charlas internas se desvanecieron cuando pronunció mi nombre acariciando cada maldita letra. No era sencillo recordar que estaba enfadado con ella cuando todo parecía haber vuelto a la normalidad.

—Lo serán para ti.

A pesar de no estar mirándola noté sus ojos abrasar mi piel mientras me observaba. La tentación me empujó a devolverle la mirada aunque conseguí construir una máscara de indiferencia antes de eso.

Sus ojos caramelo seguían brillando con la misma intensidad que siempre, la sonrisa de su boca todavía me resultaba atrayente, las pulseras de hilos se mantenían en su muñeca, no se había desprendido de los vaqueros con los que siempre trabajaba, su rostro carecía de maquillaje más allá de una suave capa

de cacao en los labios... Todo seguía tan jodidamente igual que tuve prácticamente que gritarme recordando las palabras de Cloe y su ausencia en los días anteriores.

—Andas muy gruñón últimamente.

—Será porque la única persona en la que confiaba en esta mierda de sitio ha preferido ir a jugar a las enfermeras a quedarse conmigo.

Hasta que terminé de hablar no me percaté del rencor que desprendía mi voz. Yo mismo me sorprendí del veneno que destilaban mis palabras pero cuando quise corregirlo ya era muy tarde. Había hablado de más siendo incapaz de retener mis pensamientos, dejando de paso mis emociones a flor de piel donde cualquiera pudieras verlas.

Jodidamente acababa de admitir que Molly era importante para mí, que me habían dolido sus acciones, que era eso lo que me pasaba... Y ella permanecía tan tranquila delante de la cama mientras yo apenas era capaz de regular mis aceleradas respiraciones.

—Muy bien. Creo que es hora de que hablemos.

—No necesito nada. Lárgate ya, joder. —rugí con rabia incontrolada.

—¿Sabes? Antes de tener esa charla creo que puedo hacer algo para que tu humor mejore.

Ni por un millón de dólares lo admitiría en voz alta pero cientos de ideas se me pasaron por la cabeza al escuchar su proposición y cada una de ellas era más perversa que la anterior.

Me imaginé que aroma desprendería su cabello, la suavidad que podrían tener sus labios, el sabor que tendrían, como mi piel se erizaría al escucharla pronunciar mi nombre en mi oído, como contrastaría su piel desnuda con la blancura de mis sábanas... *Mierda*. Tuve que detener todas mis fantasías en ese mismo momento porque si no la situación iba a volverse bastante incómoda. Después de todo solo tenía una almohada como cojín y mi espalda estaba apoyada en ella.

—Está bien. —accedí sin ser del todo consciente de lo que decía por las fantasías que todavía inundaban mi mente. —Espero que se trate de comida. Llevo días comiendo basura.

—Si eso es lo que quieres te traeré comida. O...

—¿O...? —la animé mientras una sonrisa traviesa se colaba por sus labios. Joder.

—O puedo sacarte de aquí durante un par de horas.

—¿Qué?!

Me incliné velozmente sobre ella sin convencerme del todo de sus palabras. Era imposible que me sacara de allí, tendría que estar bromeando. Anhelaba con todas mis malditas fuerzas salir aunque fuera a la puerta del hospital porque el encierro me estaba matando, mas sus palabras no me llegaron a convencer del todo. Es decir, ella era la primera que siempre se preocupaba porque yo me encontrara bien, ¿y ahora le daba igual que yo saliera? *A ella no le importas, recuerda que te dejó.* La realidad se esfumó sin que me percatara pero tenía que mantener los pies en la tierra. Fuera cual fuera su motivo para sacarme tenía que aceptarlo, después de todo yo era el primer interesado en escapar de esa cárcel aunque solo fuera cuestión de minutos.

—Te sacaré afuera.

Me sentí como si yo fuera alguna especie de mascota con sus palabras y fue el orgullo el que habló por mí.

—Paso.

—No seas cabezota, sé que lo estás deseando. Venga, lo pasarás bien.

—Lo dudo si vas tú también.

—No pienso dejarte solo para que te pase algo malo, yo voy contigo. ¿Vas a aceptar o no?

Medité las respuestas unos segundos pensando en los pros y los contras pero ya sabía la respuesta antes incluso de que formulara la pregunta.

—Está bien.

Capítulo 23

Molly

La parte de conseguirle unos vaqueros y una camisa de su talla no fue en absoluto complicada. Lo único que tuve que hacer fue dirigirme al pequeño cuarto que teníamos con ropa de pacientes que al final acababan dejando allí. La guardábamos para dársela a la gente a la hora de darles el alta en caso de necesitarlo. Por supuesto toda la ropa había sido lavada a conciencia previamente, al fin y al cabo eso no dejaba de ser un hospital con enfermedades que se podían contagiar.

—Ya puedes pasar.

Entré nuevamente en la habitación cuando me avisó de que ya estaba visible. Con ropa normal nadie sospecharía de verlo caminar a mi lado, los pocos médicos que habían tenido contacto con él estaban demasiado ocupados en sus propios asuntos como para fijarse en su rostro. Sin embargo con esa espantosa bata verde me hubiese resultado más complicado sacarlo de allí, esa cosa llamaba demasiado la atención.

—Veo que es de tu talla.

Verlo vestido así fue una impresión para mí. Con el cabello revuelto y las manos enterradas en los bolsillos traseros estaba peligrosamente atractivo. Mis ojos repasaron la musculatura que dejaba a la vista la camiseta blanca, me percaté por la forma en la que se pega a sus pectorales de que le quedaba más pegada de lo que debería. No pensé ni por un momento en cambiársela por otra.

—Si tú lo dices.

—Vamos. —le apremié abriendo la puerta. —Recuerda mantener la cabeza agachada por si acaso.

Aparentando estar relajada me apoyé sobre el marco de la puerta mirando discretamente hacia los lados. Como quedaba poco para que mi turno acabase yo también iba vestida de calle, no pensaba que nadie pudiera darme

demasiada importancia sin prestar atención primero por lo que no estaba preocupada en ese sentido. Cuando comprobé que los pasillos se encontraban despejados agarré su muñeca antes de que fuera demasiado tarde y tiré de ella suavemente indicándole que me siguiera.

Caminamos por los pasillos sin mucha prisa, más que nada por si alguien aparecía. Sería demasiado llamativo ver a dos personas corriendo como unos locos y no estaba segura de que la herida de Holden le permitiera correr. Prefería no arriesgarme.

Nos detuvimos delante del ascensor y fui incapaz de no sentirme como una cría que se estaba saltando el colegio mientras miraba a mi alrededor. Una vez nos metimos en el aparato pude respirar tranquila porque las puertas se cerraron dejándonos solo a nosotros dentro.

—Oye, yo no soy el que trabaja aquí pero por los carteles de salida me parece que vamos en la dirección contraria.

Me giré para poder hablar cara a cara pero solo pude toparme con su pecho. Por un momento había olvidado que Holden no era precisamente de mi altura. No me quejaba, la estrecha camisa me dejaba una vista perfecta.

—¿Quién ha dicho que vayamos a la salida? —contesté distraída bajando algo más la mirada.

Madremia. Bendita camiseta, pensaba regalársela. ¡Los abdominales se le marcaban también!

—Touché. ¿Por qué miras tanto mi ropa?

—¿Eh?

Tuve que desviar la mirada hasta su rostro del que parecía adueñarse la diversión para disimular.

—La camiseta. ¿Tiene algo?

—No, no. Es solo que estaba intentando adivinar de que tono de blanco es. Estoy entre un blanco apagado y un blanco hueso. ¿Tú que dices?

O dios mío. Era malísima mintiendo. Noté como mi rostro empezaba a arder adquiriendo una capa rojiza en el proceso mientras Holden elevaba una de sus cejas burlándose de mi respuesta. No podía culparlo por no creerse mis palabras. Eran de todo menos realistas.

Las puertas del ascensor se abrieron entonces ahorrándome empeorar aún más la situación por complicado que pudiera sonar. Salí prácticamente corriendo sin comprobar siquiera si me seguía recorriendo ese camino que tan bien me conocía. Después de visitarlo todos los días en mis descansos durante dos meses el camino hasta allí no tenía secretos para mí, apostaba a que podía

recorrerlo con los ojos vendados. Aunque no descartaba que me diera unos cuantos golpes en el camino, después de todo la torpeza era una cualidad que circulaba por mis venas.

—Mierda.

Moví la cabeza ante su maldición. Al principio no entendí que estaba ocurriendo hasta que al fondo del pasillo pude divisar la figura del director del hospital. O no. No, no, no. Como nos viera ahí íbamos a encontrarnos en graves problemas. Podían volver a separarme de su lado alegando que era una mala influencia y no estaba dispuesta a que eso pasase cuando Holden estaba volviendo a confiar en mí. A su ritmo, pero lo estaba haciendo.

Por el contrario no entendía muy bien la preocupación del chico a mi lado, posiblemente solo lo devolvieran a su habitación y punto. No tenía porque mostrar esa expresión tan preocupada. Ignoré ese hecho porque tenía peores problemas en ese momento como para centrarme en una cosa así. Seguramente querría salir y entendía que yo era la única que podía ayudarlo con eso.

Un movimiento brusco me hizo reaccionar y antes de que pudiera percatarme de lo que estaba sucediendo mi espalda ya se encontraba pegada a la pared. No pude separarme de la fría superficie, tampoco tuve el tiempo necesario porque inmediatamente un cuerpo se inclinó sobre el mío. Entendí el punto de Holden al momento por lo que rodeé su cuello con mis brazos.

A la vista de cualquiera podríamos pasar desapercibidos como una simple pareja. Uno de sus brazos se situaba sobre mi cabeza apoyado en la pared ocasionando que su rostro estuviera muy próximo al mío. Cuando las pisadas del director del hospital se escucharon más cercanas se encargó de mantener ocupado su otro brazo agarrando mi cintura con este, aprovechó entonces para acercar un poco más mi torso al suyo. Incliné la cabeza en su dirección ocultándonos de las posibles miradas indiscretas sabiendo que bajo la cascada de mi cabello estábamos escondidos.

Cometí el error de mirarlo a los ojos presa del nerviosismo. Esas gemas azules parecían haberse vuelto más oscuras de lo normal sin apartar ni un solo segundo su intenso escrutinio de mi rostro. Nos encontrábamos tan cerca que su aliento chocaba contra mi mejilla dejando una suave sensación de hormigueo en ese lugar.

Los pasos dejaron de escucharse cuando al fin salió del pasillo pero ese hecho no impidió que mi mirada descendiera cuidadosamente hasta sus labios. Pude observarlos con detenimiento porque debido a la cercanía los podía apreciar mejor que nunca. Se veían tan sedosos que el impulso de hacer una

tontería explotó en mi pecho.

—Ya podemos separarnos. —murmuré esperando que tomara control de la situación, yo no me encontraba capaz de hacerlo.

—Sí, deberíamos hacerlo.

Ninguno nos movimos.

Capítulo 24

Molly

El corazón me retumbaba con tanta fuerza en el pecho que apenas podía escuchar nada más aparte de mis potentes latidos. Sabía que tenía que moverme por mi propio bien pero mi cuerpo no parecía responder a mis señales. Estaba empezando a pensar que estar así tampoco era una mala idea.

No sabía si se debía a la poca distancia que había entre nuestros cuerpos, a la intensidad que desprendía su mirada o a una mezcla de ambas pero algunos pensamientos irracionales empezaron a colarse en mi mente sin que yo pudiese evitarlo.

—¿Hablas en serio?

—Totalmente. No entiendo que pasó. Estábamos bien.

Unas voces al fondo del pasillo consiguieron al instante explotar la burbuja que nos envolvía. Fue en ese preciso instante en el que me di cuenta de lo que estaba pasando y de lo poco sensata que estaba siendo al exponernos de esa manera.

Alejándome de su cuerpo demasiado tensa por la claridad que estaban empezando a adquirir las voces me apresuré a buscar su procedencia saber cual camino escoger a la hora de huir. No me molesté en recordar lo ocurrido hacía tan solo unos segundos atrás mientras lo agarraba de la muñeca porque estaba centrada en cosas más importantes.

—Vayamos por allí. —le señalé en un susurro la dirección mientras la apuntaba con el dedo.

Holden asintió con una pose seria sin decir nada sobre mi agarre. Aproveché entonces para tirar de él esperando que nuestros pasos no llamaran mucho la atención porque esa zona no estaba habilitada a mucha gente y los trabajadores del hospital no eran como el director. Ellos se movían por ese ambiente día tras día en vez de mantenerse sentados tras un escritorio por lo que poseían más información al respecto.

Caminamos unos cuantos metros de manera silenciosa hasta que pude vislumbrar la puerta de cristal al fondo del pasillo. Las voces perdieron intensidad hasta hacerse inescuchables cuando por fin llegamos a nuestro destino. Solté entonces mi agarre para poder abrir la entrada de la azotea. Con un pequeño empujoncito la abrí manteniéndome en esa posición para que Holden pasara antes que yo.

Le seguí entonces disfrutando de la brisa que revolvió mi cabello con fuerza. Amaba ese lugar. Desde que lo descubrí por casualidad se había convertido en mi sitio favorito. Nunca había nadie allí, cosa que no era capaz de comprender pero que agradecía enormemente. Me encantaba la manera en la que ciudad entera parecía empequeñecerse desde allí. Algunos edificios se alzaban poderosamente sobre los demás pero en general parecían diminutos vistos desde el hospital. Se podía apreciar cuando llegaba el atardecer por como las luces de los hogares empezaban a iluminarse dejando una preciosa estampa al caer la noche.

El ambiente era perfecto y después de dos meses subiendo casi a diario conocía cada rincón de ese pequeño paraíso. A veces me apoyaba sobre el muro mientras apreciaba el ocaso y otras me dejaba caer exhausta sobre una de las hamacas que se desplegaban allí. No era un misterio para mí que se usaba para dar pequeñas fiestas debido a lo bien cuidado que estaba el lugar y a los muchos adornos que lo decoraban. Se podían encontrar desde luces hasta mesas de cristal.

—Este sitio es bonito. ¿Por qué no hay nadie?

—Lo usan para fiestas solamente, de navidad, año nuevo y cosas así. No he estado nunca pero me han dicho que es muy bonito. Montan mesas con manteles bonitos, colocan árboles de navidad y llenan todo de luces de colores. Después lo guardan todo en esa caseta de ahí —apunté con el dedo a una esquina— y no suben hasta la siguiente celebración. Es una pena, porque es un sitio muy bonito pero así puedo disfrutarlo yo sola.

—Estoy de acuerdo. ¿Cómo diste con este lugar?

—Encontré este sitio por casualidad. Mi primera semana no fue sencilla, me esperaba que mi trabajo fuera diferente. Me sentía tan frustrada por no ser capaz de ayudar en nada que quise aislarme de todo por un momento. Pero tenía una responsabilidad y no podía dejar el trabajo por lo que estaba dispuesta a aguantar hasta poder desahogarme en mi casa. —una sonrisa forzada se coló por mis labios— Hasta que me crucé con Cloe. No voy a repetir lo que dijo pero se puede resumir en que era una mala profesional. Me

avergüenzo de como actué pero salí corriendo. Solo caminé por los pasillos del hospital por lo que parecieron horas hasta que me tope con esta azotea. La brisa consiguió relajarme al instante. Desde entonces vengo aquí en mis descansos.

—¿Por qué no le plantaste cara? —su voz se mantenía seria mientras examinaba el lugar.

—No llevaba ni una semana trabajando y un superior estaba haciendo trizas todas mis ilusiones. Realmente creí sus palabras en ese momento.

Holden asiente sin modificar la expresión indescifrable de su rostro antes de girarse en mi dirección clavando su mirada en mí. La notaba pero no por eso me giré para devolvérsela. Era más fácil enfrentarse a esa conversación sin ver sus ojos azules clavados en mí como si pudiera averiguar hasta el color de mi ropa interior.

—¿Sigue pasando?

—Sí, pero ya no me afecta.

Me encogí de hombros restándole importancia mientras un suave color rosado invadía mis mejillas a pesar de mis esfuerzos por evitarlo. Desvié la mirada entonces en su dirección para regalarle una diminuta sonrisa esperando que eso consiguiera convencerlo de mis palabras.

Comprobé por la manera que apretaba los labios entre sí que mi respuesta no había conseguido engañarlo ni un poquito pero no entendí qué fue lo que me había delatado.

En un movimiento rápido atrapó mi mentón entre sus dedos fijando mi mirada en sus gemas azules. Me sentí cohibida por la intensidad que desprendían sus ojos, parecían decir tantas cosas que no fui capaz de descifrar ninguna.

—Nunca. Escúchame bien, nunca vuelvas a pensar eso. ¿Me has entendido? Eres la mejor profesional que he conocido y si esos idiotas no lo vean en su problema, no el tuyo. Hay cientos de hospitales que morirían por tenerte.

—No creo que se vayan a pelear por una chica recién salida de la carrera que acaba de empezar a trabajar. —bromeé intentando quitarle importancia a sus palabras.

—Lo harán si esa eres tú.

No fui capaz de replicar a sus palabras porque el convencimiento de estas me dejó muda. Se veía realmente seguro de lo que decía, tanto que por un momento yo también me las creí. Las sensaciones me embargaron entonces. No comprendía porqué pero Holden confiaba en mí. Más que yo misma incluso.

Una graciosa cancioncilla se coló rompiendo el momento entonces y me apresuré en buscar el móvil en mis vaqueros agradeciendo tener una llamada de alguien para poder escapar de la situación. Todo se estaba volviendo demasiado intenso por lo que se había salido por completo de mi control.

—¿Quién es? —preguntó con curiosidad al ver como mi rostro cambiaba por completo de expresión.

—Oh, no.

Capítulo 25

Holden

Me costó identificar la extraña mueca que invadía su rostro pero tras unos segundos contemplándola pude deducir que la llamada no era bien recibida. Al menos en ese momento. Creí detectar en su rostro algo de vergüenza pero fui incapaz de averiguar la razón.

—Hola —contestó tras descolgar el teléfono.

Permanecí en completo silencio intentando desvelar las palabras de la persona al otro lado de la línea pero el viento que corría en la azotea y la considerable distancia que se interponía entre nosotros me imposibilitó esa tarea.

—Siento no haberte llamado, he estado muy ocupada con el trabajo. —se mantuvo unos segundos en silencio— Sí, ya sé que esa no es excusa. Aun así deberías relajarte. Te preocupas demasiado, mamá.

Una ráfaga de aire captó mi interés cuando azotó con fuerza las hebras de su cabellera negra meciéndola sobre su espalda. Perdí el hilo de la conversación cuando ese mismo viento provocó que un escalofrío recorriera cada centímetro de mi cuerpo.

No era muy tarde, ni siquiera iba a anochecer pronto por lo que la temperatura era bastante cálida para esa época del año. Eso no impidió que mi piel protestara por ello, si hubiese tenido una sudadera hubiese sido perfecto. Posiblemente en ese cómodo y equipado lugar habría alguna manta o algo así pero Molly se veía demasiado entretenida hablando con su madre y no quise molestarla por lo que me decanté por esperar a que finalizara su llamada para preguntarle.

Una hebra de mi pelo cayó sobre mi frente por lo que alargué el brazo para colocarla en su sitio. Casi al instante noté el calor que esa zona desprendía por lo que sabiendo que no se trataba únicamente de la frialdad de mi mano situé la palma de esta de forma que abarcaba toda mi frente. No era médico, ni

enfermero, pero no me hacía falta tener estudios en la salud para saber que estaba ardiendo en fiebre.

Resoplé frustrado mientras me dejaba caer sobre la pared, eso solo significaba que tendría que quedarme un par de días más entre las paredes de ese maldito hospital. Entendí entonces porque había estado teniendo algo más de calor de lo habitual en las últimas horas. Relacioné la temperatura de mi piel también con la debilidad que había invadido mis articulaciones desde bien entrada la mañana. Lo mejor sería que avisara a Molly.

—Sí, el otro día hablé con él. —aunque por otra parte por un par de minutos más no iba a pasar nada, ¿verdad? —No, me llamó él. Quería saber como me iba en el trabajo, la última vez que fui a verlo se quedó algo preocupado con lo que le conté.

Fruncí el ceño con desconcierto, no me constaba que la pelinegra estuviese saliendo con nadie. Era cierto que nunca me había dicho lo contrario pero era algo que yo daba por hecho. Pero, ¿qué pasaba si estaba equivocado? Puede que después de todo sí que estuviera con alguien. No me agradó esa posibilidad.

—Sí, ya sabes como es Hayden.

Perfecto, ya sabía su nombre. Solo necesitaba averiguar el apellido y entonces podía hacerle una visita al salir del hospital para tener unas palabras con él. Aunque no podía asegurar que estas fueran precisamente amigables.

Molly se merece lo mejor, no puede estar con cualquiera, me dije con convicción, *solo voy a comprobar que es bueno para ella*. Pensarlo era la parte sencilla, no estaba seguro de que llevarlo a cabo tuviera la misma facilidad.

—Mamá, están llamando al timbre. —permaneció con una sonrisa en los labios escuchando la respuesta. —Porque lo puede escuchar a través del móvil. Te llamo en otro momento, ¿vale? Un beso, cuídate.

Puede ver desde donde me encontraba como apretaba el logo rojo para cortar la llamada antes de guardar el teléfono en el bolsillo trasero de sus vaqueros. Desvió sus gemas color caramelo hacia mi rostro entonces percatandose de que había estado pendiente a su conversación.

—Era mi madre.

—Deduje eso por mi cuenta cuando la llamaste mamá.

Molly rodó los ojos sin que la diversión abandonara su rostro mientras giraba su cuerpo en dirección a la ciudad observando el hermoso paisaje que tenía enfrente. Como ya había acabado la llamada podía preguntarle sin

interrumpir la conversación por lo que avancé unos pasos hasta situarme a su lado para que pudiese escucharme con claridad.

—¿Quién es Hayden?

En otras circunstancias hubiese disfrutado de la visión de ver como atrapaba su labio inferior entre los dientes pero no en ese momento. Entonces solo deseaba saber porque su mirada me esquivaba sin disimulo alguno sin estar muy dispuesta a responder a la pregunta. Me tensé ante la posibilidad de lo que eso significaba.

—Molly, ¿estás saliendo con alguien?

—¿Eh? Y-yo, yo no...

Corté sus palabras intuyendo por su mirada ruidas que no iban a ninguna parte mientras atrapaba su rostro entre la palma de mi mano para que no volviera a despegar sus ojos de los míos notando la suavidad de su piel al situarla sobre esta. Quería que me mirara a la cara mientras me contestaba. Quería estar seguro de la veracidad de su respuesta.

—Molly. ¿Tienes novio? ¿Estás en una relación?

—No. —murmuró de manera casi inaudible.

No me di por satisfecho hasta que pasados unos segundos sus mejillas mantuvieron su color normal ausentes de color. Mis músculos se relajaron al instante y me percaté entonces de la tensión que estaba aguantando a la espera de su respuesta. No retuve el suspiro que escapó de mis labios.

Fue entonces cuando la cabeza empezó a darme vueltas haciéndome sentir mareado. Apoyé la palma de mi mano sobre el hombro de la pelinegra intentando recuperar parte de la estabilidad que había perdido reprochándome no haberle informado antes de mi malestar.

—¿Te encuentras bien? Estás algo pálido.

Sacudí la cabeza escuchando sus palabras a en la lejanía. Mierda, necesitaba sentarme o iba a colapsar. Respiré un par de veces con profundidad esperando a que pasara como cualquier mareo tonto pero no tuvo efectividad.

—Me estás preocupando. ¿Holden? ¡Holden!

El cuerpo me dejó de responder en el mismo instante en el que mis ojos se tornaron negros arrastrándome a un abismo de oscuridad mientras escuchaba de fondo a Molly llamándome a gritos.

Capítulo 26

Molly

Un potente pánico invadió mi sistema al verlo desplomarse sobre mis brazos. Tuve que bajarlo hasta tumbarlo porque no era capaz de soportar su peso y entonces noté la elevada temperatura que transmitía su cuerpo a pesar de poseer ropa encima. Un brillante alarma se iluminó con fuerza en mi mente avisándome de una hipótesis nada favorable para él.

—¡Holden! ¡Por favor, contesta!

Mis gritos no causaron ninguna reacción en él elevando mi preocupación hasta límites insospechables. No podía pasarle nada, no podía permitirlo.

Mi mano se estrechó con fuerza contra una de sus mejillas, repetí la acción al no ver resultado notando como a pesar de ser enfermera y estar preparada para situaciones como esa el temor lo cegaba todo. Tenía que despertarse.

—¡Ayuda! ¡Un médico, por favor!

No me separé de su cuerpo, mantuve su cabeza sobre mi regazo a pesar de que sabía que lo mejor sería dejarlo allí y correr a por ayuda. Me negaba a abandonarlo por muy irracional que sonara. Solo me quedaba la opción de gritar más fuerte hasta que alguien alarmado por mis súplicas se acercara a la escena.

Se me ocurrió entonces agarrar el teléfono móvil para hacer una llamada a la extensión del hospital. Después de verlo en el tablón de la sala de descanso durante dos meses me lo había aprendido de memoria, hecho que no pude agradecer más en ese momento.

—¿Sí, dígame?

—¡Necesito que manden un médico a la azotea del hospital! ¡Ya! ¡Un paciente se ha desmayado!

—Cuando alguien esté disponible se lo mandaremos.

—¡¿Pero qué está usted diciendo?! ¡Mande a un médico ahora mismo!

—Señorita, no podemos enviarle a un médico solo por un desmayo cuando

todos están ocupados.

Me daba igual estar actuando como una persona irracional por solo un desvanecimiento, quería asegurarme de que estaba bien y nadie iba a impedírmelo.

—¡Escúcheme bien! ¡Cómo no mande a un médico ahora mismo pienso hacerla la nueva asistente de Cloe!

Yo no tenía el poder de conseguir aquello pero eso ella no lo sabía y pensaba aprovecharme de eso.

—Dos médicos están dirigiéndose en este instante a su localización.

Suspiré de alivio cortando la llamada mientras desviaba mi atención hasta Holden, pase mis dedos por sus mejillas esperando que mi tacto consiguiera hacerlo reaccionar sin obtener ninguna respuesta favorable.

La angustia se hacía paso dentro de mí. Todo eso era culpa mía. Tenía que haberme librado de los guardias de su puerta y haber entrado antes para comprobar su estado. No lo entendía. Los resultados tenían que haber estado desde hacía días. ¿Por qué nadie vio que tenía una infección? ¿Por qué él no se quejó por la fiebre?

La puerta se abrió de golpe anunciando que los médicos habían llegado. Me sorprendió la rapidez pero como ya estábamos en un hospital intenté centrarme en lo importante. Los conocía de vista a los dos, eran buenos trabajadores que ayudarían a Holden. Ambos corrieron hasta él al verlo sin sentido, empezaron comprobando su pulso y su respiración. Interpreté como una mala señal la mueca que puso uno de ellos al tocar su piel en llamas. Esa fiebre no era normal y eso era algo que tenía muy claro, pero esa expresión me indicó que era más preocupante de lo que me imaginaba en un principio.

—¿Qué ha pasado?

—Se sintió mareado y después se desmayó. Hace algo dos semanas le dieron una puñalada cerca del corazón y tuvo fiebre leve durante unos días. No sé lo que pasó después pero hace unas horas parecía estar bien. —expliqué sin saber si habían entendido algo de mis atropelladas palabras.

—Nos lo tenemos que llevar ya. Su temperatura es muy alarmante, si se eleva un par de grados más puede morir.

Los médicos lo situaron sobre una camilla que ni siquiera había notada antes de levantarlo. Estos corrieron en dirección a la sala de operaciones mientras yo los seguía desesperada por sus palabras sintiendo mis sentidos embotados.

Apenas era consciente de lo que estaba ocurriendo a mi alrededor. De

hecho no me percaté de que estaba llorando hasta que las lágrimas emborronaron demasiado mi visión. Las aparté lo más rápido que pude intentando no perder la camilla de Holden entre la masa de personas que había en uno de los pasillos.

Una puerta se abrió de golpe y los médicos lo metieron en la sala con prisa. Yo fui detrás de ellos agradeciendo que me dejaran entrar a pesar de que solo era para personal autorizado y yo no me incluía en ese grupo. Se me congeló la sangre cuando me percaté en que habitación estábamos. Estaba provista con un amplio material médico que solo se usaba para casos muy graves.

—¡Cuarenta y un grados! ¡Hay que bajarle la fiebre como sea!

Me apoyé sobre la pared sintiendo que las fuerzas me abandonan. Había personas que fallecían con cuarenta y dos grados, otras eran capaces de soportar hasta los cuarenta y cuatro. No sabía a qué grupo pertenecía Holden, pero no quería averiguarlo. Solo sabía con certeza que no podía pasarle nada. Él tenía que ponerse bien. Ya no me importaba que dejase el hospital, solo quería que volviera a abrir los ojos.

Observé como lo conectaban a una máquina inundando la sala de pitidos constantes al instante. Un sollozo se escapó de mis labios entonces, sus latidos eran tan débiles que apenas podían percibirse. *Va a morir. Va a morir y no voy a poder verlo sonreír nunca más.* Esos pensamientos solo consiguieron aumentar mi pavor más aún. Me negué a darlo por perdido. Todavía estaba vivo.

—¡Traer un respirador! ¡Ha dejado de respirar!

Mis piernas temblaron y ni siquiera la pared pudo sostenerme en ese momento. Sentía como mi corazón se detenía con esas palabras. Los sollozos me salían con tanta intensidad que la garganta empezó a dolerme pero eso no consiguió detenerme. Holden. El gruñón que siempre me hacía sonreír. No podía pasarle nada, no me lo perdonaría jamás.

Los médicos se movían con maestría insuflando aire en sus pulmones a la espera del aparato mientras que miraban alarmados el aparato que controlaba sus constantes viendo como sus latidos empezaban a ralentizarse hasta un ritmo preocupante.

—Vamos chico, tienes que luchar. —le animó uno de los médicos de la sala a pesar de estar inconsciente. —¿No quieres volver a tu casa?

Una enfermera me dirigió una mirada preocupada mientras mi llanto inundaba toda la sala. Era la persona más cabezota que conocía, no podía rendirse sin más entonces. Tenía que sacar fuerzas pero no parecía hacer caso

a las indicaciones del médico.

—Sacarla de aquí. Está demasiado alterada. —ordenó la mujer causando que todas las miradas se posaran en mí.

No. No pensaba irme. No iba a dejarlo solo. ¿Y si se despertaba y se veía rodeado de extraños? Me necesitaba. No podía salir cuando sus pulmones habían dejado de funcionar. Me negaba.

—Vamos Molly, espera fuera. Te avisaremos si pasa algo.

Mi visión estaba fija en Holden, por lo que no me molesté en intentar reconocer la voz de mi compañero. Este al ver mi determinación por no colaborar me agarró de las axilas hasta ponerme de pie. Decidió sacarme a la fuerza al verme parada sin querer salir de la habitación. Sus brazos enrollaron mi torso y me elevó unos centímetros del suelo mientras retrocedía con lentitud sin que yo parara de removerme con fuerza lanzando patadas y puñetazos sin control esperando que alguno le alcanzara y me dejara bajar.

—¡No! ¡No! ¡Holden! ¡Holden, despierta por favor! ¡No me dejes! —el último grito salió con desesperación de mi garganta cuando casi me habían sacado de la habitación.

Dejé de intentar librarme del agarre cuando un agudo pitido proveniente de la máquina de constantes nos indicó que su corazón había dejado de latir.

Capítulo 27

Molly

Había escuchado cientos de veces tanto como en películas como en libros que cuando estás a punto de morir todos tus recuerdos se te pasan por la mente. En esa ocasión no era yo a la que se le había parado el corazón pero me pasó algo similar pues cada uno de los momentos compartidos bombardearon mi cabeza con proyecciones.

Esos hermosos ojos celestes encharcados de dolor al verlo por primera vez entrando al hospital. Esas primeras palabras que lejos de asustarme me animaron a conocerlo más. La manera en la que su voz parecía acariciar mi nombre cuando lo pronunciaba. Las sonrisas que conseguía dibujar sobre mi rostro a pesar de que yo intentaba oponerme a ello. Su ilógico gusto por los refrescos de limón. La forma en la que me protegió de mi padre sin importarle nada más. Su poco visto lado bromista. Su capacidad de lograr que mis piernas temblasen con tan solo una mirada. Todo ese halo de misterio que siempre lo rodeaba.

Fui incapaz incluso de soltar más lágrimas. Todo a mi alrededor parecía haberse congelado en ese mismo instante. Los brazos del médico se mantenían en mi cintura aunque ya no intentaban sacarme de la habitación porque estaba demasiado centrado escuchando el estridente pitido de la máquina. Los enfermeros tampoco se atrevían a mover ningún músculo. Parecía como si alguien le hubiese dado a la pausa de un televisor.

¿Qué iba a hacer sin él? Llevaba tan poco tiempo en mi vida que no comprendía como se había vuelto indispensable en esta con tanta fiereza. Tampoco importaba entonces, porque todo había acabado. Se había acabado y yo no había podido decirle que lo...

—Perdón. —se disculpó una figura regordeta interrumpiendo mis pensamientos— He desenchufado el cable sin querer.

Casi me desmayé al escuchar como los pitidos volvían a ser constantes

cuando el médico volvió a conectar el enchufe a la toma de corriente. Una lágrima corrió entonces hasta mi barbilla expresando todo el alivio que mis cuerdas vocales no eran capaces de emitir.

Ni siquiera tuve fuerzas para maldecir al rechoncho señor porque el alivio era tan cegador que no entendía ni como las piernas podían sostenerme de pie. Probablemente fuera porque todavía me estaban sujetando.

—Está bien, Molly. No te preocupes. Tom, sácala por favor.

No intenté resistirme esta vez porque estaba vivo. Todavía podía recuperarse y eso era lo único que importaba. Podría curarse y volver a decir sus frases cortantes mientras yo me encontraba junto a él. Podía gritarle si quería todo lo que guardaba en mi pecho porque él iba a poder escucharlo.

—Espera. —le frenó un médico cuando me iban a sacar de la habitación.
—¿Habéis visto el monitor?

Todos desviaron la vista hacia al aparato excepto la persona encargada de colocarle el respirador que acababa de llegar. Me sorprendió no haberme dado cuenta de ese detalle, realmente había estado fuera de la realidad y ni siquiera me percaté de que alguien lo había traído.

—¿No lo creerás verdad? Tom, sácala.

El hombrecillo rechoncho la miraba con el ceño fruncido mostrando así su desagrado con las palabras de esta. Yo no entendía de que estaban hablando pero el médico que me sujetaba sí porque no obedeció a su orden. Permanecí en mi sitio porque una cosa era que me echaran y otra muy distinta era irme por voluntad propia.

—Su pulso se ha estabilizado durante un momento.

—Apenas han sido unos segundos. Además, solo se han acelerado mínimamente, sigue teniendo las pulsaciones demasiado bajas.

—No perdemos nada. Molly, acércate.

No discutí ni mencioné palabra, me limité a caminar con pasos cortos hasta situarme a su lado. En todo mi recorrido no desvié mi mirada de Holden ni un solo segundo a pesar del riesgo por tropezarme con algo y caer. Si te fijabas bien podías ver su pecho elevarse y descender con suavidad gracias al respirador. Si no fuera por el sudor que cubría la mayor parte de su cuerpo podría asegurar que estaba dormido.

—Háblale. —pidió con voz dulce.

—Esto es una locura. —se quejó el hombrecillo. —¿Qué base científica tiene esto?

—Cuando una persona te gusta los latidos se aceleran al estar cerca.

—Yo no le gusto a Holden. —intervine con la voz tocada.

La médico me mantuvo la mirada unos segundos evaluando mis palabras antes de regalarme una pequeña sonrisa reconfortante.

—Pero te aprecia. Dile algo, antes funcionó.

—No sabemos si fue por mí. No fui la única que lo animó. —recordé pensando en el médico que le pidió que luchara.

—Ha subido dos pulsaciones. —intervino entonces un enfermero sin desplegar la mirada del monitor.

Estaba convencida de que Holden no sentía nada más allá de una bonita amistad por mí pero por alguna extraña razón su corazón parecía responder a mi voz por lo que cogí una silla y la coloqué a la altura de su cabeza para que mis susurros solo pudieran ser escuchados por él.

—Con lo poco que te gusta llamar la atención has formado una buena. Seguro que ya no me van a dejar subir más a la azotea. Vas a tener que compensarme por eso. ¿Qué tal si te despiertas a cambio? Es un buen trato.

Escuchaba de fondo como los profesionales se movían a su alrededor y trasteaba con instrumentos mientras hablaban pidiendo medicinas para rebajar su infección. Pude distinguir como la voz de la doctora pedía los informes de hace unos días con el fin de dictaminar cuál antibiótico le convenía más.

—Esto tiene que ser un fastidio para ti, ahora vas a tener que quedarte todavía más tiempo en el hospital. Tonto. ¿Por qué no dijiste nada? —mis dedos ascendieron hasta colarse entre las hebras de su pelo impartiendo suaves caricias al repetir el movimiento— Prometo no volver a separarme de ti. Iré a verte todos los días si quieres y cuando te recuperes un poco más te traeré todos los refrescos de limón que quieras. Incluso probaré uno para que te rías de la cara que pongo al beberlo. —me mantuve durante unos instantes solamente acariciando su cabello. —¿Sabes? Pensé que habías muerto. Desconectaron tu máquina y pensamos que se te había parado el corazón. Es un alivio que estés bien en la medida de lo posible, temía no haberte podido confesar que... No. No voy a decírtelo. Despiértate primero.

—Es increíble. Se ha estabilizado. Vuelve a estar dentro de los parámetros normales. —no le presté atención.

—Molly.

Desvié la mirada hasta la voz que me había llamado hasta encontrarme con Tom con una jeringuilla con un líquido ambarino dentro, suponía que era el medicamento para que se recuperara. Me moví unos centímetros dándole movilidad para que yo no estorbaba sin dejar de colar mis dedos entre su

cabello. Agradecía que Holden estuviera inconsciente porque iba a odiar lo que iba a venir.

—Ah no, no pienso ponérsela. —se burló entonces. —No quiero que me pegue al despertar. Me han dicho que solo deja que tú te acerques.

—No te va a hacer nada. Yo me encargo.

—No pienso arriesgarme.

Sabía por su tono jocoso que solo estaba bromeando, al menos por una parte, por lo que cogí la aguja de su mano sabiendo que prefería que me encargase yo de ello. No había olvidado el pavor que le tenía a todo lo que tuviera punta por lo que me sentí la necesidad de informarle a pesar de que no me escuchara.

—Necesitas esta inyección para ponerte mejor. Tendré cuidado, no te preocupes.

Con delicadeza extrema limpié la zona con alcohol mientras buscaba su vena. Con cuidado introduje el metal en su brazo inyectando el líquido en su sistema cuidadosamente. Entonces saqué la jeringuilla de su brazo poniéndole un algodón al instante sobre este con un poco de esparadrapo para que no se despegara.

Al colocar la aguja vacía sobre una mesita no pude evitar dejar caer mi cabeza sobre su pecho emocionalmente agotada al saber que estaría bien.

—Recupérate. Te necesito.

Capítulo 28

Holden

Parpadeé unas cuantas veces intentando acostumbrarme a la luz de la habitación, no sabía cuanto tiempo había estado durmiendo pero me sentía aturdido y algo mareado. El mismo techo de siempre me recibió confirmando que me encontraba en mi habitación. Era curioso, se mantenía exactamente igual pero yo lo sentía distinto por alguna razón.

—¿Holden? Por fin despiertas. ¿Cómo te encuentras?

Enfoqué la mirada en la voz que me hablaba encontrándome con el dulce rostro de Molly mostrándome su preocupación. Entrecerré los ojos para enfocarla mejor mientras me restregaba la palma de la mano por la cara intentado despertarme. Sentía mi cuerpo pesado y la cabeza embotada, casi como si estuviese borracho.

—Es posible que te encuentres algo desorientado. Tuviste fiebre y te desmayaste, ¿te acuerdas? Has estado durmiendo desde entonces. —evaluó mi rostro unos segundos antes de proseguir —Si te sientes mareado es por los calmantes. Puede que sean algo fuertes durante las primeras horas consciente.

Parpadeé con pereza analizando su rostro cuando mi cabeza consiguió centrarse. Parecía estar preocupada por algo que yo no entendería y eso no me gustó. Odié esa expresión en su rostro. Necesitaba cambiarla, hacer que volviera a sonreír de esa manera en la que solía hacerlo.

—Eres preciosa, ¿sabes?

—¿Qué?

—Siempre lo eres. —murmuré recostándome en la cama forzándome a mantener los ojos abiertos —Pero te prefiero sonriendo.

—Ay Dios. ¿Qué te han puesto?

No le presté atención a su susurro porque mis esfuerzos por mantenerme despierto me incapacitaron a la hora de intentar hacer cualquier otra cosa. Tenía que esforzarme para no dejarme atrapar por Morfeo. Las vistas de su

rostro desde la camilla eran tan perfectas que sería un sacrilegio perderselas al dormir.

Observé como se acercaba hasta la bolsa que estaba enganchada en mi gotero mientras leía con interés la etiqueta blanca cuyas letras era incapaz de leer al estar tumbado. Al cabo de unos segundos pareció llegar a una parte interesante porque sus labios se fruncieron en una extraña mueca de disconformidad.

—No hagas eso.

—Parece ser que el calmante que te han puesto es un poco fuerte. —se dirigió a mí ignorándome. —Vas a sentir efectos similares a los de una borrachera durante unas horas.

—No hagas eso. —insistí una vez más cuando volvió a fruncir los labios.

—¿Hacer el qué?

—Esa mueca. No la hagas. Cuando la pones me dan ganas de besarte.

Mis ojos perdieron la batalla cerrándose durante unos segundo hasta que conseguí volver a recuperar el control sobre ellos abriéndolos de nuevo. Situé una pequeña sonrisa sobre mi boca deleitándome de la turbación que cubría a Molly.

Sus ojos estaban más abiertos de lo normal al igual que su boca y esa vez el suave color que cubría sus mejillas no se debía a algún intento de mentira por su parte. Me sentí orgullosos de mí mismo de poder afectarla de esa manera.

—No digas tonterías, no sabes lo que dices.

—Claro que lo sé. —la contradije ignorando como desviaba la mirada avergonzada— Es culpa tuya por tener unos labios tan bonitos.

—¿Sabes qué? Creo que voy a dejarte descansar, mejor te visito en unas horas cuando se te pase el efecto.

Por mucho que lo intenté me fue imposible encontrar algún motivo que explicara lo nerviosa que parecía mientras jugaba con las pulseras de hilo de su muñeca con tanta fuerza que podrían romperse en cualquier momento. Tampoco me centré mucho en ello porque solo me quedé con una parte de lo que había conseguido entender.

Me negué en rotundo a la posibilidad de que se fuera, quería disfrutar de ella un poco más. Por eso mismo enganché su muñeca con mi mano para que al darse la vuelta no pudiera huir. Antes de que se percatara de lo que estaba ocurriendo me senté sobre la cama para tener mejor movilidad y tiré de ella alejándola de la puerta.

—¿Holden?

—Me encanta como suena mi nombre en tu boca.

No me sentía con demasiada fuerza y mantener el control sobre mis ojos para que no se cerraran me estaba suponiendo una odisea pero meforcé por empujar su muñeca como pude hacia mi dirección consiguiendo que al estar desconcertada no se lo esperara y perdiera el equilibrio. Mi torso hizo de escudo contra cualquier posible golpe, me sentí satisfecho cuando por algún motivo cayó sentada sobre mi regazo.

—Holden, te vas a arrepentir de todo esto más tarde.

Ignoré sus palabras acomodándola sobre mis piernas para que no se sintiera incómoda aprovechando para acercarla lo más posible a mí. Pasé uno de mis brazos por su cintura consiguiendo acercarla a mi cuerpo tanto que cada respiración chocaba contra mi cuello consiguiendo estremecerme. Estaba nerviosa, podía notar como inhalaba cada vez con mayor fuerza.

—¿Por qué debería arrepentirme? Te tengo justo donde quiero.

Descendí unos centímetros mi cabeza para a continuación empezar con mi nariz un recorrido desde su omoplato hasta la parte superior de su mandíbula dibujando una línea imaginaria. Disfruté acariciando esa zona mientras sentía latir su pulso como loco en su cuello.

—¿No estás cansado? Tienes que estar agotado. ¿Qué tal si mejor duermes un poco? Seguro que te sentirás mejor al despertar. —no sé cómo conseguí descifrar sus palabras porque hablaba demasiado deprisa pero supuse que la cercanía ayudó.

—Tienes razón, estoy cansado.

—¿Ves? Lo sabía. Solo tienes que acostarte durante unas horitas y todo...

—Cansado —la interrumpí cuando me di cuenta de que no me había entendido— de tener que ocultar mi atracción por ti.

—Definitivamente te han drogado.

Molly negaba una y otra vez con la cabeza empeñada en ocultar la realidad de una forma bastante inútil. Me costaba entender sus motivos pero estaba dispuesto a tirar cada una de las barreras que pusiera poner entre nosotros si con eso conseguía sus labios.

—Me han hecho un favor, gracias a eso puedo admirarte ahora.

—Han tenido que clavarte una aguja para ello. —abrió los ojos de manera dramática intentando ejercer algún efecto sobre mí —¡Una aguja! Tú las odias. ¿A qué ya no te parece una idea tan buena?

—No me importaría que volvieran a hacerlo si con eso consigo que tus mejillas tengan ese adorable color rosa.

—Vale, ya estoy harta.

Su declaración no me intimidó por muy firme que sonara, sabía que por alguna razón la determinación se había adueñado de ella pero estaba demasiado concentrado impartiendo suaves roces en su cintura como para poder concentrarme en eso y en analizar sus palabras a la vez. Fulminé con la mirada a la tela de su camiseta que me impedía tener contacto directo con su piel.

Solté un quejido por lo bajo cuando se impulsó con tanta rapidez que no lo vi venir alejándose de mi cercanía. Extrañé el calor que desprendía su cuerpo al instante y le dejé saber que su acción me había disgustado situando una mueca sobre mis labios. Estaba muy cómodo con Molly entre mis brazos, no quería que se moviera de ese lugar.

—Estás comportándote de forma muy extraña. —me acusó apuntándome con el dedo —Así que me voy a ir, vas a dormir y más te vale que cuando vuelva en unas horas hayas vuelto a la normalidad porque si no me voy a enfadar.

—¿Estás enfadada porque eres incapaz de resistirte a mí?

A pesar de que me esforcé por sacar a relucir la sonrisa más seductora que poseía Molly no se inmutó. Al contrario, rodó los ojos con irritación mientras se giraba para dejar la habitación cumpliendo con sus palabras sin molestarse en dirigirme ni una sola mirada en el proceso.

Dejé que la sonrisa trepara más por mis labios. No me importaba que se hubiese ido, había visto lo que escondía su mirada ante mis palabras y con eso tenía suficiente. De momento.

Capítulo 29

Holden

No podía evitar recriminarme casi en bucle lo estúpido que había sido al actuar de esa manera sin preocuparme por mis acciones. Había obtenido un potente dolor de cabeza como reprimenda por mi estupidez pero eso no lo hacía menos grave.

Solo tenía que decir una frase, una maldita frase informándole a algún enfermero de que las décimas de mi frente no eran normales y no habría tenido que llegar hasta esos extremos. Por culpa de mi maldita cabezonería tenía que permanecer en aquel hospital más tiempo del necesario cuando estaba seguro de que no me falta mucho para recibir el altar y acabar con todo de una jodida vez. Tenía que ser precavido, es vez había tenido suerte pero no podía seguir llamando la atención de esa manera.

Estaba arriesgándome demasiado al permanecer tanto tiempo entre esas cuatro paredes. A medida que pasaban los días la facilidad de que alguien lo descubriera crecía con velocidad. No podía dejar que eso pasase, tenía que recuperarme e irme cuanto antes.

La puerta se abrió consiguiendo mi atención al instante. Una dubitativa Molly apareció tras ella pareciendo indecisa entre entrar o no.

—Puedes entrar, no te voy a comer. —la animé sin entender su actitud.

—Menos mal, has vuelto a la normalidad.

—¿A qué te refieres?

Molly se limitó a extender una pequeña sonrisa sobre su rostro negando suavemente. No la entendía, estaba actuando de una forma extraña. Por otra parte la pelinegra se veía más radiante de lo normal. Parecía haber recibido buenas noticias a juzgar por la luz que desprendía, realmente se la veía muy animada.

—¿Qué ha pasado?

—¿Cómo?

—Pareces muy contenta. —expliqué al ver que no me había entendido—
¿Ha ocurrido algo?

—Solo me alegro de que estés bien.

Verla allí, parada delante de mí mientras me mostraba una sonrisa tan hermosa mientras me daba a entender que se había preocupado por mí fue demasiado. Tuve que desviar la mirada si no quería terminar haciendo alguna tontería.

—Lo que sea. —murmuré de manera brusca.

—Además, —continuó mostrando otra deslumbrante sonrisa— Tengo que sonreír más a menudo. Siempre soy preciosa, pero si sonrío lo soy aún más.

Elevé una ceja ante su inesperado comentario sin entender a qué venía. Me extrañó viniendo de ella porque no era una de esas personas que se pasaban el día alabando todas sus cualidades en voz alta como un mantra.

—Eso es un poco vanidoso de tu parte, ¿no crees?

Molly se rió entre dientes de lo que parecía ser una broma privada para ella antes de acercarse un poco más a mí. A continuación frunció de manera exagerada sus labios antes de dejar de hacerlo de rápidamente mientras abría los ojos lo más que pudo. Casi al instante movió sus labios hasta extender una nueva sonrisa.

—Casi me olvido de que no puedo poner esa mueca. No queremos que puedas tener tentaciones, ¿verdad?

—¿De qué demonios estás hablando?

Definitivamente se estaba burlando de mí pero no era capaz de lograr entender que es lo que pasaba por su mente. A juzgar por su incapacidad para retener las risas la situación le resultaba realmente graciosa pero yo seguía sin la más remota idea de que estaba ocurriendo o de lo que estaba hablando.

—No me puedo creer que lo hayas olvidado. Sí que era potente.

—Molly, sé más clara. —demandé con voz seria —No estoy entendiendo nada.

—Te pusieron una medicación y como era la primera vez que la tenías te dejó medio atontado. Mencionaste ciertas cosas bastante.... interesantes.

—No puede ser. —me llevé una mano a la frente esperando que no que fuera cierto— Pensaba que fue un sueño. Por favor, dime que no te dije de verdad todas esas cursiladas.

—Te estaría mintiendo.

Solté un gemido quejándome de las tonterías que se escaparon de mi boca. ¿Por qué demonios le había soltado todo eso? No podía negar mis palabras

porque razón no les faltaba pero eso no significaba que la pelinegra tuviera que saber todas las reacciones que me provocaba. Me consolaba ver que se lo estaba tomando con gracia. Puede que considerara que eran palabras dichas en un momento puntual en las que no estaba en mis plenas facultades mentales, y que por lo tanto no contaban.

—Tienes visita. —anunció un enfermero desde la puerta.

—Dile que pase.

Apenas esas palabras salieron de la boca de la pelinegra, una rubia cruzó el umbral de la puerta a toda prisa. A juzgar por el brillo que cubría sus ojos verdes estaba alegre de comprobar que me encontraba bien, aunque sus puños cerrados me advirtieron que no me fiara demasiado porque me iba a llevar una reprimenda por haberle ocultado mi estancia en el hospital. Mierda. ¿Qué demonios hacía ella ahí?

Lo entendí cuando un rubio la siguió al instante provocándome ganas de rodar los ojos. No entendía porque la había traído hasta allí sabiendo todo lo que nos jugábamos. Si ella no me mataba a mí yo pensaba cargármelos a ambos. Claro que no por eso me alegré menos de poder verlos de nuevo.

Le di un rápido vistazo comprobando que en esas pocas semanas que llevaba en el hospital ella seguía igual de despampanante que la última vez que la vi. Desvié mi mirada hacia sus ojos de nuevo porque si su hermano me pillaba mirándola de esa manera iba a ganarme un puñetazo de su parte a pesar de las circunstancias. A mi parecer ella ya era mayorcita para cuidarse sola porque solo tenía tres años menos que yo pero eso era algo que Aaron nunca entendería.

—Casi me muero del susto cuando me enteré de que estabas aquí. —me reprochó lanzándose a mis brazos.

—No quería preocuparte.

Tampoco que apareciera por allí, pero eso me lo callé. Coloqué uno de sus mechones rubios detrás de su oreja enternecido por su preocupación. Le sonreí de manera tranquilizadora para que comprobara que me encontraba bien a pesar de mi estancia en el hospital.

—Deberías tener cuidado. —intervino Molly recordándome su presencia. —Puedes hacerle daño.

—No es para tanto. —me apresuré a responder al ver la preocupación en la mirada de la rubia. —Estoy bien, es un poco exagerada. No le hagas caso.

—Holden, colega. ¿Qué tal estás? Ya pensaba que me iba a quedar sin cuñado.

Su broma me demostró que hasta ese momento no había conocido nunca el verdadero significado de la palabra incomodidad. El ambiente no cambió pero que me llamara sí delante de la pelinegra no me resultó agradable.

—Estoy bien, no te preocupes.

—No es verdad. —contradijo esta con el tono de voz algo más bajo. —
Hace poco que...

—Molly, no seas pesada. Vas a preocuparlos a lo tonto.

Me arrepentí de mis palabras nada más estás terminaron de salir por mi boca al ver como desviaba la mirada mientras apretaba los labios. Aunque la conocía no había llegado a comprenderla del todo, sabía que mis palabras le habían afectado por su expresión pero no entendía el motivo por el cual pareció decepcionada. Situé una mueca sobre mis labios sintiéndome un capullo al dañarla de alguna manera cuando la pelinegra solo estaba preocupada después de casi verme morir.

—Creo que no nos hemos presentado. —me interrumpió la rubia antes siquiera de poder abrir la boca para retractarme— Soy Lucy. Encantada.

Capítulo 30

Molly

Después de años en situaciones incómodas y sacadas de películas malas pocas eran las cosas capaces de sorprenderme, tal vez por eso me impactó tanto encontrar a la novia de Holden y a su cuñado entrando en la habitación con tanta confianza cuando era la primera vez que los veía.

Admito que sospechaba que algo pasaba entre el castaño y esa chica pero si tenía alguna duda por pequeña que fuera esta se había disuelto al verlos tratarse con tanto cariño. El apodo que usó el hermano de Lucy también fue de ayuda.

Un enredo extraño se enredó en la boca de mi estómago y no era una sensación precisamente agradable. No sabía muy bien si me había sentado mal el desayuno o la causa era otra pero estaba completamente segura que lo último que quería en esos momentos era permanecer de pie escuchándolo bromear mientras yo me limitaba a ser una mera espectadora. No pintaba nada allí.

—¿Y esta preciosidad quien es?

No sabía si agradecer porque se hubiera percatado de mi presencia o huir por el interés que habían adquirido sus ojos esmeralda. Era atractivo, desde luego que el rubio del que desconocía el nombre habría conseguido sonrojarme con sus masculinos rasgos de su rostro si no hubiese estado en esa incómoda situación y algo dolida por la respuesta de Holden.

—Solo una enfermera. —le respondí sintiendo la respuesta como verdad.

Dibujé sobre mi rostro una escueta sonrisa esperando que se conformara con eso mientras era incapaz de desviar la mirada de la pareja.

No entendía de lo que estaban hablando porque se debía tratar de una anécdota en la que por razones obvias yo no estaba incluida pero por las expresiones de su rostro deduje que tuvo que haber sido divertido. La chica se inclinó entonces hasta acercar peligrosamente su rostro al de Holden

consiguiendo tensarme casi al instante.

No puede hacer eso. No puede besarlo. Daba igual lo rápido que se cruzaran esos pensamientos por mi mente porque no podía hacer nada para evitarlo. ¿O sí que podía? Arrojé la posible vergüenza a un lado dando un paso al frente con la intención de alejarla amablemente del ojiazul con alguna excusa tonta. No sabía la razón pero quería evitar que sus labios se encontraran, no quería presenciar esa escena.

—¿Y esa enfermera tiene nombre?

Todo se quedó en un mísero intento cuando su amigo se interpuso en mi camino tapando de paso mi visión con su pecho. Quise fulminarlo con la mirada pero afortunadamente pude controlar mi instinto antes de que una mueca se formara en mi rostro.

No le di importancia al interés de su voz porque sabía exactamente lo que pensaba obtener de mí, me limité a devolverle la sonrisa de manera breve de manera educada con la esperanza de que se apartara de una vez. La indigestión de mi estómago estaba creciendo a pasos agigantados y no sabía cuánto tiempo iba a poder aguantar allí.

—Me llamo Molly.

—Molly, un nombre precioso. Yo soy Aaron.

Su tono de coquetería perdió toda mi atención cuando escuché un suspiro procedente de su espalda. Si teníamos en cuenta el tiempo en el que mi vista había estado privada podíamos encajarlo perfectamente con ese beso que no pude presenciar.

—Sabes que sí, Lucy.

Oírlo llamarla con tanto cariño en la voz fue más de lo que yo podía soportar, no estaba segura de poder permanecer más tiempo en esa habitación sin empezar a romper cosas por lo que me pareció una buena idea retirarme antes de que todo se saliera de control.

—Bueno chicos, os dejo aquí. Tengo trabajo que hacer. —me dirigí a todos pero solo Aaron parecía prestarme atención.

—Es una pena, esperaba poder hablar contigo un rato más.

—En otro momento será.

Sacudí la mano como despedida a pesar de saber que solo el rubio me estaba escuchando antes de salir por la puerta haciendo grandes esfuerzos por no dejarme caer contra la puerta nada más atravesarla. Sentía que mi estancia entre esas cuatro paredes había sido toda una lucha a pesar de su brevedad. Al menos podría distraerme trabajando.

—¡Molly! ¡Espera!

Me detuve a pesar que la voz que me reclamaba no era la que yo quería escuchar. Giré mi cuerpo lo justo como para no estar de espaldas esperando que captara la indirecta de que no disponía mucho tiempo. O al menos que no quería gastarlo allí.

—¿En qué puedo ayudarte?

Contaba con la ventaja de que apenas me conocía y para mi fortuna sonreír de manera forzada no era tan sencillo de descubrir como mis mentiras. Aunque puede que eso se debiera a que estas últimas eran verdaderamente penosas. No tanto como mi actuación de hacía unos minutos, por supuesto.

Ahora que ya había vuelto a mis cabales me daba cuenta de la forma más deplorable en la que había actuado. Si no lo hubiese sabido imposible habría jurado que por un instante me entraron celos. Pero eso no podía ser porque esos significaría que yo sentía algo por Holden más allá de una preciosa amistad y eso era completamente falso.

La verdad era que si mantenía sentimientos respecto a él porque más además de ser mi amigo, había sido mi primer paciente y eso le sumaba un aprecio especial. A lo largo de los años no había tenido muchas personas a las que ofrecerle mi amistad, más bien compañeros con los que quedaba de vez en cuando por lo que desconocía por completo si se podía sentir celos por un amigo sin desplazar los sentimientos a un ámbito romántico. Dada mi inexperiencia en esas cuestiones tampoco podía consultarlo con nadie.

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

Me alarmé al escucharlo detenerse abruptamente. Me había preguntado algo mientras que yo había estado perdida en mis pensamientos desde el primer momento y no tenía ni la más remota idea de que se suponía que tenía que decir. Permanecer en silencio no era una opción, tampoco pedirle que lo repitiera todo porque llevaba hablando unos cuantos minutos y no quería ofenderlo al haber estado ausente en todo momento. ¿Pero qué hacía entonces? Aaron permanecía callado mientras me miraba fijamente esperando una respuesta.

—Me parece bien. —respondí esperando que mis palabras encajaran con el propósito de su pregunta.

—Perfecto entonces. Volveré con Holden. Puedes pasarte por la habitación cuando acabes tu turno y saldremos a nuestra cita. Nos vemos.

Con una guiño juguetón se despidió antes de entrar a la habitación de nuevo mientras que mi cerebro todavía estaba procesando sus palabras.

—¿Nuestra qué?!

Aaron ya no se encontraba en el pasillo para poder escuchar mi exclamación pero no pude evitar soltarla de todas maneras. ¿Cómo que cita? ¿De qué estaba hablando ese chico? ¡Ni siquiera lo conocía! Me arrepentí entonces de no haberle prestado atención a sus palabras, de haberle respondido al azar y de haber aparecido en la habitación de Holden justo cuando ellos iban a visitarlo teniendo tantas horas en mi jornada laboral.

No podía creermelo en el lío en el que acababa de meterme solo por permanecer encerrada entre mis pensamientos. ¿Y cómo solucionaba yo esa situación? Podía hacerme la enferma pero fingir nunca se me había dado muy bien. Podría irme sin más pero Aaron parecía la clase de persona que te buscaría exigiendo una razón ante un desplante y sabía donde trabajaba. Fingir que tenía pareja para que perdiera el interés tampoco era una buena opción porque Holden podría desmentirlo.

Me propuse empezar a escuchar a la gente cuando me hablase porque no era la primera vez que me metía en una situación incómoda por andar perdida en mis pensamientos, aunque ninguna se asimilaba a aceptar una cita con el hermano de la novia de un chico especial para mí.

Me arrepentí hasta que algo llegó de un golpe hasta mi mente. Una idea tan retorcida y perfecta que de haber tenido una bombilla sobre la cabeza esta hubiese estallado en mil pedazos por la intensidad de la corriente. Aaron era el cuñado de Holden por mucho que ese adjetivo me desagradase y eso significaba que sabía muchas cosas interesantes de él que yo no. Por si fuera poco también poseía información de su hermana. Definitivamente iba a ir a esa cita.

Es por él, me dije, si realmente está enamorado de ella puede estar cegado y estar enganchado a una mala persona. Y yo no quería eso. Bajo ningún concepto. ¿Qué tenía de malo sacarle información a su hermano sobre Lucy para comprobar si esta era alguien digna del ojiazul? No le veía pegas por ninguna parte. Era perfecto.

Y así continuaron mis dos horas y media de rutina, dando cientos de razones para explicar lo beneficioso que podría ser para Holden que yo tuviera esa información sin encontrar ni un solo punto negativo. Cuanto más lo pensaba mejor plan me parecía. Lo único que tenía que hacer era mantener las distancias con ese tipo mientras dirigía la conversación por donde a mí me convenía y no darle falsas esperanzas.

Cuando finalmente acabó mi turno caminé hasta la sala de descanso con la

intención de adecentarme un poco. Debo de admitir que ese pensamiento fue producido por el deseo de aparentar que la aparición de cierta chica no me había afectado en lo más mínimo. Tal vez, y solo tal vez, una pequeña parte de mí quería atraerle a Holden aunque fuera por un instante. Los uniformes de enfermera eran muy prácticos y cómodos pero carecían completamente de atractivo.

Ese día me esmeré más de lo habitual a la hora de volver a mi ropa de calle. Tenía que agradecer haber elegido unos vaqueros decentes aquella mañana y ese sentido previsor que me había obligado a mantener una camiseta de recambio en mi taquilla por si algún día ocurría algún accidente. Era una de esas prendas que te favorecía la miraras por donde la miraras por lo que no dudé en cambiarla por la que llevaba en ese momento. Afortunadamente esa mañana había decidido recogerme el pelo en una coleta así que al retirar la gomilla no me resultó muy complicado arreglar mi melena para que no pareciera que acabara de salir de un huracán. Pellizqué mis mejillas para que adquirieran algo de color y repasé mis labios con un suave brillo color rosa pálido sintiéndome preparada.

Me miré en el pequeño espejito que había en la taquilla satisfecha con el resultado. La determinación que mostraba me hacía brillar más que ninguna otra prenda o cosmético, estaba decidida a ir a por todas y nada me iba a parar.

Me encaminé hacia la habitación repasando mentalmente algunas preguntas con las que podría sacarle sutilmente información a Aaron sin que se percatara. Resoplé mientras avanzaba por los pasillos, esperaba de todo corazón que todo saliera bien.

No me molesté en tocar con los nudillos antes de abrir la puerta, simplemente la empuje hasta acceder a la habitación. El repentino movimiento atrajo los tres pares de miradas al instante pero no por eso dejé tambalear mi expresión. Dibujé una pequeña sonrisa sobre mis labios como saludo mientras caminaba hasta mi cita intentando ignorar a la pareja.

Una mirada se clavó en mi nuca con tanta intensidad que no pude resistir la tentación de echarle una mirada de reojo a Holden. Mala idea, sus ojos me anclaron a él sin que yo pudiera hacer nada para remediarlo. No había pegado un gran cambio pero a juzgar por la mirada en la que no podía apartar su vista mientras me analizaba una y otra vez cualquiera hubiese jurado que había cambiado hasta de color de pelo. No me disgustó todo lo que sus gemas celestes me transmitieron en ese momento.

—¿Quién podría imaginar que podrías ser todavía más hermosa?

Giré la cabeza interrumpiendo nuestro contacto visual para darle un empujoncito con el hombro a Aaron como respuesta a su comentario. Por un segundo se me había olvidado que no estábamos solos en la habitación.

Un carraspeo a mi espalda me impidió contestarle cosa que agradecí porque estaba demasiado centrada en cierta mirada como para poder formar una frase coherente.

—¿Quieres un refresco de limón? Seguro que eso te refresca la garganta.

Esa simple frase fue como una especie de revelación para mí que me sacó de mis mundos de fantasías por completo. La chica que le sonreía a Holden existía. Le conocía. Era querida por él. Y eso era algo que yo no podía cambiar.

—Hay una máquina al fondo del pasillo pero te recomiendo que vayas a la del piso de abajo. Tiene mejores marcas.

Puede que una pequeña parte de mi comentario se debiera a que necesitaba que tomasen distancia durante al menos unos minutos. Realmente había una máquina en el piso de abajo pero los refrescos eran más bien parecidos.

—Estupendo. Ahora vuelvo.

Se retiró sonriendo dejando tras de sí un incómodo silencio que ninguno de los tres sabía como rellenar. Tal vez debería insinuarle a Aaron que deberíamos irnos de manera disimulada.

—¿Italiano o japonés?

Retuve mi mirada fulminante solo porque sabía que no podía herirlo pero realmente quise golpearlo contra una pared. ¿Cómo tenía el poco tacto de soltarlo delante de Holden? Notaba la mirada interrogante del ojiazul clavaba en su amigo intentando averiguar si la pregunta iba dirigida a él o cuál era el propósito de esta.

—Mmm, me gustan los dos realmente. —contesté aparentando estar calmada.

—Entonces habrá otro tipo de comida que te guste más.

—Hace mucho que no como en un tailandés.

—No es mi comida favorita, —admitió elevando los hombros —pero si quieres que nuestra cita sea ahí no me importa.

Ay rayos.

La cabeza de Holden giró con tanta brusquedad que por un momento temí que se hubiese roto el cuello. Se acomodó sobre la cama levantándose ligeramente mientras que situaba una mirada amenazante en su rostro que

hubiese asustado a la persona más valiente.

—¿Vuestra qué?

Capítulo 31

Molly

Aaron dedicó unos segundos a mirarlo de manera extraña sin entender su actitud mientras que yo me limité a ignorarlo al estar acostumbrada a sus bruscos cambios de humor. Había pocas cosas que no enfadaban a Holden y su mente era demasiado compleja como para que yo intentase descifrarla.

—Le he pedido una cita hace un rato y ha aceptado.

—Molly. —a pesar de que su tono era calmado cuando me llamó a mí no me engañaba. Estaba haciendo un penosos intento por controlar esa ira que se podía apreciar a simple vista con echarle una mirada rápida a su tensa musculatura —¿Puedes, por favor, explicarle a este idiota que te ha entendido mal y que no has aceptado tener esa cita con él?

—Pero la cosa es que sí que lo he hecho.

Sus ojos se clavaron al instante sobre mi rostro, agradecía que no hubiese movido el cuello también como hacía unos instantes. Su mandíbula se tensó al resultarle más complicado ocultar su ira con mi respuesta. Estaba cabreado. No sabía por qué, pero lo estaba.

—Creo que el que lo está entendiendo mal soy yo. ¿Qué coño está pasando aquí?

—Voy a salir con él, no es la gran cosa.

—Es un idiota, piénsatelo bien.

—Sigo aquí. —intervino Aaron mirándolo mal por el insulto.

—¿Es porque ha insistido demasiado?

El ojiazul no parecía rendirse mientras busca alternativas ilógicas. Comprendía que le pudiese resultar extraño porque al fin y al cabo yo solo había aceptado porque necesitaba saber más cosas sobre su Lucy para poder protegerlo correctamente, además de por mi despiste claro está. Mi excusa sonó estúpida en mis pensamientos pero no por eso cambié mis planes. Pensaba seguir hasta el final y no me importaba que Holden pudiera

molestarse al pensar que podría quitarle a su amigo.

—Es porque una buena cena y un chico atractivo me parecen un plan genial para esta noche.

A juzgar por su mirada debería haberme callado este último adjetivo hacia Aaron. Él tenía una sonrisa de suficiencia en el rostro halagado por mis palabras por mucho que ya lo supiera pero por el contrario el chico de la camilla tenía el rostro tan contraído que temí que se rompiera un diente por la presión que estaba ejerciendo sobre su mandíbula.

—¿Ves, colega? Soy irresistible.

Quise pegarlo en ese momento, el ambiente ya estaba lo suficiente caldeado como para que él siguiera arrojando leña al fuego. Nada bueno iba a salir de allí como no hiciera algo. Me pareció prudente calmar a Holden como primer paso, no haríamos nada si este se enfurecía de verdad y ya tendría tiempo después para callar al bocazas de su amigo. Aunque no parecía que le cayera precisamente bien a juzgar por su mirada.

—Ya he vuelto. Espero no haber tardado mucho.

Nunca, pero nunca, hubiese imaginado que la presencia de Lucy podría llegar a alegrarme tanto. Seguro que con ella allí los dos tontos se tranquilizarían aunque fuera por guardar apariencias ante su hermana y novia. No me gustaban las razones de su silencio pero no por eso lo aprecié menos.

—Aquí lo tienes. Lo he cogido de la marca que te gusta. —explicó la chica extendiendo la lata hacia Holden mientras que este la cogía sin demasiada emoción.

—Gracias.

—De nada, cielo.

Vale, una cosa era que estuviera agradecida por su intrusión y otra muy distinta era que estuviese dispuesta a soportar una escena de cariñitos entre ellos.

—Se nos está haciendo muy tarde, deberíamos irnos. —comenté mientras observaba la hora de mi teléfono como si realmente me importara.

—Completamente de acuerdo.

—¿Os vais juntos? —preguntó extrañada su hermana al ver como ambos nos íbamos al mismo tiempo.

—No te lo vas a creer, pero esta preciosidad ha aceptado una cita conmigo.

Por si su respuesta dejase alguna duda por pequeña que fuera Aaron decidió darle mayor veracidad a sus palabras pasando una mano por mi cintura con la intención de tirar de mí hasta colocarme contra su pecho.

—Genial, me alegro por vosotros.

Tras las despedidas de cortesía y una sonrisa más falsa que un billete de tres dólares por mi parte, nos dirigimos los dos hacia la salida sin que retirara su mano de mi cintura. Le hubiese exigido que se apartara si no hubiese estado tan desesperada por abandonar esa habitación cuanto antes. Solo quería tomar distancia y entonces ese extraño amargor que recorría la boca de mi estómago cuando los veía juntos se iría. Desafortunadamente sus voces todavía eran audibles porque apenas nos separaban unos pasos de la puerta y esta se encontraba abierta.

—¿No crees que hacen una bonita pareja? —en vez de una respuesta por su parte se escuchó algo estallar y como Lucy chillaba. —¡Holden! ¡Has reventado la lata! ¿Por qué la has apretado tan fuerte?

Dejé escapar un pequeño suspiro cuando sus voces se opacaron por las demás al alejarnos de la habitación. Nos mantuvimos en silencio a la espera del ascensor mientras que me sentía emocionalmente agotada. A veces las situaciones me eran más difíciles de llevar de lo que parecían desde fuera.

Aaron retiró con lentitud su mano de mi cintura haciéndome un gesto para pasar primero cuando el ascensor abrió sus puertas. No extrañé su contacto ni por un instante, aunque eso era algo que no me sorprendía porque en circunstancias normales no me solía pasar. Y con circunstancias normales me refería a cuando no estaba Holden de por medio.

—¿Tailandés entonces?

—Podemos comer en un italiano, a mí no me importa.

—Pero tú dijiste...

—Una cita es de dos personas. —le interrumpí casi sin pensarlo—No tiene sentido que comas algo que no te gusta solo por impresionarme cuando puedo comer perfectamente un plato de pasta.

Aaron me miró entre sorprendido y agradecido durante unos segundos mientras yo observaba como descendía el número rojo que indicaba en que piso estábamos antes de que dirigiera la mirada al suelo y soltara una pequeña risa que no supe interpretar.

—Es un cabrón con suerte. —murmuró para sí mismo.

—¿Qué?

—Nada. Salgamos.

Aprovechó que las puertas acabaran de abrirse para salir con velocidad escapando, literalmente, de mi pregunta. Le seguí aceptando dejar el tema a un lado poniéndome a su altura en unos segundos. Esperaba que no pretendiera

darme esquinazo caminando deprisa porque después de algunos turnos ejerciendo mi profesión a caminar a la velocidad de la luz no me ganaba nadie.

—Cuéntame. ¿En qué trabajas? —lo observé preguntándole en silencio si era una broma o lo estaba preguntando en serio mientras lo dejaba abrirme la puerta de copiloto de un todoterreno negro— Estoy bromeando, no me mires así.

—¿Qué hay de ti?

—Trabajo con Holden.

Ahora sí que me interesaba la respuesta a pesar de que la había formulado intentando obviar su pésimo intento de broma. Nunca me lo había planteado, ¿en qué trabajaría el ojiazul? ¿Sería algún trabajo manual? Me sonrojé solo de imaginármelo con solo un pantalón cubriendo su cuerpo mientras partía leña, mientras se quitaba la grasa de la cara con la respiración agitada por el esfuerzo o mientras arreglaba algún estropicio de cualquier tipo. Sabía que no estaba siendo realista pero era casi imposible controlar a mi imaginación ante tal abanico de posibilidades

—Eso no responde a mí pregunta.

—¿Te ha contado esa vez que nos fuimos los tres de camping? —preguntó ignorándome por completo— Pasamos dos semanas enteras organizándolo todo para que estuviera perfecto. Hasta compramos sacos de dormir porque los que teníamos eran muy viejos. Fuimos en una furgoneta y tardamos seis horas en llegar al lugar. Había mucha gente pero como hicimos una reserva por internet no hubo problema con el espacio.

—¿Y qué pasó entonces? —cuestioné aceptando su cambio de tema. No era lo que quería escuchar pero me estaba contando una anécdota sobre Holden y no iba a ser yo quien lo interrumpiera.

—Que nos olvidamos la tienda de campaña en casa.

—¡No puede ser!

—Todos creíamos que otro la había cogido y al final se quedó encima de la mesa de la cocina. Holden tuvo que hacer una especie de casa hecha de ramas de palmeras junto a un árbol. No era la gran cosa pero al menos teníamos una especie de refugio. Menos mal que teníamos los sacos. Fue la peor excursión de fin de semana de la historia. Holden estuvo quejándose todo el camino de vuelta. Las seis horas.

Aaron condujo con tranquilidad sonriendo al recordar las graciosas historias de los momentos que habían pasado juntos. Agradecía que en las

historias que me contaba estuviera incluido el ojiazul. Irse con él de vacaciones tenía que ser toda una locura a juzgar por todas las situaciones que les habían ocurrido.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Dispara. —respondió deteniéndose en un semáforo.

—¿Por qué le tiene miedo Holden a las agujas? Sé que no tiene mucha familia. ¿Pasó algo grave?

Aaron situó una mueca en su boca dándome una mirada de reojo. No estaba seguro de si era buena idea contestarme a juzgar por la indecisión que brillaba en su mirada. No aparté la vista de él a pesar de eso, esperando con impaciencia una respuesta.

—Él... él no lo ha tenido fácil. Su madre se fue de casa cuando era pequeño porque se quedó embarazada de su amante. Cuando su padre se enteró de la razón empezó a beber. Llegó un punto en el que eso no fue suficiente y le siguieron las drogas. Después de darse cuenta de que no iba a parar Holden se fue de casa con dieciséis. Su padre se inyectaba dosis de morfina, por eso odia las inyecciones.

Arrancó de nuevo cuando el semáforo cambió de color dando por finalizada la charla. Con una mueca desvié la mirada hasta la ventanilla. Podía comprender el dolor de observar cómo cambia a un padre, de verlo convertirse en un desconocido cuando antes fue tu héroe.

Tan solo diez minutos después aparcó el todoterreno en una plaza no muy pequeña enfrente de un discreto restaurante italiano que no tenía mala pinta. Definitivamente no me iba a ir a la cama con hambre a juzgar por los platos que se podían vislumbrar a través del escaparate.

Estaba dispuesta a salir cuando su mano me retuvo, me encontré con un semblante serio contrario a todo el camino de bromas por lo que me mantuve callada en mi sitio esperando que se explicara.

—Tengo que confesarte algo.

—Tú dirás. —me giré para estar enfrente suya.

—No estoy interesado en ti y sé que tú tampoco lo estás en mí.

—¿Entonces por qué me has invitado a cenar?

—Hay algo que tienes que saber sobre Holden.

Capítulo 32

Holden

Podía intentar engañarme diciéndome que los problemas que tuve aquella noche para dormir se debían a causas desconocidas pero sabía con exactitud que ese repentino insomnio no se debía a otra cosa que a la cita de esa noche. Me resultaba irónico, ni siquiera había formado parte de aquella cena de ninguna manera y sin embargo había sido yo el privado de mi sueño.

—Hola, colega. ¿Qué te cuentas?

—¿Aaron? ¿Qué haces aquí? Sabes que ayer fue un caso especial, no puedes aparecerte por aquí siempre. Puede verte en cualquier momento y...

—Holden, relájate. A mí no me conoce, ¿recuerdas?

Resoplé dándole la razón en silencio mientras me dejaba caer contra la almohada. No haber pasado una buena noche perjudicaba a mi agudeza mental y por un instante había ignorado ese dato. La situación tampoco era muy favorecedora para mi salud mental, llevaba demasiado tiempo encerrado entre las paredes de esa habitación y si no hubiese sido por cierta pelinegra estaba seguro de que hubiese mandado el plan a la mierda al tercer día. Puede que incluso antes.

—Supongo que no importa que vengas. Pero no traigas a Lucy, ¿de acuerdo?

—Tranquilo, colega. Soy el último que quiere ponerla en peligro.

—¿Qué es lo que necesitas?

—¿A qué te refieres? ¿Es que no puedo visitar a mi mejor amigo porque sí?
—acusó llevándose una mano al pecho de forma dramática.

—Aaron, ¿a qué has venido?

Entrecerré los ojos en su dirección intentando descifrar sus intenciones cuando se limitó a soltar una risa maliciosa como respuesta. Lo conocía perfectamente y aquella expresión canalla no podía significar nada bueno.

Analizando sus intenciones, o al menos intentándolo, me percaté de una

pequeña marca sobre la mejilla parecida a un arañazo que no tenía el día anterior. Me alarmé antes de obligarme a mantener la calma ante la posibilidad de que hubiesen podido atacar a Molly mientras cenaban en algún restaurante. La herida no parecía profunda, apenas era una especie de arañazo ligeramente rojo de esos de los que apenas te percatas al no ser que le prestes atención.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—¿Te refieres a mi belleza habitual? —bromeó llevándose una mano al mentón.

—Me refiero al arañazo que tienes en tu mejilla.

—Ah, te referías a eso. Se podría decir que Molly es más salvaje de lo que me esperaba.

Si no fuera por ese autocontrol al que tanto aprecio tenía mi puño hubiese impactado contra su otro pómulo para hacerle juego a la herida del lado derecho. Verlo reírse de aquella manera tan pícaro me impulsó hasta mis límites.

No podía haber tocado a Molly, era imposible. No iba a permitir ni siquiera imaginarme una cosa así. ¿Aaron con la inocencia de la pelinegra? Ni en mis peores pesadillas podría imaginar algo peor. Se me formaba un desagradable nudo en el estómago ante la sola posibilidad de que eso pasara. Seguro que su golpe tenía una razón más coherente a ellos dos en la cama y yo iba a descubrirla. Costase lo que costase.

Ignorando mi demacrado aspecto por la falta de sueño me incorporé rápidamente sobre la cama quedando sentado esperando ganar unos centímetros con eso para posteriormente agarrar con brusquedad el cuello de su camiseta. No me importó que pudiera romperle esa prenda por usar la fuerza en exceso porque estaba demasiado centrado en tirar de ella para que su cara quedara a mi altura.

—Como le hayas tocado un solo pelo...

—Créeme, colega. —se cachondeó sin ser consciente de lo mucho que me estaba costando no partirle la cara —Hice mucho más que tocarle un simple pelo.

Estaba buscando que le soltara un puñetazo y yo no pensaba oponerme a su deseo. Le atraje más a mi altura para poder alcanzarlo sin problemas mientras fantaseaba con como se vería su cara con un bonito color morado en ella. Alcé el puño apretándolo con fuerza cuando decidí en que zona iba a impactarlo.

—¡Holden, para! ¿Qué estás haciendo? ¡Suéltalo!

Inconscientemente desvié mi cabeza hacia el sonido de su voz a pesar de no soltar su camisa. Necesitaba darle una lección para que borrara esa estúpida sonrisa de su rostro y a pesar de ser mi amigo no pensaba poner reparos en hacerlo de un golpe. Claro que el poder de atracción de la pelinegra era más poderoso de lo que hubiese pensado en un principio.

—Ya está bien. Suéltalo.

Ahora que lo tenía justo donde lo quería no pensaba soltarlo sin darle un escarmiento pero mis manos se dejaron embelesar por la firmeza de su voz y acabé liberándome de mi agarre desmintiendo mis pensamientos.

—¿Estás bien?

Me costó decidirme entre cual de las dos cosas me molestó mal, si que esas palabras no estuvieran dirigidas hacia mí o que le estuviera mirando con tanta preocupación. Iba a matarlo. Cuando Molly se fuera, por supuesto, pero iba a matarlo.

—No te preocupes preciosa. Holden ladra mucho pero no muerde.

Decidí que esperar no tenía demasiado sentido cuando Aaron pasó una de sus manos por su cintura atrayéndola hacia él como el anterior como si tuviera alguna clase de derecho a hacerlo. ¿Cómo? ¿Cómo se atrevía a poner sus manos sobre ella?

Mi límite se vio sobrepasado cuando no se quedó conforme solo con tenerla pegada a su cuerpo y decidió inclinarse sobre ella mientras rozaba su mejilla con uno de sus dedos. Tendría que pasar por encima de mí antes de pensar siquiera que podría poner sus labios sobre los de ella en mi presencia por muy poco tiempo que fuera.

—Suficiente.

Aproveché su cercanía sobre mi camilla para inclinarme en su dirección y envolver con mi mano su codo con la intención de separarla de él. Era verdaderamente estúpido si creía que iba a besarla delante de mis narices. Por eso mismo con un tirón delicado para no ocasionar ningún daño en Molly la atraje hasta mí.

Al menos esa era la idea que tenía en un principio. Tal vez si hubiese tenido en cuenta lo despistada que se encontraba Molly esta no se hubiese tropezado al atraerla a mí. No se me pasó por la cabeza quejarme de los resultados ni un solo segundo porque gracias a ese factor sorpresa podría disfrutar de la pelinegra sentada sobre mi regazo con un sonrojo que la hacía ver adorable. Sentí que ese era el sitio al que ella pertenecía y que no debería estar en ningún otro lugar.

—Cuéntame Molly. —aproveché su turbación esperando que eso me facilitara una respuesta. —¿Pasó algo importante ayer para que ahora tengáis esas confianzas?

—¿Eh?

—¿Ocurrió algo importante?

—No, que va. Solo pasaron cosas normales de las que no son importantes. Todo anti-importante. Así fue nuestra cita.

No necesitaba más que su atropellado intento de justificación o que su risa nerviosa pero por si alguna casualidad tenía algún mínimo resquicio de duda respecto a que me estaba mintiendo esta quedó enterrada cuando un suave color rojo cubrió sus mejillas.

Empecé a ser yo el que se pusiera rojo aunque nuestros motivos eran bastantes diferentes. Iba a matar a ese cabrón por haberla tocado. Pensaba matarlo lenta y dolorosamente después de torturarlo de todas las maneras posibles. ¿Cómo diablos se atrevía a intentar algo con ella? ¡No podía hacer eso! ¡No con ella!

Joder. ¿Qué pasaba si realmente se habían gustado? ¿Qué mierdas iba a hacer yo si realmente habían empezado a salir? Siempre había pensado que era una persona con una gran fortaleza pero estaba seguro de que no podría soportar verlos comportarse como una pareja feliz. ¡Una mierda! ¡Tendría que pasar por encima de mí primero si ese idiota quería estar con Molly!

—Dejando eso de lado. —interrumpió la pelinegra intentando aparentar calma— Esta vez no he venido solo para ver como estás. Tengo algo para ti.

Una sonrisa escaló por mis labios al instante pensando que ella me había traído algo. Hubiese elevado las cejas de forma burlona hacia Aaron si ella no hubiese estado delante. *¡Toma esa, idiota! ¡Me ha traído algo a mí! ¡A mí!* Visto desde fuera podía resultar un comportamiento infantil como poco pero eso no frenó mi estado pletórico.

Eso no lo hizo pero sí lo que me entregó. No me importaba realmente su regalo, hasta una simple flor me habría encantado pero lo que me entregó no era lo que me esperaba. Una carpeta color crema que a juzgar por su peso tenía unos papeles dentro. Se me vino el ánimo abajo. No sabía lo que era pero tenía claro de que no se trataba de un regalo para mí.

—Los vas a necesitar para la semana que viene. —explicó al verme confundido. —Son los papeles para tu alta.

—¿Mi alta?

—Eso es. Enhorabuena, sé que la esperabas desde hace bastante. Tengo que

irme ahora, pero en unas horas vendré a por ella.

La pelinegra dejó la habitación tras despedirse de nosotros mientras que me debatía entre alegrarme por poder poner el plan en marcha y largarme de allí o enfurecerme porque en unos días Molly dejaría de estar en mi vida.

—¿Quién lo diría? Tú la conociste primero pero voy a ser yo quien se quede con ella después de todo esto.

Definitivamente iba a matarlo.

Capítulo 33

Molly

Una vez fuera del radar de Holden dejé caer esa máscara de falsa emoción por su alta. Por supuesto que me alegraba que el ojiazul se recuperara y no podía evitar emocionarme con él al concederle algo que tanto ansiaba, pero a otra pequeña parte de mí le dolía saber que no volvería a verlo.

A pesar de no llevar mucho en mi vida de alguna manera se había vuelto algo indispensable en mi día a día a tal punto que incluso me planteaba visitarlo en mis días libres porque sentía que algo faltaba en ellos si él no estaba allí para soltar algún comentario sarcástico.

Sacudí la cabeza despegándose de la pared intentando mentalizarme, sabía desde un principio que Holden no iba a quedarse en el hospital para siempre y tenía que hacerme a la idea de que se tenía que ir. Aunque la idea me resultara insoportable. Maldije a Aaron mentalmente, si tan solo no me hubiese contado eso de él todo sería más sencillo.

—Preciosa, espera.

Frené el inicio de mis pasos ante su llamado mientras me giraba esperando a que llegara a mi altura. Me resultó gracioso que apareciera justo cuando lo estaba maldiciendo por lo que la sonrisa con la que lo saludé contenía parte de mi diversión.

—¿Qué ocurre?

—Nada en realidad, pero necesitaba una excusa para salir de la habitación.

—No te entiendo. —confesé apoyándome en la pared.

—Aprecio demasiado mi cara como para quedarme en una habitación a solas con Holden después de nuestra conversación.

—¿Cómo lo consigues molestar tanto? Siempre tiene mal carácter pero hasta ahora nunca lo he visto amenazar a nadie.

Bueno, técnicamente hablando mis palabras eran ciertas porque aunque sabía que el ojiazul se había pasado a hacerle una visita poco amigable a mi

padre yo no estaba presente en ese momento.

—Digamos que he encontrado su punto débil.

No entendí porque le brillaron los ojos de manera traviesa en ese momento pero ignoré ese hecho cuando mis ojos se desviaron sin querer hacia la herida que le había causado el día anterior con el anillo. Mientras trabajaba nunca lo llevaba porque me resultaba incómodo pero al salir siempre me lo ponía.

—Espero que hayas desinfectado esa herida. —amenacé en tono profesional a pesar de ser yo la causante.

—Supongo que eso significa que no debería esperar una disculpa por tu parte.

—No pienso disculparme, te merecías mucho más que un simple puñetazo.

—Ya te dije que lo hice porque...

—Entiendo tus motivos. —le interrumpí separándome de la pared para lanzarle una mirada seria. —Pero eso no significa que los comparta. Pienso que había más opciones.

—Supongo que ya es un poco tarde para los arrepentimientos. ¿Estás segura de que quieres seguir con esto? No tienes porque hacerlo.

—Claro que tengo que hacerlo.

Aaron negó con la cabeza mientras rodaba los ojos antes de darme la espalda llevándose una mano a la cabeza dándome por perdida. Habíamos estado discutiendo por esa misma razón la noche anterior y si no consiguió hacer que abandonara mi idea en ese momento no lo iba a hacerlo tampoco en ese momento. Estaba dispuesta a correr el riesgo sin importarme las consecuencias.

—No es cierto. Tú no tienes nada que ver en esto.

—Se trata de Holden. Voy a intervenir quieras o no.

—Está bien. —accedió tal y como la noche anterior elevando las palmas de sus manos a modo de rendición. —¿Quién lo diría? Con lo dulce que pareces eres una cabezota sin remedio.

—Solo con las cosas importantes.

—Recuerda lo que tienes que hacer. No dudes o todo se irá a la mierda, ¿entiendes? Tienes un papel, no te olvides de cumplirlo.

—Puedes contar conmigo.

Aaron se despidió con un asentimiento algo serio para su carácter antes de volver a entrar en la habitación de Holden. Esperaba que este último se encontrara más tranquilo porque si no el siguiente paciente al que tendría que atender sería al rubio.

Me encaminé hacia urgencias haciendo un pésimo intento de ignorar esos pensamientos que no paraban de bombardearme con todas las complicaciones que podrían tener mis acciones. Nunca se me había dado demasiado bien mentir y el ojiazul parecía tener una especie de radar con el que adivinaba mis intenciones a la primera. Ocultárselo todo iba a resultar realmente agotador. Solo esperaba que mi capacidad de ocultar información no fuera tan nefasta como la de modificar la verdad porque entonces Aaron y yo estaríamos metidos en problemas. Él por contarme la verdad y yo por entrometerme.



A pesar de que habíamos pasado la fase de llamar a la puerta hace tiempo mis nudillos chocaron un par de veces contra la puerta anunciando mi llegada. *Vamos, tú puedes Molly, recuerda como tienes que actuar* me autoanimé esperando que eso me diera las fuerzas necesarias.

No estoy demasiado orgullosa de admitir que por unos instantes la idea de mandar a alguien en mi lugar a recoger los papeles del alta de Holden se me pasó seriamente por la cabeza pero acabé descartándola casi al instante siendo consciente de que solo sería huir de la realidad.

—Seas quien seas, no me jodas. Estoy ocupado.

Ni hice el amago de fingir una mínima sorpresa por su contestación porque en el fondo sabía que me iba a encontrar con algo parecido. Respiré hondo antes de poner la expresión más seria que pude dándome ánimos mentalmente. Abrí con suavidad la puerta adentrándome a la habitación para a continuación volver a cerrarla a mi espalda.

Que empiece la función.

—Pero si eres tú. ¿Desde cuándo llamas a la puerta?

—Vengo a por los papeles del alta. —le informé ignorándolo a conciencia mientras intentaba no desviar la mirada de sus gemas azules.

—No los he rellenado todavía, te faltó darme un bolígrafo.

Quise pegarme una torta mental ante un despiste tan tanto. Con todo el revuelo entre Aaron y Holden se me olvidó por completo. Rebusqué con tranquilidad entre los bolsillos de mis vaqueros razonando con lógica que si la primera vez lo traje conmigo para entregárselo el bolígrafo tenía que encontrarse en alguna parte.

Lo encontré y dudé un instante al dirigirme como reflejo hacia su mano. No podía correr el riesgo de sentir como sus dedos rozaban mi piel porque entonces no sabría controlarme y todo acabaría viniéndose abajo por lo que

deposité el utensilio sobre la mesita de al lado de su cama para que pudiera cogerlo sin que hubiese contacto directo entre nosotros.

—Volveré en un rato.

—Espera, no hace falta que te vayas. Puedes esperar en el sillón, —lo señaló con el bolígrafo— solo tardaré un momento.

—Estoy bien aquí. —accedí a medias.

Le sostuve la mirada a pesar de lo mucho que me costó no desviarla. Pude apreciar en el momento exacto en el que llegó a la conclusión de que algo extraño estaba sucediendo conmigo porque su ceño se frunció disconforme mientras que se inclinaba ligeramente en mi dirección.

—¿Qué te ocurre? Estás actuando muy rara.

—No sé de que estás hablando.

—No intentes engañarme. Te conozco y por alguna razón estás guardando las distancias conmigo. ¿Qué ocurre Molly?— me mantuve en silencio dudando durante unos instantes que él aprovechó— Sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad?

Su mirada era tan sincera que tuve que reunir todas mis fuerzas para no confesárselo todo del tirón. No podía contárselo porque posiblemente acabase odiándome pero esconderle cosas a Holden era mucho más complicado de lo que había supuesto en un principio. No quería ocultárselo, pero tampoco que supiera la verdad.

“Recuerda lo que tienes que hacer. No dudes o todo se irá a la mierda, ¿entiendes? Tienes un papel, no te olvides de cumplirlo.” Las palabras de Aaron lograron centrarme al instante. No lo estaba haciendo por egoísmo sino por una causa mayor, necesitaba mantenerme fuerte.

—No me ocurre nada, son imaginaciones tuyas.

—A mí no Molly. A mí no trates de engañarme. —me detuvo cuando me disponía a salir de la habitación.

Viendo que negarlo estaba sirviendo de más bien poco intenté enfocar de otra manera con la cual Holden se quedase satisfecho, o al menos dejase de insistir. Recordé entonces la preocupación que me recorrió cuando Aaron me dijo que tenía que contarme algo importante sobre él. Dudé. Dudé porque sabía que si me tiraba un farol todo podría venirse abajo pero tampoco tenía muchas más opciones.

—Aaron me contó ciertas cosas sobre ti ayer y necesito un tiempo para procesarlo.

—Que capullo. —insultó más para sí mismo que para mí— ¿Cómo coño se

le ocurre contarte lo de la extorsión?

—¿Lo de *qué*?

Capítulo 34

Holden

MI cuerpo se paralizó al escucharla como si de alguna manera eso me hiciera retroceder en el tiempo para borrar esas palabras de mi boca. No lo sabía y eso solo podía significar que lo que Aaron le había contado era algunos de mis problemas menores. Joder. Si eso la había conseguido alejar de mí, ¿qué mierdas se supone que iba a pasar cuando se enterara de esto?

Me llamé estúpido de todas las maneras posibles. Nunca me hubiese esperado que ella se estuviese refiriendo a otra cosa. Mierda. ¿Cómo? ¿Cómo salía yo de esa situación? Porque si algo tenía claro era que Molly no era esa clase de personas que dejaba pasar las cosas si se lo pedías. No al menos cuando estas involucraban un tema importante.

—Lo de la excursión. —mentí esperando que lo tragara. —Pienso matarlo como te haya contado la vez que tuve que...

—Te he escuchado perfectamente.

—¿Estás segura? Porque yo juraría haber dicho...

—¿Qué hiciste, Holden? No creas que puedes mentirme.

—Está bien. —accedí al ver la seriedad de su rostro. —Sí que he dicho extorsión, pero es un tema muy incómodo para mí. No me gusta hablar de eso.

—Es una pena porque vas a hacerlo igualmente.

—Si te hace sentir mejor pensar eso. —me encogí de hombros restándole importancia.

—Holden Foster vas a explicarme que es eso de la extorsión y vas a hacerlo ahora

La pelinegra podía ser una de las personas más dulces haciéndola ver adorable pero para mi desgracia en ese momento parecía más bien estar a punto de soltarme cuatro voces. No podía culparla porque sin más información de la que tenía que estuviera preocupada era algo normal. Porque lo estaba. Podía verlo en sus ojos, daba igual lo tensas que parecieran sus palabras.

Por otra parte, tendría que hablar seriamente con ella acerca de eso de usar mi apellido de manera amenazante porque estábamos en desigualdad de condiciones. Ella conocía hasta mi grupo sanguíneo y yo tenía suerte de saber como se llamaba. Definitivamente tenía que remediar eso. Pero aquel no era un buen momento.

—Suenas como una madre.

—Holden. —me llamó de manera amenazante.

—Te lo contaré, pero quiero algo a cambio.

Sabía perfectamente que iba a acabar contándose ya fuera en ese momento, en unas horas o dentro de tres días. Estaba seguro de que acabaría cambiando de táctica al ver que no surtía efecto para conseguirlo y no me hacía falta saber el futuro para adivinar que acabaría soltándolo todo si ponía la mueca correcta. Fue por eso por lo que decidí adelantarme a los acontecimientos y beneficiarme de la situación.

—¿El qué?— preguntó entrecerrando los ojos de manera desconfiada.

—Quiero que me cuentes qué es lo que está ocurriendo entre Aaron y tú.

—No digas tonterías, no pasa nada entre nosotros.

Adoraba esa inocencia que adquiría su rostro cuando se coloreaba de rojo pero no por eso me gustó que ocurriera en ese momento. Sus nervios la delataban pues ni siquiera era capaz de mantenerme la mirada mientras hablaba. Necesitaba saber que estaba ocurriendo entre ellos, si iban en serio o por el contrario todavía podía solucionarlo. No. Pensaba arreglarlo fuese como fuese. Ella no podía estar con Aaron. No podía.

—Entonces no te importará contármelo, ¿verdad?

—Está bien. —sonreí de manera triunfante. —No me lo cuentes entonces. Pero acabaré enterándome.

¿Había escuchado bien? ¿Se había negado? Era libre de tener que darle una respuesta a esa incómoda pregunta y en vez de sentirme encantado por haber sido capaz de desviar su atención me encontraba jodidamente molesto. ¿Tan lejos estaban llegando ellos que no podía enterarme? Me daba absolutamente igual todo, no pensaba dejar que se fuera sin saberlo.

—¿Estás saliendo con él?

—No estoy saliendo con él.

Y se sonrojó. Malditamente se sonrojó. ¿Cómo demonios habíamos llegado a esa situación? A Aaron lo conocía de tan solo unos días y ya había conseguido más que yo en semanas. Y lo odiaba por eso. Por eso y por la desagradable sensación que se formaba en la boca de mi estómago cuando la

veía sonreír en su dirección como si yo no estuviera delante.

—Me estás mintiendo. —acusé totalmente seguro de mis palabras.

—No es verdad. No estamos juntos.

—¡Te has sonrojado! ¡Te sonrojas cuando mientes!

—Hay más cosas por las que me puedo sonrojar. Cuando lo has dicho me lo he imaginado y...

Mierda. Lo último que me faltaba en ese momento era que la pelinegra se pusiera a fantasear en tener una relación con el rubio. No sabía que había ocurrido en esa cita pero Aaron la tenía engañada de una manera exagerada y no podía conseguir que la situación se siguiera descontrolando. Mi ira se incrementó hasta límites insospechados al verla en frente de mí sin tan siquiera dirigirme la mirada de manera avergonzada.

—Se acabó. Esta tontería ha llegado demasiado lejos.

Me incliné en su dirección para poder agarrarla sin caerme. Cuando su muñeca estuvo encerrada entre mi mano no me molesté en prestarle atención a su rostro de desconcierto porque estaba demasiado centrado en mi propia furia por lo que tiré de ella acercándola a mí con un rápido movimiento. La determinación salía por cada poro de mi piel

—No sientes nada por él. No sientes nada por él, —volví a repetir al ver que quería interrumpirme— y voy a demostrártelo.

Y la besé.

Capítulo 35

Molly

Fueron solo un par de segundos lo que tardé en reaccionar. Su boca me hizo olvidar la realidad y antes de darme cuenta tenía los ojos cerrados mientras respondía a su beso.

Un agradable calor incendiaba mi pecho cuando sus labios colapsan de manera explosiva contra los míos. Me sentía como si en cualquier momento fuera a derretirme. Me incliné hacia abajo para tener un mejor acceso a su boca mientras pasaba los dedos entre las hebras de su cabello acariciando su nuca en el proceso.

Noté como sus manos se apoderaron de mi cintura dándome un empujón hasta quedar sobre su regazo. Sentía como mis latidos cada vez estaban más desbocados debido a la suavidad con la que sus labios se estampaban contra los míos una y otra vez.

Me estaba empezando a costar respirar pero ni siquiera pensé en separarme porque estaba demasiado concentrada en ese dulce sabor que no lograba identificar que poseía su boca. Mi piel ardía cuando él la tocaba mientras que mis dedos jugueteaban con los mechones de su pelo revolviéndolos a mi antojo.

Mis pulmones protestaron por oxígeno de tal manera que tuve que disminuir la intensidad del beso hasta que finalmente separamos nuestras bocas. Una sensación de frío recorrió mis labios al instante notando su ausencia.

Su mirada me ancló a él cuando lo miré y ya no pude despegar la vista de esas gemas azules oscurecidas por el deseo. Pensé que tenía que besarlos más a menudo, no solo por lo que su boca provocaba en mí sino por la hermosa estampa que tenía ante mí. Su pecho subía y bajaba acelerado, tenía los pómulos ligeramente coloreados por el momento. Me encantó lo travieso que se veía con el pelo revuelto pero nada me hizo sentir más orgullosa que sus labios hinchados por mis besos.

—Y ahora vas a contarme que es lo que está pasando.

Sus palabras consiguieron despertarme del trance en que me había encadenado. Me distancié intentando aparentar que no me encontraba incómoda y decepcionada en ese momento, no solo con él sino que también conmigo misma. Se suponía que tenía que hacer lo contrario.

Lo había hecho solo para demostrarme que no sentía nada por su amigo no porque realmente quisiera hacerlo. Quería demostrar que él tenía razón y le dio igual besarme para conseguirlo. Me llenó de rabia que Holden se encontrara delante mía sin más signos que sus labios hinchados y el pelo revuelto de lo que había pasado unos instantes atrás cuando mis piernas eran incapaces de sostenerme en pie sin temblar y mis mejillas se negaban a volver a su color natural. El ojiazul ni siquiera parecía turbado. ¿Por qué no le afectaba como a mí? Mejor dicho. ¿Por qué no le afectaba a secas?

—Ya te dejé claro que no pensaba contestar a esa pregunta.

—¿Qué? —su rostro demostró confusión unos segundos antes de pasar al enfado— ¡No te gusta! ¡No me habrías correspondido si te gustase!

—Ya te dije antes que no había nada entre nosotros, fuiste tú el que no quiso creerme.

—¿Entonces qué demonios está pasando?! ¿A qué viene tanto secreto? Estoy harto.

Cubrí mi mirada con una capa de frialdad evaluando sus palabras. Holden parecía realmente cabreado a juzgar por el tono que estaba adquiriendo su voz y por lo fruncido que se encontraba su ceño. No era el único enfadado, sus palabras consiguieron molestarme tanto que ni siquiera intenté en intentar calmarme para evitar una discursión.

—¿Estás harto? ¿Tú eres el que está harto de los secretos?! —no pude ni quise contenerme, exploté— ¡Abre los ojos, Holden! ¡Vives rodeado de secretos! No sé quién eres, ni quien fuiste porque cada vez que intento saber algo de ti te cierras en banda. ¡Tú eres el que tiene más secretos que nadie! ¿No te gusta sentir que hay cosas que se te escapan? ¡Pues espabila porque tú eres peor!

Sabía que mi arranque lo había sorprendido porque además de esa expresión de desconcierto que brillaba en sus ojos ni siquiera abrió la boca para rebatirme mis palabras cuando en cualquier momento hubiese contestado a mis gritos o se habría burlado.

La puerta se abrió entonces pero no por eso desvié la mirada. Quería retener todo lo posible la imagen de Holden pareciendo procesar mis palabras

debatándose mentalmente entre darme la razón y empezar a confiar en mí o mandarme a paseo.

—Hola chicos. ¿Me he perdido algo? —preguntó Aaron al ver el raro ambiente que había entre nosotros.

—Vámonos.

Fue una demanda no una petición cosa que sorprendió al rubio a juzgar por la manera en la que elevó las cejas. Quería irme de esa habitación y que le diera unas vueltas a mis palabras. Me dolía que no fuera capaz de confiar lo suficiente en mí como para contarme algo, por pequeño que fuera, sobre él. Podía conocer todas sus cuestiones médicas pero no sabía ni a lo que se dedicaba. En cambio él conocía cada pequeño detalle de mi vida porque yo me había encargado de contárselo. Había enfurecido porque dolía no ser correspondida.

—Como tú quieras, preciosa.

Ni siquiera me molesté en reprenderlo como días anteriores cuando pasó un brazo por mi cintura acercándose a él. Le agradecí mentalmente que se dirigiera directamente hacia la puerta sin dar más vueltas porque necesitaba salir de esas cuatro paredes.

—Nos vemos luego, colega. —se despidió Aaron sin obtener una respuesta por su parte.

Cerré la puerta al salir y me dejé caer sobre la pared sabiendo que el rubio no se iba a contener en hacerme un interrogatorio de tercer grado sobre lo que había ocurrido había unos minutos. Solo tenía claro que no pensaba responder a eso, no necesitaba tenerlo a él también a mi alrededor cuestionando mis decisiones.

—¿Qué ha pasado?

—Nada.

—¿Nada? Pues para no haber pasado nada estabais los dos muy serios.

—No le he contado nada, no tienes que preocuparte.

Él no pero la cosa cambiaba si se trataba de mí. No solía decir palabrotas pero solo había una palabra para definir como me encontraba en ese momento. Estaba bien jodida. Yo sí que tenía que preocuparme. ¿Cómo se suponía que tenía que seguir adelante como si nada cuando Holden me había besado de esa manera? ¿Cuándo mi cuerpo había respondido con tanta intensidad?

La idea de Aaron no me pareció sencilla en ningún momento pero creía que al menos sería capaz de llevarla a cabo. Me daba cuenta entonces de que no tenía idea de si podía seguir con todo eso porque era superior a mí. Yo sola

me había metido en ese lío y no pensaba elegir el camino sencillo para salir de ahí. Podía simplemente decirle al rubio que no me encontraba cómoda con toda esa situación y que lo dejaba, al fin y al cabo seguro que estaría encantado de escuchármelo decir por qué se había negado desde el primer momento pero no iba a hacerlo. No pensaba hacerlo porque no se me habían olvidado las razones que me impulsaron a participar en toda esa locura.

A pesar de tener mis objetivos claros me sentía a la deriva. Tenía que entrar cada día a atender a Holden como si nada hubiese pasado entre nosotros aunque eso me rompiera en mil pedazos. Quise arrepentirme de haberle correspondido al beso por confundirme de esa manera tan cruel pero fui incapaz. Me fue imposible porque gracias a eso confirmé aquello que tanto me temía.

Estaba enamorada de Holden.

Capítulo 36

Holden

Algunos pájaros desviaban mi mirada de vez en cuando mientras esta les perseguía hasta desaparecer de la visión que me permitía la ventana pero a pesar de eso mi mente no se encontraba en ese lugar. Hasta ese momento nunca hubiese podido pensar que los días se me podrían hacer más largos incluso que cuando estuve sin verla esos cinco interminables días. Aparecía por mi habitación cada maldito día pero ni juntándolos todos los encuentros podría llegar a media hora en la que ella permaneciera conmigo.

No entendía porque me rehuía de esa manera, cada vez que entraba para dejarme algo ni siquiera me dirigía una mísera mirada y eso me estaba sacando de quicio. Anhelaba esos dos minutos en los que podía verla por la mañana y por la tarde como un maldito adicto pero los deseaba con demasiada fuerza como para compadecerme de mí mismo. Me resulta complicado entender como había llegado a esa situación.

No sabría decir si lo que me sorprendió más fue su breve estancia en mi habitación o lo cortantes que eran sus palabras cuando venía. Se sentía como si fuéramos desconocidos. Lo odiaba.

—Buenos días.

Siempre el mismo saludo, siempre la misma frialdad en su voz.

—¿No crees que estás llegando un poco lejos con todo esto? —le inquirí con ironía hartos de esa situación.

—No sé de lo que estás hablando.

A la vez que respondía colocaba la bandeja de aluminio del día anterior sobre el carro de las comidas dejando una nueva con comida sobre la mesita de al lado de mi camilla. Ese día se estaba dando más prisa de lo normal, tal vez porque era la primera vez que la enfrentaba en vez de intentar entablar conversaciones banales. Fuese lo que fuese se me estaba acabando el tiempo, los días pasaban y mi salida del hospital cada vez estaba más cerca. Tenía que

cortar eso ya.

“¿Quién lo diría? Tú la conociste primero pero voy a ser yo quien se quede con ella después de todo esto.” Las palabras de Aaron se colaron por mi mente llenándome de determinación. No pensaba dejar que eso pasase si podía evitarlo. Pensaba preguntarle si había hecho algo mal por lo que pudiera estar enfadada conmigo y en caso de que la respuesta fuera afirmativa me disculparía.

—¿Sigues quedando con Aaron?

O al menos esa era mi intención en un principio porque antes de darme cuenta las palabras ya se habían escapado de mis labios. No podía evitarlo, por complicado que fuera los días que había pasado siendo cortante conmigo podían ser muy largos y podían haber pasado cosas que yo desconocía. Al menos me quedaba el consuelo de que la semana anterior no sentía nada por él, ella misma me lo dejó claro al corresponderme de esa manera al beso.

Ese jodido beso. Parecía hasta ridículo lo fácil que parecía haberse llevado mi sueño, bastaba solo recordar para que fuera incapaz de pegar ojo en toda la noche pensando en él. Odiaba cuando eso sucedía porque cuando eso ocurría solo quería volver a sentir la calidez de su boca y esos jodidos labios tan sedosos como la seda. Podía pasarme horas reproduciendo en bucle ese brillo que poseían sus ojos color caramelo al alejarnos.

—No creo que eso sea de su incumbencia.

—¿Por qué estás enfadada? No lo entiendo.

—Esta conversación no nos va a llevar a ninguna parte.

Sujeté su muñeca con rapidez cuando se giró dispuesta a dejar la habitación interrumpiendo su huída. Permaneció en esa posición sin atreverse a devolverme la mirada.

—¿Crees que huir lo va a solucionar todo?

—No estoy huyendo.

—Demuéstramelo. —la giré en mi dirección aunque no conseguí que despegara sus ojos del suelo. —Enfréntame. ¿Qué demonios te ocurre?

No lo hizo. Permaneció en el mismo lugar porque no podía ir a otra parte con mi agarre pero mantuvo su mirada sobre las losas de suelo como si fueran la cosa más interesante del mundo llenándome de frustración. ¿A qué demonios estaba jugando?

—Tengo que seguir trabajando.

Solté una risa amarga notando que la pelinegra que tenía ante mí no era la misma Molly que yo conocía. No entendía porqué había levantado ese muro de

indiferencia entre ambos pero pensaba derribarlo aunque tuviera que quitar ladrillo a ladrillo.

—No eres más que una cobarde. —provoqué esperando alguna reacción de su parte.

No me importaba que se enfureciera conmigo y me pegara cuatro voces porque cualquier cosa era mejor que aquel trato distante. Necesitaba volver a ver esa chispa es sus ojos caramelo y si tenía que molestarla para ello asumiría los riesgos.

—Eso no es cierto.

—Sí que lo es. —continué al escuchar su susurro— No eres más que una cobarde que prefiere huir a enfrentar sus problemas. Pero adivina. Tus problemas no van a desaparecer porque los ignores.

Seguía sin dirigirme la mirada pero notaba perfectamente como su cuerpo empezaba a entrar en tensión, que su respiración se acelerara ligeramente también me dio una pista de que le estaba costando mantener esa indiferencia.

—¡Ya me he dado cuenta! ¡Si fuera así me habrías dejado en paz el primer día!

—¡No me culpes de tus malditos problemas! ¡Asume tu responsabilidad!

Una euforia me embargó el pecho cuando por fin me dejó ver esos preciosos ojos caramelo. Su mirada contenía tanta furia que tuve que contenerme para no extender una sonrisa al ver lo bonita que veía. Molly estaba de vuelta.

—¡No tienes ningún derecho a hablarme de responsabilidades cuando tú eres el primero que no ha tenido una en la vida! ¡Tú precisamente que eres un maldito insensato incapaz de mantener una decisión durante más de dos minutos!

El ambiente se había caldeado demasiado. No me gustaba por donde iban sus acusaciones porque eran del todo infundadas. Quise dejarlo pasar argumentando que era la furia la que hablaba por ella pero no pude evitar sentirme decepcionado porque me juzgara de esa manera.

—Te estás pasando. —le advertí en tono serio.

—¡Me pasaría si fuera mentira, pero tú ni siquiera sabes el significado de la palabra esfuerzo! ¡Te pasas el día enfadado con todo el mundo cuando en realidad estás frustrado por lo insatisfecho que estás contigo mismo! ¡Solo eres un inmaduro sin saber que hacer con su vida incapaz de preocuparse por alguien más que sí mismo!

Apreté la mandíbula con fuerza notando sabiendo que si no hacía eso

probablemente contestaría a sus gritos con cosas peores. No pensaba hacer eso aunque me doliera todo lo que hubiese dicho porque a mí me importaba y bajo ninguna circunstancia la dañaría queriendo.

Algo parecía sangrar en la profundidad de mi pecho al conocer todo lo que realmente pensaba de mí. Entendía que no nos conocíamos mucho y que respecto a ciertos temas pudiera tener dudas pero que me atacara de manera tan rotunda con esa seguridad en la voz me devastó. Quise gritarle de tantas maneras lo equivocada que estaba con todo que no acabó saliendo ninguna palabra de mi boca.

—No entiendo qué estás haciendo todavía aquí si piensas así. —solté con frialdad liberando su muñeca intentando ocultar lo decepcionado que me encontraba.

—Yo tampoco.

—Deberías irte entonces.

—Eso pienso hacer. —contestó girándose.

—Bien.

—Bien.

La vi alejarse con seguridad sin dudar ni un instante haciéndome recordar porque las personas eran seres en los que no se podía confiar. Todos acaban igual. Decepcionándome. Y a pesar de eso ahí me encontraba yo, esperando a que se girase aunque fuera un segundo para convencerme de que no pensaba de verdad todo lo que había dicho.

Pero eso no ocurrió. No se giró y yo no pude perdonarle todo lo que había dicho.

Unos días atrás me hubiese resultado impensable pero después de todo me aliviaba que me fuera a ir en dos días. Solo tenía que aguantar hasta ese momento. Entonces ejecutaría la misión por la que tanto habíamos trabajado y todo volvería a la normalidad. Ya no volvería a verla.

Nunca.

Capítulo 37

Holden

Mirada en el suelo, manos en los bolsillos y ropa discreta. Poco más podía hacer para intentar camuflarme entre la gente que caminaba por los pasillos del hospital por culpa de mi altura. Hubiese estado bien disponer de una gorra para ocultar mi rostro pero tenía que conformarme con mantener la cabeza gacha y esperar que nadie se fijara en mí.

Después de tantas semanas había llegado el día por fin por el que había estado esperando. Esa misma tarde estaba programada mi alta por lo que a nadie le resultaría extraño que yo me fuera. Una gran ventaja si tenemos en cuenta que necesitaba desaparecer una vez acabado el trabajo.

Aceleré el paso cuestionándome porque algo que parecía tan sencillo casi me había costado la vida. Eran demandas retóricas ya que conocía perfectamente la respuesta. Con Phill toda precaución era poca.

Puede que ejecutar el plan nos hubiese llevado más tiempo de lo esperado pero eso era culpa única y exclusivamente de Aaron. A pesar de eso la espera y los malos momentos merecían la pena. Haberme dejado apuñalar para infiltrarme en ese hospital merecía la pena. Claro que eso no me impidió maldecir al rubio en mi cabeza por tener tan mala puntería. Era complicado clavar una navaja en el pecho en vez de en el estómago, como habíamos acordado, pero la capacidad de Aaron para manejar armas nunca había sido la mejor.

Sacudí la cabeza mientras baja de planta por las escaleras para evitar testigos que pudieran verme, nada de eso importaba ya. Tenía que centrarme y buscar los dichos documentos antes de que alguien se diera cuenta de que me había colado en una zona en la que no estaba autorizado a estar.

Tenía memorizados los horarios del personal sanitario por lo que elegir una hora en la que no hubiese gente en el sótano no me resultó complicado. Como era paciente del hospital que anduviera caminando sin levantar sospecha

tampoco era un problema. La parte de buscar los documentos en el ordenador y descargarlos en el pendrive que llevaba escondido en el bolsillo puede que fuera más complicado dado que no tenía la clave de acceso. O al menos lo era antes porque aunque no lo parezca se escuchan muchas cosas interesantes mientras finges estar dormido en una camilla. Por otra parte, estaba convencido de que los archivos que yo necesitaba estaban encriptados pero no pensaba dejar que eso me detuviese.

—Catorce minutos y bajando. —me recordé tras darle un vistazo al reloj de mi muñeca.

No disponía de mucho tiempo pero era la única oportunidad que tendría y no podía desaprovecharla. Abrí la puerta de un empujoncito y me encaminé al viejo ordenador que se encontraba al fondo de la habitación. Nadie podría pensar que contendría información tan importante en él.

Me situé delante del ordenador y tras ponerme un par de guantes de látex que conseguí empecé a teclear como un loco. Siempre podía ocurrir un imprevisto y podría necesitar tiempo para solucionarlo. Me introduje en la base de datos comprobando su contenido descartándolo al instante.

Sabía que no sería sencillo pero pensaba encontrar esos archivos costase lo que costase. Lo hacía por ella, por Lucy. No podía fallarle.

—¿Dónde os escondéis malditos? —susurré refiriéndome a los documentos.

—¿Qué estás haciendo aquí?!

Me giré de golpe sobresaltado por esa voz que parecía haber aparecido de la nada notando como el corazón me retumbó con fuerza contra el pecho al ver a la pelinegra frente a mí con un gesto de cabreo en el rostro. Hubiese preferido que hubiese sido cualquier otra persona en vez de ella la que me encontrase allí. Hubiese podido inventar una excusa convincente a cualquiera menos a ella. No podía mentirle. No a ella.

—¿Qué estás haciendo *tú* aquí?

Me sentí idiota nada más esas palabras dejaron mi boca pero fue lo mejor en lo que pude pensar. Con todo el disimulo que pude me situé delante del ordenador para impedirle mirar la pantalla cuando observé como sus furiosos ojos se dirigían a ese punto.

—Trabajo aquí. Ahora quítate y enséñame estabas haciendo.

—¿Por qué no nos olvidamos de todo esto y vamos a dar una vuelta?

Fue más rápida de lo que pude procesar y en un solo movimiento ya se había situado a mi lado escaneando velozmente el contenido de la pantalla.

Pude comprobar el momento exacto en el que pareció descubrir lo que estaba haciendo porque sus ojos parecieron llamear. Sabía que era imposible que supiera con exactitud que estaba tramando pero tenía la contabilidad del hospital abierta y eso le daba un amplio abanico de posibilidades para pensar mal de mí, sobretodo porque era material clasificado al que yo no tenía acceso.

—¿Qué crees que estás haciendo? ¿Eres idiota?

Retiré los guantes de mis manos antes de ponerme de pie al intuir por su insulto que estaba demasiado furiosa. Ella nunca hablaba de esa manera y si lo estaba haciendo entonces era peligrosa. No sabía como podía reaccionar por lo que esperaba que mi contacto consiguiera apaciguarla. Sabía que ella reaccionaba a mi toque, lo había comprobado días atrás y pensaba aprovechar eso. Solo esperaba no conseguir el efecto opuesto y distraerme yo en su lugar.

—¡No deberías estar aquí! ¡¿Por qué...?!

Interrumpí su grito situando una mano en su boca mientras pasaba un brazo por su cintura para evitar que se pudiera deshacer de mi agarre. No me quedaba mucho tiempo por lo que tenía que darme prisa.

—No chilles, van a descubrirnos.

Me lanzó una mirada amenazadora cuando susurré esas palabras en su oído y empezó a revolverse en mis brazos con furia. La solté al cabo de unos segundos temiendo que se hiciera daño si la seguía agarrando mientras se retorció con tanta fuerza permaneciendo atento por si se le ocurría volver a elevar la voz.

—Por favor, Molly, solo dame cinco minutos y me iré. Haremos como si esto no hubiese pasado. Tú no me has visto, ¿de acuerdo?

—No, no estoy de acuerdo. Nos vamos de aquí. Ahora.

Me agarró del cuello de la camisa tirando de él con fuerza para que la siguiera mientras daba pasos rápidos hacia la puerta. Tuve que seguirla porque de lo contrario me hubiese ahogado con la tela.

¿Qué mierdas iba a hacer yo ahora? Había perdido la oportunidad que tanto tiempo llevaba esperando y lo que era peor de todo, Molly se había enfurecido aún más conmigo. Sabía perfectamente lo que parecía estar ocurriendo y a pesar de no estar en los mejores términos no quería que ella pensara mal de mí. No quería darle motivos para que reforzara sus teorías sobre mi supuesta mala vida.

—Sé lo que parece, ¿vale? Pero estás equivocada. —intenté justificarme mientras me arrastraba por los pasillos. —Todo esto tiene una explicación.

Necesito esos archivos para poder en...

—¡Cállate! —gritó deteniéndose abruptamente para lanzarme una mala mirada— ¡No necesito tus justificaciones! ¡No pienso perdonarte que hayas hecho esto!

Algo dolió dentro de mí al escucharla hablar con tanta determinación. Sabía que no iba a volver a verla al salir del hospital pero aun así no podía evitar que se me contrajera el pecho de manera dolorosa al imaginarme a Molly odiándome. No. No podía dejar que eso pasara.

—Molly, escúchame, solo estoy intentando que pague por lo que...

—¿No me has oído? ¡No necesito oír tus excusas!

La pelinegra revolvió uno de los cajones de la mesita que estaba al lado de la cama y entonces me percaté de que nos encontrábamos en la que hasta ese día había sido mi habitación. Sacó unos papeles y empezó a garabatear en ellos mientras yo intentaba acercarme a ella sin que explotara contra mí. No podía dejar que eso acabase así.

—Vamos Molly, hablemos. Por favor.

—No hay nada que hablar. —declaró con firmeza dejando el bolígrafo en su lugar. —He adelantado tu alta para ahora. Ya no necesitas estar aquí.

—Molly, estás precipitándote. Si tan solo me escucharas podrías...

—Sé todo lo que tengo que saber.

La seguí por los pasillos intentando razonar con ella mientras me ignoraba. Quitarle los papeles que tenía de la mano para que me prestara atención tampoco funcionaba porque siempre conseguía ponerlos a buen recaudo y no podía agarrarla para me prestara atención porque si se ponía a gritar llamaríamos demasiado la atención. Phill podría encontrarme.

Llegamos a la puerta del hospital sin obtener ningún resultado por muchos ruegos que salieran de mi boca. La pelinegra dejó con brusquedad los papeles sobre la recepción antes de dirigirme una mala mirada. Quise tocarla pero dio un paso atrás provocándome una punzada en el pecho al evitar mi contacto. No quería perderla.

—Tienes el alta oficial así que no puedes volver a entrar en el hospital. Búscate otro si te enfermas porque te prometo que como te vuelva a ver por aquí pienso avisar a los de seguridad.

Me empujó sacándome del edificio antes de girarse con una expresión de cabreo grabada en el rostro. Me sentí perdido viéndola alejarse dando furiosos pasos sintiendo como algo dolía en mi pecho al ver como se figura se hacía menos visible hasta desaparecer. Una impotencia me embargó

provocándome ganas de gritar al verme despreciado por ella y sin los malditos archivos por lo que había estado trabajando tanto tiempo.

No entendía como había conseguido joder una de las pocas cosas que había considerado importarme en los últimos años. Por si fuera poco, tampoco había conseguido los malditos documentos.

Estaba bien jodido.

Capítulo 38

Holden

No lo entendía. Daban igual las vueltas que le diera porque era algo que se escapaba de mi entendimiento. ¿Cómo? ¿Cómo era posible su cambio de actitud? Si no lo hubiese tenido delante habría pensado que otra persona se hacía pasar por él.

—¿Se puede saber qué mierdas estás diciendo?

—No es tan extraño. No has conseguido los documentos, pero sigue sin ser el fin del mundo.

—No entiendo porque están calmado cuando hace unos días parecías más bien histérico.

Aaron se acomodó sobre mi sofá mientras yo intentaba averiguar a qué se debía su cambio de actitud observándolo de pie. Lo había llamado nada más llegar a mi casa para contarle como habían ocurrido los acontecimientos más que preparado para recibir un potente puñetazo al enterarse de que lo había jodido todo y en cambio parecía casi feliz de escuchar las malas noticias.

—Bueno, si eso es todo lo que tenías que contarme me voy. —dijo apoyando las palmas de sus manos sobre las rodillas para levantarse.

Sus palabras me hicieron recordar el motivo por el que le había insistido hasta la saciedad para que se presentara en mi apartamento con la mayor rapidez posible. Mi intención al avisarle no había sido solo la de ponerle al tanto de lo sucedido ya que si lo hubiese hecho por teléfono podría haberme ahorrado ese golpe que yo creía que iba a recibir. No, era mucho más importante que eso.

—No te he llamado solo por eso. —le advertí empujándolo para que volviera a poner su culo sobre el sofá.

—¿Qué es entonces?

—Fue Molly la que me descubrió.

El rubio se encogió de hombros como si hubiese dicho el nombre de una

persona cualquiera sin importancia cabreándome al ver su actitud.

—¿Y qué con eso? —preguntó subiendo los pies hasta la mesa que se encontraba enfrente.

—Se ha enfadado conmigo. Mejor dicho me odia. No puedo volver a entrar al hospital porque una escena llamaría la atención de Phill y dejar las cosas como están no es una opción.

—¿Por qué no? Sabías desde un principio que no la volverías a ver. Acéptalo y punto.

—¡No puedo! ¡Joder! ¡No puedo seguir sin más sabiendo que me odia!

—¿Y qué quieres que haga yo exactamente?

No me entendía. Parecía que hablaba con un niño pequeño al que tuviera que hacer entrar en razón a juzgar por su tono de voz. Le hubiese golpeado con gusto si no necesitase su jodida ayuda.

—Tienes su número de teléfono. Dámelo. Estoy seguro de que si le explico la situación ella podrá compr...

—No voy a dártelo.

—¿Cómo que no vas a dármelo? ¿Qué mierdas estás diciendo? Necesito hablar con ella. —no me importaba tener que soportar sus burlas más adelante, le rogué igualmente. Era lo único que tenía.

—Es por tu bien, colega. Algún día lo entenderás.

Golpeé la pared con furia al escuchar su negación. No pensaba ayudarme. Algo me estaba ahogando dificultándome respirar con normalidad al recordar su mirada dolida y él tuvo la jodida cara de decir que estar alejado de ella era algo bueno para mí.

Esa mierda no me iba a detener. Si ese capullo no pensaba ayudarme tendría que buscar una nueva manera de llegar hasta ella.



Tarareaba la melodía que se reproducía en el interior de mi coche siguiendo el compás dándole golpecitos al volante con los dedos. No era una buena manera de mantener la expectación a raya pero no tenía nada mejor que eso.

Dos jodidos días sin poder llegar hasta ella. Dos tres jodidas noches incapaz de pegar ojo por culpa de la imagen de su rostro reproduciéndose en bucle una y otra vez con tanto detalle que parecía que la tenía frente a mí en vez de un simple recuerdo.

La mala suerte me acompañaba. Después del tiempo al lado de la pelinegra pude percatarme de que cada semana tenía un turno diferente. Odié el principio de la semana por impedirme averiguar cuando la podría ver salir por esa dichosa puerta. Me sentí patético vigilando la entrada del hospital durante horas con la esperanza de verla aparecer por ella para poder aclarar las cosas.

Después de permanecer en ese coche durante tanto tiempo solo me había quedado la opción de que podría salir por la noche. Las ocho era una buena opción ya que recordaba que alguna vez había salido a esa hora.

Presioné un botón para que el limpiaparabrisas despejara el cristal delantero de todo el agua que me impedía ver con claridad la calle. Dichosa lluvia. Mis dedos detuvieron sus movimientos a pesar de que la canción no se había detenido. Era ella. Estaba seguro de que no podía confundir esa melena pelinegra bajo ningún concepto.

Abrí la puerta con velocidad sin importarme una mierda que el agua pudiera empaparme y tras cerrar la puerta corrí en su dirección con miedo a que se fuera. Mi corazón me retumbaba con fuerza en el pecho aunque no precisamente por la carrera. Solo habían sido unos días sin verla pero se habían sentido semanas.

—¡Molly! —grité cuando iba a girar en una esquina. —¡Molly, espera por favor!

Agradecí que detuviera sus pasos abruptamente, aunque algo me decía que fue más bien producto de la conmoción. Recorrí los pocos metros que nos separaban mientras ella se giraba con lentitud hasta quedar cara a cara. No me di cuenta de cuánto había extrañado esos ojos caramelo hasta que los tuve delante.

—¿Holden?

—Menos mal que por fin te encuentro. He intentado hablar contigo durante....

—¿Qué haces aquí? —me interrumpió alarmada moviendo sus ojos a mi espalda de un lado a otro buscando algo— No puedes estar aquí.

—Sé lo que me dijiste, pero no estoy en el hospital. Mira, únicamente quiero aclarar lo que ocurrió el otro día.

No pude decir mucho más porque de un tirón me llevó hasta un sitio algo escondido. No me resistí agradeciendo que no me hubiese mandado a la mierda. Si ella me permitía contárselo todo yo iba a aceptar las condiciones que me pusiera.

—¿Qué crees que estás haciendo?

A juzgar por la furia de su voz y la manera en la que pareció querer enterrarme con la mirada no me iba a resultar tan sencillo explicarme como había creído en un principio.

—Sé que estás enfadada y lo respeto. De verdad que sí. Pero necesito explicarte que...

—No quiero hablar de eso. He dicho —se apresuró en continuar cuando se percató de que iba a responderle— que no quiero hablar de eso. No estoy enfadada, ¿vale? Ya no. Pero sigues sin poder acercarte al hospital. Está prohibido para ti.

Sus palabras eran contradictorias. Parecía molesta pero prometía haberme perdonado y a pesar de eso la entrada el recinto donde trabajaba todavía seguía vetada para mí. No era algo que me molestase porque no pensaba volver allí hasta formar un nuevo plan con el que conseguir los archivos por lo que acepté sus palabras con un asentimiento de cabeza.

—Si eso es todo me voy. He visto por las noticias que van a haber fuertes lluvias y no quiero llegar a casa más empapada de lo que lo estoy ya.

—Yo te llevo. —propuse antes de que pudiera pensar siquiera en lo que había dicho.

—Es muy amable de tu parte ofrecerte, pero no es necesario.

—Aaron me ha pedido que venga a buscarte. Él estaba ocupado así que me dijo que viniera a llevarte a casa en su lugar. Ya sabes, por lo de la lluvia y eso. Déjame hacer esto por ti al menos.

Era mentira por supuesto, ni siquiera le había vuelto a dirigir la palabra molesto por su actitud pero eso era algo que ella no necesitaba saber. Una mentirijilla piadosa no hacía daño a nadie.

—Está bien.

Capítulo 39

Molly

Observé como los edificios iban pasando por mi lado quedándose atrás casi al instante. No era la mejor vista si teníamos en cuenta que estaba lloviendo y el cristal estaba tan empañado que apenas se podía apreciar las formas de los edificios pero era eso o mirar a Holden.

Reflexioné aprovechado el silencio del vehículo dándome cuenta de que el ojiazul casi parecía una persona diferente con la ropa que llevaba y el pelo oscurecido por las gotas de agua. Si no hubiese sido por su voz lo habría podido confundir porque a pesar de haberlo visto de pie nunca me había fijado en su altura. También se veía más atractivo con esa mueca de concentración mientras conducía.

—No estaba robando ni nada parecido. —desvié mi mirada hacia él cuando rompió el silencio. —Aquel día que me pillaste husmeando. Solo necesitaba...

—Para. Creí que te había quedado claro que no es un tema que quiera hablar contigo.

—No quiero que pienses mal de mí. Puedes creer que...

—Sé perfectamente como eres. —le corté una vez más sonriéndole a pesar de que mantuviera la vista fija en la carretera. —Pero no vuelvas a sacar ese tema.

—Pero necesito que me perdones y no podrás hacerlo si no te lo explico.

Con que eso era. Desvié la mirada al frente dibujando una media sonrisa. Me gustaba su manera de pensar pero en ese caso estaba equivocado. Todo volvía a ser como antes con la pequeña diferencia de que ya no nos encontrábamos en esa pequeña habitación.

—Todo está bien entre nosotros, no te preocupes por eso. Pero tengo que pedirte que lo dejes estar, al menos de momento y que no vuelvas a acercarte al hospital. Ni siquiera para recogerme.

Holden movió la cabeza de arriba a abajo de manera afirmativa aceptando mis peticiones aunque no parecía muy de acuerdo con ellas. No me importaba, él no lo entendía pero eso era lo mejor. Si seguía disculpándose la culpa me haría confesárselo todo y entonces sí que vendrían problemas de verdad.

—¿Quieres poner algo de música? —ofreció confirmando que aceptaría mis términos.

—Prefiero no poner nada, me gusta el sonido de la lluvia.

—Está bien. De todas maneras llegaremos dentro de poco.

Solté un sonido de confirmación volviendo a centrar la vista en la ventanilla. Entrecerré los ojos cuando después de un par de minutos me percaté de que no conocía ese camino. No estaba preocupada porque se trataba de Holden pero sentí curiosidad por las modificaciones entre los edificios se hacían más notables a medida que nos alejábamos del hospital. La altura disminuía, los colores se hacían más vivos y pequeños restaurantes y parques comenzaron a ser visibles.

—Ya hemos llegado.

Acerqué mi rostro a la ventanilla esperando encontrar ese característico color naranja del edificio en el que vivía que me daba la bienvenida cada día al llegar de trabajo. Me di cuenta de que a juzgar por el camino ni siquiera debíamos estar en mi barrio. Me pregunté por qué había tardado tanto en darme cuenta de algo como eso. A diferencia del mío el edificio parecía algunos años más modernos aunque me pareció muy sobrio por los oscuros colores que adornaban su fachada. Entendía porque le gustaba al ojiazul.

—Esta no es mi casa.

Pareció ignorar mis palabras inclinándose peligrosamente en mi dirección consiguiendo que el corazón me retumbaba con fuerza contra el pecho. Sentí su aliento chocar contra mi mejilla mientras alargaba su brazo hasta la guantera que se encontraba enfrente de mí abriéndola al pulsar un botón del que no me había percatado. No entendí muy bien que era lo que estaba buscando porque su cercanía me tenía demasiado distraída hasta que lo vi sacar una toalla blanca. Me sorprendió que tuviera una guardada en ese lugar pero no me molesté en cuestionarlo. Holden situó la tela sobre mi cabeza de manera despreocupada antes de volver a su asiento.

—No me digas. —ignoré la ironía de su voz viéndolo salir del vehículo sin molestarse en cubrirse. Puede que con lo empapado que se encontraba no le hubiese servido de mucho pero aun así podría haber usado la toalla.

Holden abrió mi puerta antes de hacerme una señal con la cabeza para que

me apresurara para no mojarme demasiado. Cuando noté como las gotas empezaban a impactar contra mi cuerpo corrí los pocos metros que me separaban de la entrada escuchando sus pasos justo detrás de mí.

—No sabía que ibas a venir, así que no le hagas mucho caso al desorden. —se disculpó abriendo el portal.

—¿Por qué estamos en tu casa?

—Nunca me dijiste donde vivías.

Le seguí mientras caminaba a lo que parecía ser un ascensor intentando decidir si solo era una excusa o realmente su lógica era tan penosa. Me situé a su lado viéndolo pulsar el botón que tenía dibujado un tres pensando en una buena manera de pedirle ropa prestada mientras bajaba la tela blanca de mi cabeza al estar a resguardo. No quería resfriarme y él estaba en peor estado que yo, así que mi idea era cambiarnos de ropa y que pudiera acercarme hasta mi casa si no era mucha molestia para él. Si no siempre podía quedarme en su piso mientras esperaba a que llegara el Uber que pediría.

—No. —le miré sin entender a que se refería mientras este jugueteaba con las llaves. —No vas a irte todavía con la que está cayendo. Pégate una ducha caliente para no resfriarte mientras yo hago la cena y después te llevaré hasta tu casa. Te dejaré algo de ropa.

—Deberías ducharte tú primero. Es tu casa y además la lluvia te ha alcanzado mucho más que a mí.

—Las damas van primero y además eres mi invitada.

—Pero tú has estado enfermo y... —me mandó tal mirada demandante que no pude hacer otra cosa que ceder. —Está bien. Tardaré solo cinco minutos.

—Tómate el tiempo que necesites, yo estaré bien.

No repliqué como quise hacerlo porque había comprobado que eso no me llevaría a ninguna parte y que el ojizaul cuando quería podía ser demasiado insistente. Las puertas del ascensor se abrieron y le seguí esperando a que se dirigiera a una de las puertas que nos recibieron al salir. Caminó hasta la que se encontraba a nuestra derecha y con un ágil movimiento de muñeca giró la llave en la cerradura.

Un agradable aroma que mi cerebro asociaba con Holden me golpeó con fuerza cuando entre en su piso. Quise mudarme allí solo por disfrutar del placer que me suponía ese placentero olor. Lo segundo en lo que me percaté fue en que sus palabras no estaban bien fundadas. Además de algún disco fuera de lugar y unos pocos de platos sobre el fregadero el lugar estaba impecable. Estaba segura de que ni siquiera podría encontrar una gota de polvo. Me

apunté mentalmente no invitar al ojiazul a mi casa, si eso le parecía desordenado iba a salir corriendo al ver mi piso.

Mi mirada se desvió hasta él cuando escuché como movía una cortina para mostrar las vistas, aunque con la lluvia no se podía apreciar nada más que gotas de agua cayendo con fuerza. Una luz iluminó el cielo y apenas unos segundos después un fuerte sonido la siguió. Situé una mueca sobre mi rostro, la tormenta se estaba acercando.

—¿Vives sola?

—¿Eh? Sí, no comparto piso con nadie. —contesté tras reponerme de la sorpresa. —¿Por qué lo preguntas?

—Por si necesitabas avisar a alguien. No podemos coger el coche con esta tormenta, tendrás que pasar la noche aquí.

Capítulo 40

Molly

Lo observé fijamente durante unos segundos mientras procesaba sus palabras. ¿Dormir con Holden? Estaba convencida de que era una pésima idea aunque las habitaciones se encontrasen separadas. Ni siquiera tenía ropa limpia y usar la ropa del ojazul un rato era completamente distinto a utilizarla para dormir. Su perfume me golpeaba con fuerza cada vez que me movía y pegar ojo parecía misión imposible si iba a estar rodeada de él durante horas.

Sin molestarte en darle una respuesta lo esquivé dirigiendo mis pasos hasta la ventana que dejaba ver el panorama. Por la lluvia apenas se podía ver mucho más que algunos edificios cercanos pero a juzgar por la oscuridad producida por las nubes no iba a amainar precisamente pronto. A pesar de estar viendo con claridad como los rayos golpeaban con fuerza las partes más altas de algunos edificios me negaba a aceptar la situación.

—Yo creo que no está lloviendo tanto. —opiné recibiendo una mirada extraña de su parte. —No me mires así. Si te fijas en las nubes del fondo parece que cada vez es menos intensa.

—No pienso llevarte en un coche con esta tormenta. Dormirás aquí.

—¿Y si pido un taxi? A estas horas debería venir alguno si lo llamo.

—Da igual si no soy yo quien está al volante, la situación es la misma. No vas a ir en coche para que se salga del camino y tengas un accidente.

Le hubiese restado importancia tachándolo de exagerado si no hubiese comprobado como el número de ingresados en urgencias se elevaba notablemente en días de tormentas fuertes por accidentes provocados por vehículos que perdían el control con la carretera mojada o la poca visibilidad que ofrecía la lluvia.

—Está bien. Me quedaré aquí a pasar la noche. —porque no estaba muy convencida de que fuera a dormir mucho teniendo a Holden en la habitación de al lado.

—Perfecto. ¿Qué te parece si lo celebramos cenando? Te dejo elegir. —lo seguí mientras se encaminaba a la cocina antes de que abriera la nevera dejando las opciones a mi vista. —Tenemos pizza de cuatro quesos, alitas de pollo al horno, lasagna de microondas, empanadas para freir,...

—¿No tienes algo de otro tipo? —desvió la mirada hacia mí desconcertado mientras yo hacía verdaderos cálculos matemáticos para comprender como podía mantenerse con ese cuerpo si no tenía más que comida basura— Ya sabes, algo que no sea para precalentar o meter en el horno.

Holden cerró la puerta del frigorífico entendiendo a lo que me refería antes de negar levemente con la cabeza.

—He salido del hospital hace poco y no he tenido tiempo de comprar. Estas son las únicas cosas que se tenía, Aaron se llevó las cosas que se podían estropear cuando me ingresaron.

—Pensaba que Aaron se había enterado hace poco de que estabas en el hospital.

Intenté encontrar algún gesto en su rostro capaz de ayudarme a entender porque si el rubio sabía desde un principio donde se encontraba su amigo no había ido a visitarlo hasta entonces, o porque su novia parecía haberse enterado recientemente cuando su hermano lo sabía. Situé una mueca sobre mis labios. Como odiaba esa palabra para dirigirme a ella.

—¿Qué te parece si llamamos a un tailandés entonces? Creo que tengo algún folleto de los que meten en los buzones por alguna parte.

Dejé pasar la exagerada manera en la que no solo había ignorado mis palabras sino además en lo rápido que había cambiado de tema para centrarme en otro dato. No sabía si por alguna casualidad a él también le encantaba o había sido una coincidencia sin importancia, pero el ojiazul había propuesto cenar comida tailandesa. Un dato irrelevante si no le hubiese confesado a su amigo mientras él estaba presente que prefería esa gastronomía cuando el rubio me había ofrecido una cena.

—De eso nada. —me negué empezando a abrir armarios como si conociera perfectamente en que lugar se encontraba cada cosa. —Estoy segura de que tienes pasta por aquí. Podemos hacer una buena cena nosotros. Además, no creo que con esta tormenta haya comida a domicilio.

Me adueñé de su cocina ignorando al ojiazul apoyado de brazos cruzados sobre el marco de la puerta al que parecía resultarle de lo más divertido mi incapacidad para encontrar los ingredientes deseados. Me ofendería si la sonrisa que lucía en su rostro no hubiese resaltado aún más su atractivo.

Seguí abriendo y cerrando puertas fingiendo que no me daba cuenta de que me miraba. Tras otro intento fallido finalmente pude encontrar al fondo de un cajón lo que parecía ser un paquete de lazos de colores sin abrir. Lo alcancé situándolo sobre la encimera evaluando cual podría ser su acompañamiento con los ingredientes que poseía.

Localicé en otro pequeño armario un bote amarillo de nata para cocinar y tras comprobar que no estaba caducado lo situé junto al paquete de pasta. No estaba segura de si podía encontrar cebolla pero había visto un paquete cerrado de bacon en la nevera y con esos ingredientes tenía más que suficiente para hacer un plato de lacitos con salsa carbonara.

—No soy un experto, pero creo que te faltan huevos.

Le lancé una mirada extrañada hasta que entendí que se refería a que el plato tradicional llevaba ese ingrediente. Saqué una olla de dónde las había visto guardadas antes mientras le contestaba.

—Tienes razón, no eres un experto. Puedes echarle huevo si quieres, pero no es estrictamente necesario. Aunque si pudieras decirme si tienes una cebolla por ahí te lo agradecería.

—No, por favor. —puso una mueca de asco—No le echés esa cosa. La odio.

Accedí a su petición con un asentimiento mientras me reía por la expresión de pura repugnancia que tenía con tan solo nombrarla. Me agradó la sensación de conocer un nuevo dato sobre Holden. Sabía que me quedaban muchas cosas por descubrir sobre él, pero esperaba poder conocerlas todas en un futuro.

—Te ayudaré. —se apartó de la pared para sacar una sartén. —¿Cómo te gusta el bacon?

—Casi chamuscado. —eché los dos puñados de lacitos de colores al recipiente cuando el agua empezó a hervir después de colocarle algo de sal.

—Esa es mi chica.

Mi corazón se disparó bombeando con fuerza contra mi pecho. Holden parecía haber dicho algo sin importancia porque seguía colocando tiras en el aceite sin prestarle atención a nada más de manera tan tranquila que creí que me lo había imaginado. Respiré hondo de manera disimulada asumiendo que solo era una manera de hablar a la que no tenía que darle importancia. Sabía que el ojiazul ya le había entregado su corazón a alguien más y que me había dicho *su chica* sin más intención que la de aprobar mi opinión. Yo lo entendía pero mi corazón no coincidía conmigo porque seguía golpeándome con la misma fuerza.

—Le quedan tres minutos. —giré la cabeza con brusquedad cuando me percaté de que seguía mirándolo como una boba— ¿Cómo vas por ahí?

—Todo bien.

Intenté mantenerme ocupada removiendo con una cuchara la pasta para que no se quedara pegada pero estaba demasiado nerviosa y lo único que estaba consiguiendo era sacar todo el agua por la brusquedad de mis movimientos.

—No hace falta que le des tan fuerte. —me aconsejó moviéndose hasta mi espalda. Situó sus manos sobre las mías desacelerando el movimiento para mostrarme el ritmo que tenía que seguir mientras yo luchaba por no sonrojarme por su cercanía. —¿Ves? Así no se te cansará tanto la mano y no sacarás el agua.

Aunque ya me había explicado su método no retiró sus manos ni retrocedió un solo centímetro. Su pecho desprendía tanto calor contra mi espalda que parecía que no hubiese ninguna tela entre nosotros. Detuvo sus movimientos pero no por eso dejó ir a mis manos, estas seguían encarceladas en la suavidad de sus palmas. Me estaba empezando a marear por culpa del aliento que chocaba contra mi oreja con cada respiración que tomaba. El recuerdo del beso vino a mi cabeza entonces. Lo deseaba. Quería besarlo otra vez.

Un estridente sonido inundó la cocina en ese instante pero ninguno nos movimos. Reconocía la melodía de mi teléfono pero no me creía capaz siquiera de dar unos pasos para alcanzarlo. Mi mente se había puesto a bailar y había renunciado a cualquier acción lógica.

—Tu móvil está sonando. —me estremecí cuando su voz chocó contra mi oreja.

—¿Puedes cogerlo por mí? Yo me encargo de la comida. —le pedí sintiendo que no podía moverme del sitio ni intentándolo con todas mis fuerzas.

—Claro.

Sentí el frío impactar contra mi cuerpo cuando se separó de mí en busca del sonido. Respiré de manera disimula sabiendo que si no hubiera sido por la interrupción hubiese acabado haciendo algo de lo que más tarde me arrepentiría.

—Aló. Soy Holden, Molly no puede ponerse ahora mismo. ¿Quieres que le dé algún mensaje de tu parte?

Abrí los ojos de manera exagerada cuando me percaté de lo que le había pedido. El ojazul había respondido a mi teléfono y eso no era algo bueno si la persona que se encontraba al otro lado era quien yo creía que era. ¿Por qué no

podía pensar las cosas antes de decirlas?
La había liado.

Capítulo 41

Holden

El chico se mantuvo en silencio al otro lado de la línea sorprendido por el grave tono de voz que le había contestado en vez de la dulzura de la pelinegra. Sabía con quien estaba hablando gracias a una conversación que mantuve con Molly en el que me desveló el nombre de su hermano. A pesar de que no pronunciaba palabra estaba seguro de que no me había colgado porque podía escuchar la respiración de Hayden al otro lado de la línea.

—Eres Hayden, ¿verdad? El hermano de Molly. —cuestioné dándole un empujoncito para que reaccionara.

—¿Me conoces? Lo siento, pero no te recuerdo.

—No nos conocemos en persona pero tu hermana me ha hablado tanto de ti que podría decirte hasta el nombre de tus amigos de primaria.

La pelinegra se secó las manos de manera descuidada con un trapo que había encima de la mesa antes de dirigirse a mí con rapidez. Pude deducir por su mirada alarmada que su hermano iba a malinterpretar la situación y que tendría que pasar por un momento vergonzoso por ello.

Con la velocidad con la que intentó arrebatarme el teléfono no hubiese conseguido nada, más aún si tenemos en cuenta que con elevar el brazo ya no podría alcanzarlo. A pesar de eso lo mantuve en la misma posición viendo divertido como se adueñaba del aparato con una mueca horrorizada.

—¿Hayden? Solo es un amigo, lo prometo. —me recosté sobre la pared mientras cruzaba los brazos para poder disfrutar de la escena. —¿Cómo qué se lo vas a contar a mamá? ¡Tengo veintitrés años no doce! Sabes que se volverá loca.

Quise arrebatarle el teléfono nuevamente con el fin de desmentir sus palabras y así obtener un rojo más intenso en sus mejillas pero no fui capaz. No me convencía el hecho de que fueran palabras vacías. No quería hacerlo

así. Me conformé por el momento con observar complacido como su nariz se fruncía de manera graciosa mientras miraba un punto del suelo de mala manera simulando que era su hermano.

—Molly, cielo, la cena ya está lista. Intenta no manchar mi camiseta al comer.

La pelinegra clavó sus ojos caramelo en mí intentando de manera inútil hundirme con el poder mental. No pensaba fingir que era su novio para avergonzarla, pero ninguna palabra salida de mi boca era falsa. Ella tenía mi camiseta puesta, no por las circunstancias que a su hermano se le vendrían a la cabeza, pero la tenía. Y lo quisiera o no esa era una visión que parecía haberse grabado a fuego en mis recuerdos.

—¡No estoy saliendo con él! ¡Hay tormenta y me he mojado en el camino!
—Molly enrojeció hasta la raíz del pelo por un comentario que no fui capaz de escuchar. —¡No en ese sentido! ¡No seas estúpido!

Lo había entendido y en cualquier otro momento mi risa se hubiese escuchado incluso al otro lado del aparato pero eso no ocurrió en esas circunstancias. La pelinegra iba a pasar la noche conmigo, iba a usar mi ropa para ello y estaba a mi completa merced. Sentí la sangre quemar contra mi piel mientras la respiración dejaba de ser regular. Mierda. No debía pensar en eso. No debía imaginar a Molly entre mis sábanas mientras sus ojos brillaban de placer. No debía recordar la calidez que transmitían sus besos. No debía anhelar encerrarla entre mis brazos para enterrar mi rostro en la curva de cuello.

—Sí, ya te llamo mañana. Adiós, un beso. —colgó el teléfono llevándolo de vuelta a la mesa antes de girarse en mi dirección. —¿Te encuentras bien? Te veo un poco acalorado.

—Hace mucho calor aquí dentro.

—¿Pero qué dices? —me miró extrañada ignorando mi enronquecida voz
—Hace cinco minutos hacía la misma temperatura y estabas bien.

Hacía cinco minutos la imagen de su cuerpo cubierto únicamente por mis sábanas no estaba en mi cabeza.

—¿No crees que está ya la comida?

La pelinegra saltó como un resorte en su sitio antes de girarse hacia la cazuela para sacarla del fuego. Sabía que la pasta no se había pasado porque estaba controlando el tiempo pero tenía que desviar su atención de alguna manera.

Saqué los cubiertos y platos necesarios para cenar mientras ella se

encargaba de añadirle la salsa carbonara a los lacitos. Coloqué la mesa intentando enfocarme en eso, no era muy grande por lo que la separación entre ambos sería prácticamente nula. Pensé en servirle una copa de vino pero me vinieron a la cabeza dos argumentos por los que descarté la idea. El primero era que no sabía cual era su tolerancia al alcohol y quería que mientras estuviera conmigo fuera consciente de todo. El segundo era que no tenía vino.

—Esto ya está. —declaró empezando a servir la comida.

Tenía que admitir que no se veía nada mal, no era como una pizza pero si ella prefería la comida sana no podía negarme a ello. Además, después de pasar tanto tiempo tragando la comida del hospital cualquier otra cosa me parecía un majar. Solo podía comer de manera decente cuando a Molly le tocaba cuidarme a mediodía y compartía su almuerzo conmigo.

—¿Conseguiste convencer a tu hermano?

—Él dice creerme pero no sé si es una buena idea fiarme de él. Puede que algún día tenga que llevarte la comida familiar si mi madre se empecina con eso. —sabía por su tono de voz que no se trataba más que de una broma

—No hay problema. Estoy seguro de que me llevaría bien con tu hermano, creo que sería una comida interesante.

—No sabes lo que estás diciendo. ¿Has visto las películas policiacas en las que interrogan a los criminales? Pues mi madre es igual. No va a haber ni una sola pregunta de tu vida que puedas evitar.

—Correría el riesgo. —la desafié llevándome el tenedor a los labios de nuevo.

Perdí de vista esos ojos caramelo cuando la luz se fue de repente. Me levanté con cuidado sin ser capaz de ver ni mi propia mano deduciendo que la tormenta había vuelto a causar un apagón. Resoplé molesto, pensando que tendría que hablar seriamente con un técnico. Siempre ocurría lo mismo cuando había rayos de por medio.

—¿Holden?

—Quédate sentada. —ordené cuando escuché una silla arrastrándose. —No sabes donde están las cosas y puedes caerte. Voy a subir los plomos.

A pesar de conocer mi casa a la perfección mi pie chocó contra unos cuantos objetos al igual que mis manos antes de encontrar lo que buscaba. Abrí a tientas la caja de los plomos maldiciéndome mentalmente por no guardar el teléfono en el bolsillo, si lo hubiese hecho al menos tendría la linterna para ver algo.

Palpé hasta encontré uno bajado y me apresuré en levantarlo con la

esperanza de recuperar la luz. Esperé unos segundos antes de darme por vencido. Si la tormenta era muy fuerte la electricidad se iba de manera permanente. Siempre se iba en las lluvias fuertes, pero de vez cuando esta tardaba unos cuantos minutos en volver.

—Joder. Lo siento Molly, me parece que vamos a tener que esperar a que lo arreglen.

—No pasa nada, al menos hemos terminado de cenar.

Me dejé caer contra la pared llevándome la mano al cabello para revolverlo. Esperaba que la pelinegra no tuviera miedo a la oscuridad, no quería ponerla en una situación incómoda. Odié el apagón con todas mis fuerzas, no me pareció justo que después de tanto esfuerzo para volver a disfrutar de su sonrisa se me privara de la imagen de esta con una oscuridad masiva.

—¿Suele pasar mucho?

—Solo con las tormentas. No te preocupes, posiblemente en diez minutos la restauren.

No estaba muy seguro de a que se debían pero unos ruidos empezaron a llamar mi atención. No sabía predecir con exactitud a donde pertenecían pero estaban cerca de Molly. ¿No se habría puesto de pie verdad? No, imposible. La pelinegra era una chica inteligente, no iba a ponerse a explorar el piso cuando no veía ni sus pies. Además, no había ningún motivo por el que necesitara levantarse.

Me despegué de la pared alarmado cuando los sonidos se detuvieron con un fuerte estruendo seguido de un lastimoso quejido. Mierda.

—¿Molly? ¿Molly, estás bien? ¿Qué ha ocurrido?

Dirigí mis pasos hacia donde creía que había sonado el golpe preocupado al no obtener una contestación por su parte. Era irracional, ni siquiera le había dado tiempo para contestar y ya me encaminaba prácticamente corriendo hacia ella. ¿Y si se había cortado al romper un vaso o el plato? ¿Y si se golpeó contra algo al caerse? Necesitaba comprobar que estuviera bien. Si yo me tropezaba conociendo el piso no quería ni pensar el golpe que se podría llevar ella que era la primera vez que entraba.

Una masa extraña en medio del camino me hizo perder el equilibrio hasta caer al suelo. ¡Mierda! ¿Desde cuándo había algo ahí? Conseguí situar las manos sobre el suelo antes de que mi cara se estampara contra las frías baldosas. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo cuando un viento cálido se estrelló contra la curvatura de mi cuello. No entendía porque permanecía

callada pero ese aliento que chocaba contra mi piel solo podía ser suyo. Ya no solo porque fuéramos las únicas dos personas en el apartamento sino porque podría haber reconocido ese aroma que desprendía en cualquier otra parte.

Por un momento temí haberla aplastado al caer sobre ella aunque lo descarté al instante, solo sentía su cuerpo rozar contra el mío. Había al menos unos centímetros de espacio entre nosotros porque había conseguido frenar mi caída a tiempo.

—Holden. —susurró moviendo su cabeza hasta que sus palabras rozaron mi mandíbula.

—Lo siento.

No lo hacía. En absoluto. ¿Cómo podía sentirlo si tenía su boca rozando mi mandíbula? Era una maldita tortura pero no pensaba moverme. Incliné la cabeza levemente en su dirección acariciando su mejilla con mi nariz notando como su aliento se estrelló con más fuerza contra mis labios.

Un rayó arrojó algo de luz a través de la ventana. Apenas fueron unos segundos pero bastó para que pudiera leer su expresión. Sus ojos se encontraban oscurecidos y no precisamente por la poca luz del lugar, no podíamos ver pero nuestras miradas se conectaron en ese instante. Vi tantas cosas que el corazón me retumbó desbocado contra el pecho.

Atraídos como si no pudiera ser de otra manera disminuimos la distancia entre nosotros hasta que nuestras bocas se rozaron. No avancé más durante unos instantes dándole tiempo para frenarlo. Sus labios arrojaron mi cordura a la mierda cuando chocaron contra los míos de manera tímida.

Me volví loco mientras la aprisionaba más contra el suelo atrapándola como mi cuerpo sintiendo como sus manos subían hasta enredarse entre las hebras de mi cabello. Un hormigueo recorría con desespero mi pecho. Todo parecía encajar perfectamente, como si su boca hubiese sido creada para que yo me deleitara con ella.

Me incliné un poco más hacia la suavidad de sus labios notando como el pecho me empezaba a arder por falta de aire. No quería soltarla. No quería dejarla ir. Pero no tenía más opción. Disminuí el ritmo hasta frenarlo, no pude resistirme a depositar un último beso sobre sus hinchados labios.

Me encontré con una maravillosa visión viendo como su pecho se movía acelerado chocando contra el mío mientras que su pelo se encontraba esparcido como seda. Ni siquiera me había percatado de que la luz había vuelto. Sus gemas caramelo me dirigieron una mirada cargada de intensidad.

No había nadie que la salvara de mí en esa ocasión.

Capítulo 42

Molly

Adoraba la manera en la que su iris adquiría un par de tonos más oscuros cuando lo besaba, me hacía sentir especial la manera en la que podía afectarle. A pesar de que me estaba muriendo por volver a rozar sus labios mi lógica me impedía hacerlo. *Tiene novia*, recordé dibujando una mueca en mi rostro, *no deberíamos estar haciendo estas cosas*.

—Deberíamos levantarnos.

Aunque no le estaba mirando notaba como sus ojos examinaban mi rostro en busca de una respuesta a mi cambio de actitud, cuando después de unos segundos sin desvelar nada se dio por vencido decidió hacerme caso alejándose de mí mientras se ponía de rodillas. Suspiró negando levemente con la cabeza antes de levantarse ágilmente.

Una mano entró en mi visión y no pude evitar que mi mirada buscara sus ojos. Poseía una pequeña sonrisa en su rostro, parecía no estar sorprendido por mi reacción. Me encontré correspondiéndole mientras agarraba de vuelta su palma notando como me levantaba sin dificultad.

Pareció percibir que necesitaba unos momentos a solas porque después de impartir una suave caricia en el dorso de mi mano me dejó ir con la excusa de recoger la mesa ahora que había vuelto la luz. Temí que la calidez de su mirada cambiara al descubrir la verdad. No había sido consciente de los riesgos que corría hasta ese momento e irónicamente no eran las posibles consecuencias legales lo que me preocupaba. Odiaría que Holden cambiara de opinión sobre mí, pero no tenía otra opción. Me dolería profundamente que volviera a usar esa indiferencia conmigo, pero prefería que fuera indiferente a infeliz.

—¿Holden?

—¿Hmm? —me animó en un murmullo mientras situaba los platos en el lavavajillas.

—¿Qué no serías capaz de perdonar?

—¿A qué te refieres?

—¿Qué tendría que hacer alguien para que nunca lo perdonaras? ¿Mentirte, traicionarte, ocultarte algo...?

Pensé que su silencio se debía a que estaba pensando una respuesta hasta que me giré topándome con ese ceño fruncido. No parecía desconfiado, solo confundido.

—Da igual, —me apresuré arrepintiéndome de mi impulso —es una tontería.

—¿Estás segura? Porque a mí no me parece una pregunta...

—Segura. —interrumpí temiendo el final de su frase— Estoy un poco cansada. ¿Te importaría mostrarme dónde voy a dormir?

—La primera puerta a la derecha al salir del salón.

—Gracias. Buenas noches.

No me contestó porque continuaba pendiente de mis expresiones faciales, no había conseguido desviar la conversación y Holden parecía estar dispuesto a descubrir el origen de la pregunta. Por eso mismo me apresuré en seguir el camino que me había indicado para salir de su visión antes de se le ocurriera cuestionarme más a fondo sobre eso.

Encontré la habitación sin muchas dificultades sorprendiéndome al percibir el aroma de Holden con más intensidad. Mi asombro aumentó hasta límites insospechados cuando deduje que esa habitación tenía que ser la del ojiazul. La puerta abierta del armario dejaba ver un conjunto de ropa perfectamente ordenada, además de haber en el escritorio un portátil y bolígrafos de colores junto a hojas de papel.

Volví hacia el salón casi sin darme cuenta negándome a pasar la noche en su cama. Había quedado atrapada en su casa por una tormenta pero no pensaba desplazarlo de su habitación. No me parecía justo cuando estaba segura de que había más cuartos donde yo pudiera pasar la noche.

—Creo que me has dado mal las indicaciones.

—No lo creo. Has entrado a la habitación de las paredes crema, ¿verdad? La que tiene las sábanas de la cama color azul oscuro.

—Sí, pero ese es tu cuarto.

—¿Y qué con eso?

—Es tu cuarto, no puedo dejar que duermas en otro sitio cuando has sido tan amable dejándome pasar la noche aquí.

—Hay tormenta, va a ser una noche fría. Mi habitación es la más cálida.

Úsala por esta noche, yo dormiré en el cuarto de al lado.

—Pero no me siento bien desplazándote de tu...

—Vete a la cama, Molly. Debes estar cansada. —acortó la distancia entre nosotros con unos pasos y se inclinó en mi dirección para depositar un beso sobre mi frente— Que duermas bien.

No iba a hacerlo, no teniendo toda la noche para recordar nuestro beso mientras me refugiaba en la calidez de sus sábanas inundadas de su aroma. Dormir parecía imposible en esa situación. Me giré llevándome la mano a la frente observando como salía del salón sin mirar hacia atrás.

Suspiré confirmando que no iba a poder pegar ojo con tantas cosas en la cabeza. Solo esperaba que Holden no me acabara odiando.



—Buen trabajo Molly, lo dejamos por hoy. Te veo mañana.

—Gracias. Hasta mañana.

Me sequé la frente agotada después de una mañana ajetreada, me sentía agotada después de que mi predicción de no poder pegar ojo se hubiera cumplido. Solo deseaba llegar a mi casa y tirarme en mi cama a dormir hasta que fuera el día siguiente. Pero no podía hacerlo todavía porque me quedaba algo por terminar antes de poder acabar con mi jornada.

Retiré los guantes de mis manos con cuidado, a esto le siguió la bata cuando los deseché en su respectivo cubo. Caminé con el objetivo fijo repitiéndome que debía estar calmada. Recordaba las palabras de Aaron, si me veían alterada la gente sospecharía. Nunca fui buena fingiendo pero sabía mantener la compostura ante situaciones críticas y esa cualidad me beneficiaba en ese momento.

—Te veo muy sola sin el moreno.

—Solo era un paciente. —repliqué pasando deprisa por su lado.

No tenía tiempo para dejarme molestar por Cloe, había una situación más importante entre manos que debía resolver. Me felicité mentalmente por la calma con la que le resté importancia como si realmente pensase eso de él.

Recorrí los pasillos del hospital hasta llegar al lugar deseado. Me aseguré de que no hubiese gente cerca mirando hacia los lados antes de entrar a pesar de que mi presencia en ese lugar estaba justificada. Había sido mi trabajo hasta hacía poco al fin y al cabo.

Me senté frente la computadora esperando a que se encendiera mientras repetía mentalmente el correo al que tenía que enviar la información una vez

que la hubiese conseguido. Sabía donde se encontraban porque me los había encontrado unas cuantas veces por casualidad pero nunca le había dado más importancia por falta de información.

Abrí la carpeta notando como el pecho me retumbaba contra el pecho mientras introducía el código que me pedía para continuar. Encontré la situación graciosa, eso no estaría pasando si hubiesen contratado a un especialista para llevar al orden del día esas cosas en vez de a una chica recién salida de la carrera deseosa de ejercer. Estaba convencida de que yo cobraba menos que alguien que ejerciera esa profesión y que por eso no me habían dejado trabajar como enfermera al principio. Conocer la verdad me aclaró muchas cosas. Una chica recién salida de la universidad no cuestionaría nada de lo que viera o lo consideraría extraño. Enorme error infravalorarme.

No tenía tiempo para buscar la información específica así que tras comprobar que era lo que estaba buscando mandé la carpeta entera asegurándome de añadir todos los archivos extras que consideraba necesarios. Se me disparó el pulso cuando unos pasos se empezaron a escuchar al fondo del pasillo. Había poca gente que bajara al sótano porque solo había informes, casos clasificados y cosas por el estilo.

—Vamos, vamos. Carga ya. —animé viendo como la barra azul avanzaba de manera muy lenta.

Me alteré viendo como recorría su camino sabiendo que si la persona cuyos pasos se escuchaban cada vez más cerca sabía que yo ya no trabajaba en esa sala iba a tener problemas. No podía dejar que eso pasara, no podía poner el foco sobre ellos.

Casi me desmayo de alivio cuando en la pantalla apareció un mensaje avisando de que el correo había sido enviado con éxito. Cerré mi cuenta antes de cerrar la pantalla de modo incógnito del ordenador apagando este de manera rápida. Solo necesitaba salir de ahí sin ser vista y todo estaría bien. Quise sonreír, lo había logrado. Había tenido dificultades pero había conseguido mi objetivo.

Me apresuré en ir hacia la puerta esperando tener unos segundos de margen para salir de la sala y girar al lado contrario del que viniera la persona. Si mantenía la mirada baja no tenía porque reconocirme. Tenía mucho sentido y habría salido perfecto si la puerta no se hubiese abierto al mismo tiempo que yo cogía el pomo.

—Vaya, vaya, vaya. ¿Pero qué tenemos aquí?

No podía ser verdad.

Capítulo 43

Holden

Atrapé un enorme pedazo de pizza entre mis dientes notando como el queso se disolvía en mi paladar mientras observaba al rubio imitar mi gesto. Empezaba a plantearme pedirle un alquiler por la frecuencia en la que estaba en mi piso desde que salí del hospital.

—Tengo un nuevo plan. —Aaron me dirigió una mirada extrañada. —Para conseguir los archivos. No puedo aparecer otra vez por ahí porque se lo he prometido a Molly pero con mi ayuda puedes...

—No te preocupes por eso, ya da igual.

—¿Cómo que da igual? ¿Qué mierdas estás diciendo? Llevamos meses planeando eso, ¿y tú quieres dejarlo todo por un contratiempo?

—No es eso. —aclaró sacudiendo la cabeza en negación —Supongo que ya es hora de decírtelo. Conseguí los documentos. Vi una buena oportunidad y la aproveché. Siento no haberte dicho nada pero podrías haber comprometido mis planes.

Una euforia recorrió mis venas ante lo que eso significaba. Lo teníamos, teníamos a ese capullo. No me lo podía creer. ¡Lo habíamos conseguido! Lo haríamos pagar por lo que había hecho. Quise llamar a la pelinegra presa del impulso para compartir mi felicidad con ella pero esa idea solo rondó por mi cabeza unos segundos. A pesar de que gracias a la noche anterior tenía su número no quise molestarla, si no recordaba mal había terminado de trabajar hacía unas horas y estaría descansando. Le mandaré un mensaje más tarde.

—Joder, tío. Eso es genial. ¿Cómo coño lo hiciste?

—La verdad es que yo no hice nada. Solo tuve que contarle la historia a Molly.

Mis músculos se tensaron al instante. Dejé el trozo de pizza sobre el plato para mirarlo de manera amenazante esperando por su bien haber escuchado mal.

—No se te habrá ocurrido pedirle que hiciera nada, ¿verdad?

—No hizo falta, ella se ofreció sola.

Las piezas empezaron a encajar en mi mente como un puzzle. Esas conversaciones sacadas de contexto, porque parecía tan cercana a Aaron, la razón por la que se sonrojaba cuando le preguntaba si me estaba ocultando algo... ¡Joder! ¡Todo encajaba! Comprendí porque sus besos eran tan entregados a pesar de que supuestamente sintiera algo por el rubio.

¡Por esa maldita razón estaba tan rara conmigo los últimos días! Necesitaba estar distante conmigo porque sabía que si alguien se percataba de que habían copiado la información todos los ojos se posarían sobre mí cuando esta saliera a la luz. Si no quería que la relacionaran con todo tenía que mantener las distancias conmigo para que no pareciera que fuéramos cercanos.

También entendí la furia desmedida de cuando me encontró buscando en el ordenador. Ella iba a encargarse de ello para ayudarme y yo le estaba fastidiando el plan. Me enterneció la manera en la que la pelinegra intentaba protegerme pero no pensaba permitir que le pasara nada y el capullo que tenía delante iba a pagar por haberla metido en esa mierda.

Ni siquiera vio venir el puñetazo que le solté. Me levanté para golpear la pared con frustración sintiéndome insatisfecho con escucharle quejarse por el golpe. Mis dedos picaron por el deseo de emparejar el moratón que le saldría en el lado derecho dándole un golpe en el pómulo contrario.

—¿Cómo mierdas se te ocurre involucrarla?! ¡Sabes lo peligroso que es Phill! Como se entere va a ir a por ella y yo voy a matarte. ¿Es que eres idiota o tienes una piedra por cerebro?

—Phill no la va a pillar, no va a sospechar de ella.

—Ella no debería estar involucrada. ¡Es mi tío del que estamos hablando! ¡Fue a tu hermana a quien torturó durante años cuando empezó a salir con tu madre! ¡Joder! Ella no tiene nada que ver en eso.

—No estoy de acuerdo, colega. Esa chica siente algo por ti. A mi parecer eso la involucra.

—Puede que sienta cariño por mí, pero no ha sido ella la que ha visto llorar a Lucy durante años. Tampoco la que la encontró a punto de ser forzada cuando era poco más que una cría. ¡No fue ella a la que su madre hecho por casa llamándola mentirosa cuando le pidió ayuda! ¡Ni tampoco la que lleva culpándose años por haber estado en una universidad lejana sin saber lo que ocurría! Molly quiere ayudarme, pero no pienso que pague las consecuencias de nuestros actos porque no es yo, ni tampoco tu hermana, ni mucho menos tú.

Así que ya le estás diciendo que se olvide.

—Colega, ya te dicho que los ha conseguido. Me envió los documentos por correo hace unas horas.

Me llevé una mano a la cabeza para revolver mi cabello con nerviosismo, no podía hacer nada ya pero tenía que asegurarme de que estuviera bien. Mantenerla conmigo hasta que pudiéramos exponer los documentos y todo saliera a la luz. Solo teníamos que revisar los archivos y encontrar lo que necesitábamos. La rabia corría por mis venas, odiaba haberla puesto en peligro por mi culpa.

—Era la mejor para hacer esto. No tiene relación con el caso y además trabaja en el hospital. Si te acusan de robar información confidencial de un edificio privado podrían meterte en la cárcel. Ella tiene justificación para usar ese ordenador así que si alguien se la encontraba o la grababa no se exponía a ningún peligro.

—Voy a llamarla ahora mismo para que venga. —le ignoré dándole la espalda —Arregla esto ya porque como se vea afectada de alguna manera voy a matarte.

Ignoré sus justificaciones sacando el teléfono de mi bolsillo para rebuscar entre mis contactos hasta encontrar su nombre. Sabía que estaba cansada pero ya se relajaría más tarde, ahora solo tenía que ponerla a salvo. Y tener una charla seria con ella. Me iba a escuchar, iba a ser la última vez que quisiera hacer algo tan peligroso. Pensaba metérselo en la cabeza a gritos si hacía falta. Esa tonta, ¿cómo se le ocurrió ponerse en peligro por mí?

—¿Eres estúpida? —recriminé cuando contestó— ¿Cómo se te ocurre hacer algo así? ¿Y si te pasa algo?

—Yo también le he dicho que no debería haberse metido.

La línea se quedó en silencio tras esa contestación un tono de voz demasiado grave para pertenecerle a la pelinegra. Mi cuerpo debió tensarse porque noté como Aaron se acercó curioso a mi lado para escuchar la conversación.

—¿Qué has hecho?

—¿Yo? Nada. —se echó a reír poniéndome los pelos de punta— Todavía. Depende de ti lo que le haga. Más te vale borrar todo lo que tengas y olvidarte de lo que pasó porque si no vamos a tener problemas, sobrino.

—¡Como se te ocurra tocarla...!

No pude terminar porque el inconfundible pitido que sonaba al finalizar la llamada me interrumpió. Gruñí de rabia estampando el puño contra la pared.

¡Mierda! ¡Eso era precisamente lo que estaba intentando evitar! La pantalla se iluminó revelando un nuevo mensaje. Me apresuré a desbloquearlo cuando vi que procedía del teléfono de la pelinegra.

Se me detuvo el corazón cuando me topé con una foto de Molly tirada en el suelo maniatada con cadenas algo oxidadas desmayada con el pómulo empezando a ponerse morado. Mi pecho se oprimió de dolor mientras observaba la fotografía. Molly, mi preciosa Molly estaba así por mi culpa. Maldije al idiota de Aaron por haberla metido en eso, a mi tío por atreverse a tocarla y a mí por no haber evitado eso. Podía haberlo evitado porque lo sabía.

Sabía desde el primer momento que que Phill fuera el director del hospital solo podía traer problemas.

Capítulo 44

Molly

Sentía como las sienes me latían con fuerza. Quería permanecer dormida pero la posición en la que me encontraba no facilitaba mi deseo, la cama también parecía más dura de lo normal. Apreté los ojos con fuerza antes de parpadear unas cuantas veces con la intención de que mi visión se adaptara a la luz de lugar.

Pude darme cuenta de que no me encontraba en mi casa al no poder identificar nada de lo que me rodeaba. Que sintiera una cadena fría reteniendo mis manos y piernas también me daba una pista acerca de lo que estaba ocurriendo.

Observé el lugar con detenimiento. Las paredes parecían de plástico duro algo descolorido por el paso del tiempo, las dimensiones no eran muy amplias por lo que además de unos cuantos objetos y cajas de cartón no había espacio para mucho más. La puerta en cambio poseía un enorme candado demasiado sofisticado para guardar las cosas sin importancia que yo estaba viendo. Me encontré su expresión satisfecha llena de locura cuando giré la cabeza hacia mi espalda viéndolo sentado en una silla con calma.

Había ocurrido de verdad, no había sido un producto de mi imaginación. Me habían secuestrado y estaba asustada por la mirada demente que me había mostrado el director del hospital antes de golpearme en la cabeza. No sabía que iba a pasar o si podría salir ilesa de esa situación pero solo podía pensar en ver a Holden.

—Con que ya despertaste, perra. Es una lástima, quería hacerlo yo personalmente. —un escalofrío recorrió mi espalda al ver la mirada afilada que me dirigía.

—¿Cómo pudiste hacerle eso? Era tan solo una niña.

Puede que no fuera el mejor momento para pedir explicaciones porque primero, no era yo con quien tenía que justificarse sino con un juez, y segundo

me encontraba inmovilizada a su merced en un lugar del que no podía salir. Aun así no pude resistirme a intentar comprender sus deplorables actos.

Aaron me había contado en esa supuesta cita toda la historia de principio a fin. La chica rubia, Lucy, tan solo tenía diez años cuando su madre comenzó a salir con un nuevo hombre. El director del hospital, el que entonces supe que se llamaba Phill, empezó a torturarla psicológicamente con comentarios para resquebrajar su fuerza de voluntad. Su madre ni siquiera se dio cuenta de la brusca bajada de peso de la niña ni de las ojeras que aparecieron en sus ojos. Luego continuó con pequeños roces casuales hasta ir subiendo la intensidad y no le importó pasar meses mermando su confianza para conseguir sus propósitos.

La historia hubiese tenido un desenlace terrible cuando intentó forzarla a los trece años dentro de su coche en el parking de un centro comercial si Holden no hubiese escuchado los gritos al pasar por ahí. Supo como actuar a pesar de tan solo tener dieciocho años y se hizo cargo de Lucy llevándola hasta la policía para que pudiera relatar los hechos y denunciarlo.

Phill le juró venganza cuando intentaron exponerle sin conseguirlo. No había pruebas que lo implicarían, había sido cuidadoso y su cuerpo carecía de marcas. Salió libre de cargos tras la declaración de su madre en la que esta afirmaba que su hija solo intentaba llamar la atención y que lo había intentado más veces con otras personas.

A pesar de ser menor de edad Lucy se fugó para irse con Holden quien la convenció para llamar a su hermano quien estaba en una universidad de fuera del estado para contarle lo ocurrido.

—Esa zorra se libró por poco, pero ahora puedo vengarme de ese estúpido dándole donde más le duele. —se agachó para quedar a mi altura antes de atrapar mis mejillas con una de sus manos ejerciendo fuerza sobre su agarre. —¿Cómo crees que le sentará que destruya a su novia?

—Holden no es tonto. —no se me pasó por alto ese apelativo. ¿Acaso estaba yo equivocada? ¿Tendrían únicamente una bonita amistad formada por las circunstancias? No importaba, tenía que centrarme en lo importante— Tiene los archivos, ¿cuánto tiempo crees que tardará en detenerte la policía?

Los tres juntos habían investigado mucho acerca de su misterioso puesto como director del hospital cuando ni siquiera tenía una carrera en ciencias de la salud por lo que empezaron una investigación y descubrieron que lo habían colocado ahí para realizar actividades fraudulentas sin que levantara sospechas. No solo recortaba material sanitario y el sueldo de los

trabajadores, también aprovechaba su posición para hacer contrabando con drogas potentes que se usaban como calmantes y medicamentos similares. Puede que no pudiese demostrarse el caso de Lucy pero ese ser ruín acabaría en la cárcel igualmente.

—No voy a ir a la cárcel.

—Claro que sí. Holden seguro que ya le habrá informado a la policía de lo ocurrido.

—No va a hacer nada porque estás tú de por medio. —extiende una sonrisa retorcida. —Las personas se vuelven irracionales cuando se trata de amor.

Se acercó a mí con una cuerda en las manos y me pregunté que para qué pensaba usarla cuando la tenía mi cuerpo lleno de cadenas de hierro. Averigüé su propósito cuando la pasó por mi boca para así amordazarme. Sin conformarse con eso rodeó el trozo de cuerda con cinta americana para que estuviera mejor fijada. Quise quejarme pero solo me salían ruidos bajos.

Necesitaba salir de ahí. Solo podía pensar en huir mientras lo veía salir de la pequeña caseta de plástico riendo como si se hubiese salido con la suya. Dejé caer la cabeza al escuchar como cerraba la puerta con esa gran cerradura que había visto. Me sentía impotente por no poder hacer nada en esa situación.

—Espero que te hayas despedido de Holden, porque ahora mismo tiene que estar dirigiéndose directo a mi trampa.

No. No, eso no. Holden no. No podía tocarlo a él. Me negaba a pensar que el ojiazul pudiera estar en peligro de alguna manera. Mis ojos se cristalizaron ante la sola idea de que algo malo pudiera ocurrirle. No podía soportar la idea de que saliera herido. Lo quería.

Me levanté como pude ayudándome de la pared para ello porque tenía los pies atados. Fui dando saltos hasta acercarme a la puerta y con la única idea de salir de ese sitio para avisarle me lancé contra la puerta. El golpe contra el suelo al caer me dejó unos segundos atontada, sacudí la cabeza para despejarme antes de levantarme de nuevo notando como me palpitaba el hombro por el golpe. Fui saltando una vez más para coger potencia para estampar mi cuerpo contra la puerta esperando a que esta cediera obteniendo los mismos resultados.

No me importaba, no podía rendirme. Necesitaba avisar a Holden de que estaba en peligro, tenía que ayudarlo. Eso es lo único que podía repetirme mientras ignorando el dolor que embargaba mi cuerpo me arrojaba una y otra vez sobre la puerta sin notar siquiera que esta temblara. El último golpe me dejó mareada, me empezaba a encontrar realmente mal y las cadenas me

hacían rozaduras en las muñecas y tobillos cuando me movía pero no podía detenerme.

Me puse de pie una vez más para volver a embestir contra la puerta sin conseguir abrirla. No me importaba, pensaba golpearla hasta abrirla. Tenía que resistir. Por Holden.

Capítulo 45

Holden

Iba a desgastar las suelas de mis zapatillas debido a la manera compulsiva en la que recorría la habitación de un lado a otro de manera desesperada. Molly, mi pelinegra estaba a merced de ese psicópata y todo por mi culpa. La desesperación embargaba cada pequeño poro de piel, anhelaba poder ayudarla de alguna manera pero no sabía como hacerlo.

Un pitido proveniente de mi teléfono provocó que prácticamente me arrojara sobre la mesa en la que se encontraba cuando reconocí ese tono como el de un mensaje. El corazón me latía con desespero contra el pecho mientras mis emociones luchaban en una batalla por tomar el control sobre mí. La preocupación iba ganando por goleada, aunque se le acercaban bastante mis ganas por asesinar a ese capullo por atreverse a tocarla.

Ve a esta dirección. Tienes quince minutos. Nada de policías o tu puta pagará las consecuencias.

El mensaje era claro y aunque me embargó el impulso de estrechar el teléfono contra la pared por desesperación controlé mis acciones. No me lo pensé demasiado, por fin podía hacer algo y no iba a desaprovechar la ocasión.

—Ey, ey, ey. ¿Qué coño haces, colega? ¿Es que eres una idiota? Es una trampa, en cuando vayas a esa dirección te quitará de en medio.

—No soy idiota pero si tengo una mínima posibilidad de poner a Molly a salvo voy a aprovecharla. —le contesté metiéndome las llaves en el bolsillo mientras el rubio miraba con desconfianza la dirección de mi teléfono.

—Si sabes que es una trampa y aun así vas es que eres más estúpido de lo que pensaba. ¿Por qué no avisamos a la policía y ya está? ¿Cómo que no? —se indignó al verme sacudir la cabeza— Después de tanto tiempo planeando hundirlo tenemos la posibilidad, ¿y tú la quieres dejar pasar?

—La quiero, tío.

Lo había asumido cuando mi estadía en mi piso se hizo insoportable, a pesar de encantarme mi independencia meses atrás, a mis días les faltaban algo sin la pelinegra rondando a mi alrededor. La echaba de menos y me sorprendía a mí mismo pensando en ella la mayor parte del día. No tenía sentido negarlo, esa adorable chica había conseguido colarse en mi corazón. La tenía junto a mí y no pensaba perderla.

Ni siquiera me percaté del recorrido que hice hasta llegar a ese garaje, solo activé el GPS agradeciendo que la dirección se encontrara a tan solo diez minutos en coche y mi cuerpo se puso en modo automático acatando las órdenes del aparato mientras mi cerebro luchaba por mantener la calma. Mierda. No podía permitir que le pasase nada, no a ella.

Aparqué el coche de cualquier manera saliendo casi corriendo en dirección a la puerta de hojalata entreabierta. No me molesté en ponerme a observar los detalles al llegar, solo quería matar a ese capullo. Lo encontré a unos metros de mí sonriendo de manera malévola con sus manos entrecruzadas tras la espalda.

Dirigí mis pasos hasta su cuerpo y antes de que pudiera reaccionar impacté mi puño contra su pómulo con todas mis fuerzas. Lo agarré del cuello de la camisa evitando su caída para elevarlo unos centímetros del suelo con aire amenazante.

—¿Dónde está, hijo de puta?! ¡Voy a matarte como la hayas tocado! — escupió sangre a mis pies sin borrar esa sonrisa victoriosa de su rostro.

—Yo no haría eso si fuera tú. Recuerdas de quién depende tu zorra, ¿verdad?

Quería estrangularlo con mis propias manos por atreverse a dirigirle ese apelativo y por haberla tocado pero sabía que él tenía el control sobre Molly y no podía matarle a golpes. Por el momento. Por eso mismo le solté arrojándolo con fuerza hacia atrás disgustado porque hubiese podido mantener el equilibrio en el último instante.

—¿Qué es lo que quieres?

—Primero ver como borras los documentos. No soy idiota y sé que podéis haberlo copiado así que quiero que firmes esto también.

Le arranqué con brusquedad los papeles que me ofreció ojeándolos por encima. Se me contrajo el rostro al ver lo bien atado que tenía todo el capullo. Se las había ingeniado para redactar un papel en el que un psicólogo le diagnosticaba un trastorno psicológico a Lucy en la que está debido a su

estado mental estaba obsesionada con él llegando incluso a inventarse lo del abuso. En esos documentos se incluían declaraciones hechas en mi palabra en las que se afirmaba que ella lo había planeado todo y en las que confesaba que la rubia en un arranque de celos por estar con su madre había contratado a un contable para que manipulara sus cuentas del hospital. Quería hacerle creer a todo el mundo que todo había sido plan de una celosa desquiciada en caso de que salieran a la luz sus actividades fraudulentas.

No sabía como lo había logrado pero incluso estaba la firma del psicólogo con sus respectivos nombres. Si firmaba eso jamás podríamos desmantelarlo porque no solo se libraría sino que ingresarían a Lucy en un psiquiátrico. Daría igual que lo negara más tarde porque mi firma estaría plasmada en ese papel.

—Sí estás dispuesto a firmar eso dejaré libre a tu perra. Iremos con mi notario y mentirás diciendo que esas son tus palabras.

—¿Cómo conseguiste una declaración falsa de un psicólogo?

—Te sorprendería lo que hace un buen montón de dinero. ¿Qué me dices entonces?

—Que sería gilipollas si firmara algo así.

—Respuesta incorrecta, sobrino. Déjame intentarlo otra vez, creo que se me ha pasado contarte un pequeño detalle. En exactamente —dirigió una mirada a su reloj— veinte minutos uno de mis hombres tiene órdenes de matar a la chica si no le llamo para cancelarlo y eso solo va a pasar cuando hayas firmado los papeles. Te lo preguntaré de nuevo, ¿qué me dices?

—Tiene que haber otra manera.

—No la hay, esto es lo que pasa cuando se juega conmigo.

Los engranajes de mi cabeza se movieron con intensidad provocando que casi saliera humo de esta. No estaba en una situación sencilla. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? Si firmaba esos papeles tendría carta blanca para traficar con drogas todo lo que le diera la gana porque tendría mi declaración y la del psicólogo para meter a Lucy en un psiquiátrico e irse con las manos limpias. Aaron acabaría destrozado por mi traición y la situación de su hermana si eso pasara. La gente podría morir por la falta de material médico o medicinas por recortes de presupuesto. Y por si eso fuera poco esas drogas podrían matar a gente. Pero al otro lado de la balanza estaba mi pelinegra. La chica que me volvía loco. La sola idea de perderla me dolía en el alma. Su sonrisa iluminaba mi vida y no creía poder soportar dejarla ir sin más.

Se me contrajo el pecho de manera dolorosa porque sabía lo que tenía que

hacer, lo que era lo mejor para todos. Era demasiado obvio, la vida de una persona sobre la de cientos. Tenía que dejar ir a Molly aunque eso me partiera en dos.

—¿Y bien? ¿Qué has decidido?

—Firmaré los papeles.

No podía hacerlo. Sería la persona más jodidamente egoísta de todo el maldito planeta pero no me importaba porque Molly iba por delante de cualquier cosa. Pensaba cargar en mi conciencia con no haber detenido eso, pero pensaba hacerlo con mi chica a mi lado. Encontraríamos otra forma de desesmansarlo.

—Bien hecho, sobrino.

—Algún día pagarás por todo esto. —avisé con rencor provocando su risa.

—Eso no va a pasar. Gracias al dinero que robo del hospital y al tráfico con los medicamentos estoy hecho de oro. Meterme en actividades ilegales fue la mejor cosa que pude haber hecho.

La puerta provocó un fuerte estruendo cuando se chocó contra la pared por lo que dirigí la mirada hasta ese punto abriendo los ojos de manera exagerada. ¿Qué mierdas?

—¡Policía! ¡Manos arriba! ¡Está rodeado!

Capítulo 46

Holden

Una veintena de agentes entraron rodeándonos mientras no dejaban de apuntar a Phill con armas de todos los tamaños posibles. Algunos policías llevaban incluso trajes antibalas con cascos negros. Llegaron con tanta rapidez que me costó un poco asimilar lo que estaba ocurriendo.

—¡Tírate al suelo! ¡Estás rodeado! ¡Las manos en la cabeza! —ordenó uno de los agentes que llevaban traje antibalas dando un par de pasos al frente.

Varios policías que estaban más cerca se tiraron sobre él para agarrarlo cuando este elevó las manos lentamente viéndose acorralado. Le situaron unas esposas sujetando sus manos tras su espalda viendo que no tenía nada con lo que poder defenderse. Le cachearon a conciencia comprobando que no tuviera nada con lo que poder escapar tras preguntarle si había algo con lo que pudieran herirse, una vez acabada la inspección indicaron con un asentimiento que estaba limpio.

—Phill Johnson, queda detenido por desviación de fondos públicos, tráfico de drogas y falsificación de documentos legales. El caso de la niña de la que intentó abusar se reabrirá y se incluirá en los cargos por las declaraciones que intentó manipular. Tenemos grabaciones en las que confiesa sus delitos que serán usadas en el juicio. Tiene derecho a permanecer en silencio, todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra. Si no tiene dinero para pagar un abogado se le designará uno de oficio.

—No, no puede detenerlo. —le frené agarrándolo del brazo cuando lo dirigió hacia la salida.

—Tú debes de ser Holden, ¿verdad?

—Tiene a mi chica secuestrada. Alguien se encargará de matarla si él no lo llama. No pueden detenerlo. —le expliqué con desespero ignorando que supiera mi nombre.

—Nos encargaremos de eso, no te preocupes.

Me llevé las manos al pelo para revolverlo con nerviosismo. No había tiempo para que lo interrogaran y ese capullo no iba a hablar. Un pinchazo profundo se enterró en mi pecho, no podía estar en un mundo que no tenía la sonrisa de Molly. No quería eso, necesitaba ver como sus mejillas se sonrojaban con mis comentarios.

Lo llevaron hacia la puerta y no fui capaz de contener el escalofrío que me recorrió cuando me dirigió una mirada vengativa al pasar por mi lado.

—Quince minutos. Espero que te hayas despedido de tu perra.

Mi cuerpo entró en tensión. ¿Cómo mierdas iba a evitar que le pasara algo en quince minutos? Si no supiera que la policía me detendría le sacaría a golpes la localización.

—Holden, colega, ¿estás bien? —se preocupó Aaron al ver como mis puños empezaban a ponerse blancos.

—¿Qué haces aquí? ¿Y cómo mierdas ha llegado la policía hasta este lugar?

—Me pareció peligroso dejarte solo con un pirado. Llevé los datos que había sacado con las pruebas que lo incriminaban a la comisaría y le expliqué lo que estaba ocurriendo. Recordaba la dirección así que los conduje hasta aquí. Tardamos un poco en llegar porque tenían que revisar los datos pero al menos la comisaría se encuentra apenas dos manzanas de aquí. Llevamos cinco minutos fuera pero necesitaban una confesión antes de actuar o podría escaquearse en el juicio. —llevó una mano a mi espalda para palmearla. —Lo has hecho bien, colega. Estoy orgulloso de ti.

—¡Lo has jodido todo! ¡Joder! ¡Tiene a Molly!

—Tranquilo, la vamos a encontrar.

—¡Alguien va a matarla en quince minutos! ¿Entiendes eso? ¡No voy a dejar que muera a sangre fría en un cobertizo de mierda....!

—¿Holden? ¿Qué pasa? Te has quedado callado de repente.

—Un cobertizo de mierda. —repetí en un susurro analizando la situación.

—Sí, te he oído la primera vez.

Saqué mi teléfono del bolsillo de mi vaquero ignorándolo mientras deseaba con todas mis fuerzas que mi pálpito no fuera erróneo. Desbloquéé la pantalla y abrí los mensajes para seleccionar la foto de Molly tirada en el suelo atada con unas cadenas inconsciente. Evité en la medida de lo posible fijarme en ella y me concentré en visualizar cada pequeño detalle. No sabía donde pero me sonaban las paredes blancas de plástico. Había unas cajas de cartón marrón en las que se podían ver algunos objetos como cotillones y bolas para

árboles de navidad. Mi corazón empezó a retumbar con fuerza al fijarme en que la caja de al lado contenía una variedad de luces enredadas con bombillas coloridas. El recuerdo se reprodució en mi memoria al instante.

—*Este sitio es bonito. ¿Por qué no hay nadie?*

—*Lo usan para fiestas solamente, de navidad, año nuevo y cosas así. No he estado nunca pero me han dicho que es muy bonito. Montan mesas con manteles bonitos, colocan árboles de navidad y llenan todo de luces de colores. Después lo guardan todo en esa caseta de ahí y no suben hasta la siguiente celebración. Es una pena, porque es un sitio muy bonito pero así puedo disfrutarlo yo sola.*

Joder. Joder, ¡lo tenía! ¡Sabía dónde estaba Molly!

Mis piernas reaccionan antes que yo y empecé a correr hacia la salida con la idea de sacarla de ese sitio. Si Phill había atrapado a la pelinegra eso significaba que la había pillado con las manos en la masa. Estaba seguro de que a mi tío le hubiese sido imposible sacar a Molly desmayada por la puerta grande cuando todos la conocían por lo que la subió a la azotea. El único lugar al que no iba nadie.

—¡Holden! ¡¿Dónde demonios vas ahora?!

Ignoré su pregunta saliendo por la puerta agradeciendo haber aparcado el coche justo delante de la entrada. Pulsé el botón de las llaves para abrirlo viendo de reojo como metían al capullo en la parte de atrás de uno de los coches de policía. La suerte pareció ponerse de mi lado porque no había ningún vehículo delante del mío que me impidiera salir a toda pastilla a por ella.

Puede que debiera haberme parado a explicarle lo ocurrido a la policía pero no quería perder el tiempo, el reloj me avisaba de que mis diez minutos eran demasiado valiosos como para perder un solo segundo. Necesitaba llegar con ella cuando antes. Deseaba que todo se tratara de una pesadilla, que me despertara con Molly en la habitación de al lado sin que nada de esto hubiese ocurrido.

Recorrí las calles deprisa, sin cuidado alguno mientras le echaba miradas furtivas al reloj deseando que dejara de avanzar. No me preocuparon las multas que pudieran ponerme, solo me centré en pisar el pedal con fuerza maldiciendo que el hospital se encontrara tan lejos. Estaba seguro de que había elegido esa localización para que no me diera tiempo a llegar en caso de que le diera una paliza y saliera corriendo a rescatarla. Pero yo contaba algo que él no había tenido en cuenta. Era un chico enamorado y las personas por

amor hacen locuras. La aguja que marcaba la velocidad de mi coche lo corroboraba.

Casi se me sale el corazón por la boca cuando por fin pude vislumbrar el imponente edificio del hospital a lo lejos. Aceleré hasta que no me quedó más remedio que pegar un frenazo para no acabar metiéndome con el vehículo en el recibidor. Noté como mi cuerpo se movió con brusquedad debido a la repentina frenada y me desabroché el cinturón viendo por el reloj que apenas tenía dos minutos para llegar. Eran solo cinco plantas, podía hacerlo.

Salí corriendo del coche sin molestarme siquiera en cerrar la puerta o ponerle el seguro. La gente se apartaba asustada al verme correr con tanta urgencia en sentido a las escaleras, ni loco cogía el ascensor cuando posiblemente pararía en cada planta. Me zumbaban los oídos de los nervios pero no pensaba darme por vencido. Un único pensamiento se repetía una y otra vez en mi mente.

No podía perderla.

Capítulo 47

Molly

Solté un gemido por el dolor que me provocó caer nuevamente sobre la puerta. A pesar de que cambiaba de hombro para no forzarlos demasiado me dolían demasiado. Apenas tenía fuerzas para mantenerme en pie pero tenía que seguir.

Volví a la carga desconociendo como conseguía seguir levantándome y cargué contra la puerta con fuerza. Mi cuerpo se sacudió hasta caer al suelo, mi corazón dio un vuelco cuando una intensa luz me cegó durante unos segundos. Parpadeé un par de veces hasta dirigir la mirada hacia el suelo comprobando que era distinto. No me lo podía creer. Lo había hecho, había conseguido salir. Un profundo orgullo invadió todo mi sistema sintiendo que todos mis esfuerzos habían valido la pena.

Mi gran sonrisa de satisfacción se borró de un plumazo cuando me percate de que algo no iba bien, había unos zapatos de charol negros delante mía. Elevé la mirada rogando porque fuera uno de los buenos llevándome una gran decepción cuando me encontré esa estampa.

Mi cuerpo se tensó poniéndose alerta, al estar desde el suelo no podía apreciarlo con detalle pero debía medir por lo menos un metro noventa. Que pareciera ser capaz de arrancar un árbol si quisiera tampoco me ayudaba a calmarme.

Intenté retroceder cuando se agachó en mi dirección pero no pude llegar muy lejos. Su gran mano agarró uno de los extremos de la cuerda que amordazaba mi boca y la soltó tirando con fuerza de ella para arrancar también el pedazo de cinta americana. Me quejé por lo bajo por el dolor mientras que me liberaba de las cadenas que inmovilizaban mi cuerpo. A pesar de que me había soltado no lo consideré como una buena noticia.

Supe que algo realmente malo iba a ocurrir cuando inspeccionando su traje negro me topé con un cinturón especial para guardar pistolas. Estaba vacío y

poco después descubrí que era porque llevaba el arma en su mano derecha.

—Tu chico no ha accedido al trato con mi jefe. Sabes lo que eso significa, ¿verdad?

Por si sus palabras no estuvieran lo suficientemente claras elevó su mano hasta apuntarme a la cabeza con la pistola. Me embargó el pánico mientras retrocedía asustada topándome con una pared. Estaba atrapada, no podía salir.

—¿Por qué me has soltado?

—Es más divertido si te escucho gritar o si intentas huir. —respondió recorriendo mi cuerpo con lascivia mientras le quitaba el seguro a la pistola. —¿Sabes? Me parece un verdadero desperdicio que tenga que matarte.

¿Estaría bien Holden? Si no se había puesto de acuerdo con su jefe significaba que había hablado con él. Me maldije por no haberme esforzado más por abrir la puerta, puede que le hubiese podido avisar. Solo necesitaba comprobar que se encontraba bien pero por la mirada cruel del gran tipo que me apuntaba con la pistola eso no iba a ser posible.

Cerré los ojos sin querer que lo último que viera fuera a ese tipo, me obligué a pensar en Holden. Estaba muy asustada y podía notar como las lágrimas mojaban mis mejillas pero al menos la imagen del ojiazul conseguía reconfortarme.

Un estruendo sonó y abrí los ojos asustada pensando que me había disparado. Lo descarté viendo como la mirada del gran tipo se dirigía a otro punto. Pensé que estaba alucinando cuando me encontré a un Holden con la respiración acelerada mientras barría con desesperación la azotea con la mirada. Su expresión se transformó en una de espanto cuando sus ojos se toparon con el tipo apuntándome.

—¡Molly!

Eché a correr en mi dirección con desesperación. El tipo grande se giró rápidamente dejando de darme la espalda viendo que le quedaba poco tiempo. Cuando salí de la conmoción intenté moverme para quitarme de su trayectoria pero me encontraba muy débil y la cabeza me daba tantas vueltas que apenas pude moverme unos centímetros en ese lapso de tiempo.

Todo pareció suceder a cámara lenta para mí. El sonido del arma sonó justo cuando el ojiazul se arrojó sobre el hombre para desviar la trayectoria de la bala. Consiguió bajar su brazo para que no apuntara a mi cabeza pero no llegó lo suficientemente rápido. Un intenso dolor me hizo llevarme las manos hacia el estómago mientras notaba como la sangre empezaba a emanar de mi cuerpo.

Me dejé caer contra la pared intentando tomar profundas respiraciones

mientras apretaba la herida pero mi visión empezaba a tornarse negra. A unos metros de mí Holden forcejeaba con el hombre por el arma. Intenté moverme para ayudarlo pero un profundo pinchazo me paralizó al momento consiguiendo que se escapara un quejido de mis labios.

El hombre le sacaba una cabeza al ojazul y se notaba que era mucho más corpulento, me sentí impotente por no poner hacer nada por él. Se movían con demasiada velocidad como para que mi cansada vista pudiera captar todo el recorrido con nitidez, a pesar de eso meforcé por permanecer despierta mientras notaba la sangre empapar mis dedos. Puede que no pudiera hacer nada pero necesitaba saber que estaba bien.

—¿Ha pasado algo? Me ha parecido escuchar un disparo.

Una limpiadora entró en la escena soltando un chillido horrorizado al ver la escena. El hombre desvió la mirada hasta ella cuando habló dándole a Holden una gran ventaja que aprovechó para arrebatarse el arma en un ágil movimiento. Antes de que pudiera reaccionar ya le había golpeado con la culata del arma dejándolo inconsciente al instante.

Dejé caer la cabeza contra la pared cerrando los ojos con alivio. Estaba bien, Holden estaba bien.

—¡Molly! —su grito desgarrado me hizo abrir los ojos de nuevo.

Corrió hacia mí echando el arma hacia un lado para que el hombre no pudiera alcanzarla en el caso de que se despertara. Se dejó caer de rodillas al llegar a mí lado atrayendo mi cuerpo hacia su pecho para apoyarme sobre él con delicadeza.

—Mierda. Mierda, mierda, mierda. No te preocupes, Molly. Vas a ponerte bien. —se giró hacia la limpiadora que aún tenía la boca abierta de la impresión. —¡Llama a un médico! ¡Dile que hay una herida de bala en la azotea! ¡Y llama a la policía después!

La mujer sobresaltada por sus gritos asintió con nerviosismo antes de salir corriendo saliendo de mi rango de visión.

—Joder, Molly. No te preocupes, ¿vale? Todo va a salir bien.

El ojazul dejó que mi cabeza reposara sobre su hombro acomodándose a mi espalda para poder apretar la herida impidiendo que saliera más sangre cuando vio como yo no tenía fuerzas para hacerlo. Un pinchazo me recorrió ante la fuerza que aplicaba pero esta no pareció bastar porque la sangre no tardó en manchar sus dedos.

—Holden, soy enfermera. —me miró aterrado sin saber a donde quería llegar con eso. —Es bueno que estemos en un hospital pero la bala está en una

mala zona. Estoy perdiendo mucha sangre y si ha chocado contra algún órgano no voy a sobrevivir. No voy a pasar la noche.

—¡Eso no va a pasar! ¡Vas a ponerte bien!—gritó negando con la cabeza.

Se me partió el corazón cuando vi como sus ojos se cubrían por un velo cristalino, no quería que Holden sufriera.

Intenté sacar fuerzas para elevar una de mis manos hasta acariciar una de sus mejillas manchándola de sangre en el proceso. Sus ojos me miraron con súplica pidiendo silenciosamente que resistiera. Los párpados empezaron a pesarme y supe que no podría permanecer despierta mucho más. Solo tenía claro que no pensaba irme sin confesarle lo que sentía.

—Tengo algo que decirte. —murmuré con esfuerzo.

—No. —sacudió la cabeza con fuerza. —Me lo dirás cuando te pongas bien.

—Holden, necesito decírtelo. No creo que sobr...

—¡No! ¡Cállate! ¡He dicho que vas a ponerte bien!

—Holden. —sus ojos anegados en lágrimas me suplicaron por silencio que no pude darle. —Estoy enamorada de ti.

Algo pareció explotar en él. Atrapó su labio entre sus dientes dando rienda suelta a sus lágrimas que no tardaron en recorrer sus mejillas hasta llegar a su barbilla. Moví mi pulgar limpiando alguna de ellas sintiendo que se me encogía el corazón por su dolor.

El ojiazul bajó la cabeza hasta posar su frente sobre la mía soltando un sollozo. Gotas saladas impactaron contra mis mejillas pero no me quejé.

Encajó sus labios con los míos besándolos profundamente transmitiéndome un sinfín de sentimientos con cada roce. Las lágrimas en vez de volver el beso salado lo convirtieron en amargo. Me sentí rozar el cielo con su boca acelerando mi corazón a pesar de eso. No me quejé por la fuerza que empleó contra mi boca mientras intentaba hacerme cambiar de opinión, ambos la necesitábamos. Se separó unos momentos después justo cuando una de sus lágrimas impactó contra mi mejilla.

—Yo también estoy enamorado de ti. Por eso no puedes dejarme. No puedes confesar que sientes algo por mí y esperar que siga mi vida sin ti.

Algo explotó en mi pecho, me sentí pletórica. En otras circunstancias me habría arrojado a sus brazos para colmarlo de besos pero ahora me tenía que conformar con esa plenitud que sentía recorrer mis venas. A pesar de estar al borde del abismo no podía encontrarme más eufórica. No podía creerme que el chico de mal carácter que me robó el corazón correspondiera mis

sentimientos. Ni siquiera podía sentir rabia por no poder disfrutar adecuadamente del momento.

Impartí una última caricia en su rostro antes de dejar caer mi mano sin fuerzas. No era capaz de mantener los ojos abiertos por mucho tiempo más y supe que iba a perder la consciencia. Sonreí con tranquilidad dejándome ir, no podía estar en un sitio mejor que entre los brazos de Holden. Mi visión se tornó negra y noté como la inconsciencia me arrastró.

Solo pude percibir a Holden gritando desesperado mi nombre mientras que algunas voces más se le unían soltando órdenes que no supe entender. Me dejé ir definitivamente sintiendo el calor del ojazul arroparme.

Epílogo

Holden

Subí la cremallera de mi chaqueta intentando ganar algo de calor con ese gesto, los días estaban empezando a hacerse fríos. Me percaté de que se había detenido unos metros más atrás cuando no encontré su cuerpo a mi lado. Caminé retrocediendo en mis pasos observando que era lo que miraba con tanto interés.

Mi mirada se oscureció al ver en una tienda de electrónica unas televisiones de distintos modelos encendidas en el canal de noticias. Una chica morena vestida de traje estaba dando algunos datos pero lo que me llamó la atención fue la foto que estaba en la esquina izquierda superior en la que se podía apreciar la foto del carnet de identidad de Phill.

—Después de siete largos meses de juicio hoy el juez ha dictado sentencia. —la chica paseó con rapidez la vista por los papeles de su mano. —Phill Johnson ha sido culpado de diversos delitos entre los que se encuentran tráfico de drogas, secuestro y obstrucción a la justicia. En total le ha caído una pena de sesenta años de cárcel.

Se me tensó la mandíbula. Agradecía que se fuera a pudrir en la cárcel pero eso no iba a borrar el pasado. Nunca iba a ser capaz de superar la imagen de Molly con un charco de sangre bajo su cuerpo, no podía olvidar los gritos desesperados de los médicos diciendo que la estaban perdiendo. Mi respiración se aceleró ante los recuerdos de los peores momentos de mi vida.

Una mano agarró la mía consiguiendo que mi mente se enfocara en el presente, giré la cabeza levemente para verla sonreírme de manera reconfortarme. En poco tiempo había conseguido comprenderme y sabía que era lo que estaba pensando por lo que cruzó sus brazos por mi espalda en un cálido abrazo. Enterré mi cabeza en su cuello correspondiendo su gesto sabiendo que si no la tuviera a mi lado habría perdido la cabeza hace bastante.

—No te preocupes, Holden. —se puso de puntillas para besar mis labios

de manera casta. —Ese capullo no volverá a hacerle daño a nadie.

—Estoy seguro de que todos se alegrarán de la noticia.

Pasé un brazo por sus hombros retomando el camino hacia el apartamento. Tenía una sorpresa para ella. Había preparado una cena especial con rosas rojas y velas de acompañamiento, nunca antes había celebrado algo parecido pero quise tener un gesto bonito con ella por alegrar mis días por lo que me pareció una buena idea preparar una velada romántica por nuestros tres meses saliendo.

—Vamos a casa, tengo ganas de una hamburguesa. —rompió a reír cuando vio mi cara de horror mal disimulada. —Era broma. Después de que hayas estado una semana organizando la cena no voy a quejarme porque comamos algo más elaborado.

Si no fui capaz esconder mi expresión de horror ante su primer comentario mucho menos pudo ocultar la sorpresa que me dio su declaración. ¿Cómo se había enterado? Como Aaron se hubiese ido de la lengua pensaba matarlo. No solo se había burlado de mí durante días sino que además se había chivado. Eso me pasaba por pedirle consejo.

—Voy a matar a ese capullo. —farfullé por lo bajo quejándome.

—No me lo ha dicho Aaron, pero recuerda que vivo en el mismo piso que tú. Tienes que buscar un mejor lugar para esconder el vino, las rosas y las velas que en tu armario.

Era idiota, no había mucho más que decir. Me llevé una mano a la cara suponiendo que lo vería al ir a coger alguna de mis camisas. Le haría caso y buscaría un mejor escondite para la próxima vez.

—Tomo nota. Espero que te guste la comida que he preparado, sabes que no se me da muy bien eso. No seas muy dura, ¿vale? —pedí avergonzado desviando la mirada.

Se detuvo en la acera pasando sus brazos por mi cuello para atraerme hacia ella causando que una sonrisa instantánea se dibujara en mis labios.

—Cada semana me sorprendes con algo nuevo. Me regalas flores, o algún libro que me has visto mirar o me dejas notitas en el almuerzo. No tienes que esforzarte tanto, ¿sabes? Te voy a querer igual.

—Solo quiero cuidarte.

—No debería haberte hecho esperar cuatro meses para empezar a salir contigo, te ha afectado demasiado. —bromeó con una sonrisa en los labios.

—Déjame mimarte, Molly. Me asusté como la mierda pensando que te perdía ese día.

—No me voy a ir a ninguna parte.

Atrapé sus labios entre los míos de forma rápida antes de continuar con nuestro camino. Mi sorpresa se había arruinado pero pensaba disfrutar mi noche con ella igualmente.

Una sonrisa escaló por mis labios mientras pensaba mirándolo de reojo lo preciosa que se veía cuando era feliz. Nunca podría estar lo suficientemente agradecido de tenerla a mi lado. Aún me costaba entender como es que una chica tan maravillosa sentía algo por un malhumorado como yo pero no pensaba preguntárselo. Aunque también era verdad que mi humor había mejorado considerablemente con ella. Solo con ella.

—Holden. —desvié la mirada hasta sus ojos caramelo—. Te quiero, a pesar de tus secretos.

—Yo también, Molly. Yo también.

Pensaba demostrarle a la pelinegra cada día la intensidad de mis sentimientos. Esta vez sin secretos.